

COLECCION

DE

DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA

VOL

EL MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE,

D. JOSE SANCIO RAYON Y D. FRANCISCO DE ZABALBURU

TOMO LXXX.



MADRID

IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

Calle de Campomanes, núm. 8

1883

HISTORIA

DE

FELIPE IV, REY DE ESPAÑA,

PUBLICADA AHORA POR VEZ PRIMERA.

CONFORME AL MS. QUE EXISTE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL.

III

LIBRO SÉTIMO.

ARGUMENTO.

Consultan los Consejos y el Reino nuevas honras y mercedes, sobre las adquiridas, al mayor Ministro: trátanse las materias militares y sus aprestos, y consecutivamente las de Italia. Una armada francesa infesta las costas de España en el mar Océano, y el ejército sitia á Edin, en Flandes, y carga despues á Triunvila con otro en los mismos países, y es roto por el conde Picolomini y quitado el asedio á la plaza: acomete el rey de Francia con otro ejército el Condado de Rossellon, y toma á Salsas. Júntase una armada en la Coruña para llevar los españoles á Flandes y piérdese en Dunas, puerto de Inglaterra. El duque de Borgoña muere en Alemania. La guerra del Piamonte se concluye con una tregua por tiempo limitado entre Francia y España. Prosigue la guerra

del Condado de Rosellon y fenécese con otros fragmentos de la de Flandes y de Italia, y hácese memoria de algunas pocas cosas del gobierno: todo esto en el año de 1639, reinando en España y en las Indias el Rey católico D. Felipe IV.

Aquella controversia, que dejamos referida, que sucedió en la sala del Reino entre el duque del Infantado, hijo de Don Diego Gomez de Sandoval, conde de Saldaña, y Don Juan de Castilla, el uno Procurador de Córtes de Guadalajara, y el otro de Búrgos, sobre que se volasen honras y mercedes al mayor Ministro; proponiendo éste con más soberbia de palabras que prudencia ni discrecion, que mayores hazañas ni proezas no se habian adquirido en otra era, en otro reinado ni en el gobierno de otro Príncipe (precipitándose, y desatinando en todo) ni en el del rey D. Felipe III, ni otro Ministro, ni en el de sus predecesores, como en éste, particularmente en el año pasado; y haciendo memoria del suceso de Fuenterrabia, de los de Italia y Flandes: argumento que no nos hiciera el año de 641. A esto respondió el duque del Infantado, que no convenia á que no se le hiciesen muy grandes; pero que aquella proposicion no fuese en descrédito ni ofensa de los Reyes pasados, particularmente del Rey católico D. Felipe III. de todas maneras admirable á la antigüedad, ni en detrimento de su abuelo el Duque, marqués de Dénia. Estas palabras pusieron tanto fuego en los espíritus de los aduladores y lisonjeros, ambiciosos de nuevos estados, honras y gobiernos, que de esta junta del Reino las pasaron al Consejo de Estado, al de Guerra y al de Castilla, y allí comenzaron á arder y exhalar partes monstruosos de ofertas y mercedes sin fundamento ni de calidad, y últimamente bastardeadas y adulteradas á los legítimos y más fieles servidores, que las adquirieron y conquistaron en el corazon del riesgo y del peligro,

ofreciendo las vidas á la ejecución, á la fatiga, al plomo, al fuego y al hierro; y, finalmente, de esta novedad que seria de pasmo á todos los hombres que tenían noticia de los progresos de la antigüedad y de las acciones de los Príncipes. Mas como todavía se alimentaban en aquel pecho los aspides de la emulacion y la venganza á la grandeza de aquella Casa, y particularmente á la que tuvo el padre y los abuelos (como tambien, si se leyeran, en nuestros escritos lo dejamos tocado), pareció ocasion á los codiciosos y á los vanos para señalarse á la cara del poderoso, á quien todas estas cosas le eran suaves para subir por allí á la cumbre de todos los deseos humanos y á poderlos lograr. Arrimábase á esta maldad otra de no menor ingenio, por la misma grandeza, por el parentesco y los matrimonios tan conjuntos de otro tan ilustre de casa, adonde se aposentaban otras tantas reliquias de la casa de Sandoval, con el casamiento de la duquesa de Medina de Riosoco, hija del duque de Uceda y nieta del duque de Lerma; que era el haber hecho consejos y conjurádose para no atribuir el feliz suceso de Fuenterrabia al Almirante de Castilla, no darle el premio ni la gloria justamente merecida de aquel socorro, ni á sus capitanes (aunque para oscurecerle decian algo de Torrecusa), y proseguian, si no con vagas mercedes y flexibles reconocimientos; pocas alabanzas y aclaraciones, cubriéndose de la misma suerte, y queriendo hurtarle el hecho de aquella victoria, suscitadora de las primeras discordias de Barcelona (de que tambieu bago el recuerdo), no acabadas de extinguir ni supurar, para insinuir una hora inoportable á la urbanidad, la quietud y el canso de los vasallos.

Esta fortuna corria al pié de una prosperidad tan grande, como haber echado al francés de España estos dos Príncipes; el uno porque lo ejecutó y el otro porque defendió el honor de los Reyes de ella, y que en las aclamaciones debidas y presentes, como yo lo juzgo, ni se mezclasen ofensas á quienes estaban muy lejos de merecerlas: para cuya verdad y abono se presentan los libros, los encomios y los preludivos, así de

los naturales como de los extranjeros. Esta proposición no era otra, que hacer agravio y ultraje no sólo á los que las urnas veneran y hacen elegantes y cultos cenotafios á sus memorias, y á aquellos mismos mármoles que perpétuamente están brotando palmas y laureles á la majestad de sus proezas, sino al hijo y al nieto de tan esclarecidos héroes, y á quien tocaba de justicia la satisfacción, como al legítimo sucesor. La honra de los padres es el ornamento de los hijos, el primer blason y escudo, porque ellos nos dejaron la espada, las provincias enteras y seguras, y los capitanes informados en prudencia y valor. ¡Así hubiéramos seguido sus huellas y sus preceptos!

Era este fragmento del libro del año de 38, pero como, aunque se rebatió en él, creí que no se ejecutara ni saliera á luz, por reconocérsele algunas dificultades, y una gravísima, como luego diré y el tiempo afirmará, creí que no se hiciera, no sólo tanto alarde en los consejos y despachos, pero que ni tampoco se diera á la estampa ni se dejara correr por el mundo. Por esto lo dejé; y aunque hay algunas consultas de 4.º, de 8 y de 30 de Octubre, de 9 de Noviembre y de 43 de Diciembre, de las mercedes, la resolución y publicación se hizo y se tomó el año de 39, que vamos prosiguiendo, á nuestro primer dictamen y fatiga, por las tres últimas de Diciembre, de Febrero, de 22 de Marzo y 27 de Abril de este año que están expresadas. Finalmente, se dió principio á la obra; y conociendo el aire y el viento de las cabozas, se entregaron todos los Consejos, como si no tuvieran otro negocio mayor y más preciso que resolver, á debatir y consultar. Tomando la delantera y la vanguardia el inculpable y peritísimo Consejo de Estado y Guerra, dijo, como él lo advierte en su primer párrafo, que no lo hizo de su fantasia ni parecer, sino advertido, y conforme al arte y designio que se hallaba.

*En conformidad de lo que V. M. manda, en la consulta inclusa, sobre la merced que sería bien hacer al Conde-Duque por la atención y desvelo con que dispuso los medios para conseguir la rota que dió al enemigo, haciéndole levantar el

sitio de Fuenterrabía, con tanta reputación de las armas de V. M. y efectos de beneficio de esta Monarquía, se votó por todo el Consejo, como V. M. lo resuelve, por votos secretos, así por los que se hallaron en él como por los que por ocasiones precisas no pudieron asistir, habiendo jurado de decir su parecer con la calidad que V. M. fué servido de resolverlo. Los votos que van son: del cardenal Borja, conde de Monterey, conde de Oñate, Inquisidor general, marqués de Santa Cruz, conde de Castrillo, duque de Villahermosa, marqués de Villafranca, marqués de Castrofuerte, D. Melchor de Borja, marqués de Valparaiso, conde de Montalvo, Bartolomé Espinola, conde de Santa María, D. Alonso de Castillo, D. Jerónimo de Villanueva, duque de Ciudad-Real y Don Nicolás Cid. Y el Consejo suplica á V. M. se sirva de mandar con toda precisión que, sin réplica, acepte el Conde-Duque la merced que tan justamente V. M. resolviere hacerle. En Madrid á 8 de Octubre de 1638.

*Que se dé una copa de oro al Conde, y á sus sucesores, el día del socorro de Fuenterrabía, rezando, el recado que se le llevaré, que se hace por debérsele este socorro, y tambien por haber con sus consejos y disposiciones librado el reino de Portugal de una rebelion general á que caminaba, y á provincias enteras: que se le dé la Alcaidía perpetua de Fuenterrabía, y proponga Teniente, que corresponderá á lo que es hoy Gobernador, y 48.000 ducados de renta más, en vasallos en Castilla ó en Portugal, sobre los mismos presu-puestos; dando forma en el nombramiento de Teniente de alcaide de Fuenterrabía y renta. Las mercedes honoríficas sean las dichas, y, además, que sus sucesores lleven á los señores Príncipes al bautismo siempre, sin que les puedan llevar otros lo honorífico (y repite esta adición al principio de las demas cláusulas y mercedes, que yo exeararé en unas, por su exorbitancia, y prosigue); y de 4 ó 6.000 ducados de renta, y todo lo demas; si fuere de mayor satisfacción y conveniencia del Conde y de su casa 40.000 ducados de renta y las demas mercedes que S. M. dice no quiso aceptar:

lo honorífico con los mismos presupuestos, y además la renta que S. M. fuere servido: 40.000 ducados de renta en vasallos, una grande merced, á entera satisfaccion del mundo, 2.000 vasallos en estos reinos y fuera de ellos, con rentas, jurisdicciones y alcabalas, hasta en cantidad de 40.000 ducados de renta (y repito esto innumerables veces, y pasa adelante, y añade): 40.000 ducados de renta perpetua para sueldo de aquella Alcaidía, y sueldo, si no como el mayor que haya habido, y forma en la proposicion; y que nombre tambien Gobernador de la provincia de Guipúzcoa, y con sueldo bueno, y una merced grande que salga del motivo de S. M.: y que sea el darle las mercedes en lugar público y de la Real mano, porque sea aclamado por defensor de estos Reinos, y que, como á tal, se le honre en público. El infante D. Fernando votó desde Flandos lo mismo, en cuanto á la obligacion, y que se le honre y haga merced particular y grande por esto, y que precisamente, y so pena de desobediencia, se le manden recibir las mercedes que S. M. le hiere por esto.»

Respondió el Rey: «Este servicio, de disponer los medios de poder socorrer á Fuencerrabia con poderoso ejército en tan breves dias, y el acierto de las consultas y votos que se ven por ellas mismas, y que fueron tan necesarios, que á faltar mi resolucion sobre ellos, conformándome, se hubiera perdido la plaza, y tras ella mucho más, se debe y lo debo, en primer lugar á Dios, y en segundo al Duque, como lo reconozcois. Por esto he resuelto hacerle las mercedes que entendeis, de lo que he respondido al Consejo de Cámara, incluidas, sin esperar á los embarazos que el Conde-Duque ha ido interponiendo, conformándome en todo con ese Consejo.»

Entre las muchas novedades de esta era es cosa muy de notar, con la ambicion, ó con el desprecio que se ha vivido de todo, que no se haya escapado ésta de querer el Gobernador que sean suyos tambien, con lo demas, los premios de los soldados y los honores por haber ejecutado las empresas; hallándose en ellas, encargándoselas, gobernándolas y salido

en honra y victoria de ellas, de que han dado resultas de grande consecuencia á los pueblos y á los Estados; abriendo puerta de conseguir otras mayores, y adelantando la honra, la reputacion y el prezo de la nacion en la fortuna y felicidad del manejo de los ejércitos con el aliento que les dieron, no á costa de otro menor caudal que de la vida y descanso. Pues si con tanto acierto se fabricó aquel cuidado, y que sólo lo mereco, ¿qué les daremos á estos? En toda la antigüedad y en toda la erudicion griega y romana, y en todo el compendio largo de nuestra España, si hubo senadores y consejeros para administrar las provincias, las repúblicas, los imperios y las monarquias, y para conservarlas y adelantarlas en los dos estados, militar y político, cuando enviaban á estas cosas á los varones de quien concebían esperanzas de glorias y de acrecentamientos, no porque ellos lo hubiesen mirado, resuelto y votado, cuando se les entraban por sus casas soldados ó consistorios, las proezas y vencimientos maravillosos de aquellos que eligieron, no se tomaban para sí los premios, ni los votaban para sus casas ni sucesores, sino para aquellos que consiguiéron las batallas, las tomas de las ciudades, las ganancias de las provincias, la expulsion de los enemigos fieros. A estos volaban los triunfos, y así entraban en Roma con ellos, y daban los consulados, las cívicas y las murales. De los señores que en Castilla tienen esta preeminencia, como la casa de Arcos y la de Ayora, la primera tiene el vestido que el Rey se puso el dia.... y la segunda la copa de oro que se le envia el dia de Santa Lucía: premios estos y honores que no los alcanzaron ni los adquirieron por ministros ni validos de los Reyes, sino por capitanes, por soldados y por las victorias que por sus personas propias alcanzaron, y hazañas que acometieron, dando honra á Castilla y fama á sus Reyes; pues así como las pérdidas son del capitán, de la misma manera lo son los premios y las ganancias.

Cuando vence el privado ó el ministro, le toca, pues se lo tomó y se encargó de ello, cuidar de todo, que por eso escogió y le dieron el mayor y más encarecido lugar en el

Estado, como en la gracia del Principe, y el largo manejo de todas las dignidades, y el poderlas cambiar, y dar á sus parientes sus tesoros y riquezas, y mandarlás arbitrar, así las seglares como las eclesiásticas que vemos resplandecer en sí y en los suyos ántes que en otros, tanto, que no parece sino que es de derecho que se lo haya de tomar todo él, y no más de los que le rodean, y los otros nada. Tiene, no obstante, la copia de toda la reverencia, de toda la sumision, el gozar de los buenos bocados, las joyas más preciosas, las tapicerías, las telas y los brocados, las pinturas de los más raros artífices, y otras cosas maravillosas que fabrican los ingenios escogidos del orbe, y el poder labrar y edificar para sí y alhajar un palacio ostentosisimo en que recrearse, si afectamos fatigas bastantes con estos premios y remuneraciones. Demás de que es grande delicia al Gobernador ser el primero, él mandarlo todo sin dar parte á ninguno. Si él codicia tanto, ó se le deben los premios de los soldados, que trueque con ellos, que yo acabaré con todos que lo hagan; pero, si no es menester, quien es tan gran ministro y estadista, que les deje algo, porque muy posible seria que, por esta causa, muchos de ellos no quisiesen pelear, y rehusen entrar en el combate si ha de ser de otro ó se les ha de poner á pleito el galardón, porque no podemos culpar á algun General si no lo ha hecho; hoy (que no se da la sangre si no es por el premio), que son tan precisos y necesarios, y cuando hemos puesto de arte las cosas de Europa que los hemos menester. ¡Y pleague á Dios que basten estos premios, que han votado nuestros ministros, que individual y derechoamente son de D. Alonso Enriquez, almirante de Castilla. Él fué la cabeza de aquella empresa, él la comenzó y acabó, y no hay que alargarnos cartas do no darse por servido, de no socorrer á Fuenterrabía; que yo sé de otra, y él la tuvo, cuando el cielo, por pecados nuestros, aunque se humanó despues, cargando sobre el ejército con diluvios de agua, rayos y tempestades, desbácholo y auyentándole, dejadas las armas y pasados, aunque no todos, á salvarse de aquel conflicto á lugares vecinos, se cayó y

cayeron todos los cabos en tan grande confusion, que se vieron las cosas para fracasar en general ruina; y se mandó á decir que, por aquel accidente, ya se veía que no se podía resistir la voluntad Divina ni el poder de los franceses, y que so rindiese la plaza; reconociendo no poderse restaurar basta la primavera del año siguiente. Pues siendo esto así, y no hay que dudarlo, que la principal virtud del hombre es la verdad, y que las cosas se pusieron en el estado referido, y el que vieron y supieron todos los consultantes, si el Almirante, por la gracia de Dios, viendo la patria y honra de la Nación y de su casa y sangre, resucitó el ejército, le volvió á dar nueva forma y vida con el valor de sus cabos, el marqués de Torrecusa y el marqués de Mortara; y no obstante la incursión del tiempo, la valentía del enemigo, el desamparo de los soldados y otras inaccesibles dificultades, volvió, asaltó las fortificaciones, embistió con los franceses, los desbarató, arrojó de sus trincheras, auyentó, mató y despojó, no sólo á los soldados, pero á las cabezas y á uno de los Príncipes de la sangre, y quitó el asedio á Fuenterrabía, la desahogó, la entró, y no sólo en ella sino á sus vecinos y soldados, al Rey, al reino, á sus ministros y consultantes, y libró á España de la opresion y coyunda de los franceses: ¿por qué no ha de ser el premio y la gloria del Almirante y de aquellos valentisimos cabos? Si solamente hubiera atendido á la carta y orden del Rey, perdido se hubiera luego: si peleó contra el destino, ¿por qué ha de ser ni se ha de dar á otro, ni se ha de calificar diferente motivo ni otro intento? ¿por qué se ha de gastar vanamente la pluma en otros artificios, ni la ambicion, ni la lisonja ha de tener mejor lugar que la justicia? Esto es impuramente contravenir al sagrado, á la fe y religion del juramento que se propone, y con que se pretende ligar á los consultantes. Si tanto se debe á sus fatigas, aciertos, desvelos y disposiciones, pregunto, ¿supo prevenir opósito y defensa para que los franceses no se atreviesen á entrar en la Provincia, habiendo sabido que estaban poderosamente armados en ella, en Bayona y otros lugares? ¿pues á fin de qué habia de

ocupar aquel alcázar del Sol, del alimento, y había de ser como Facion que había de abrasar la tierra, así y á los demas, y precipitarlo todo? Si no había hecho nada, de buena razon había de hacer algo; ¿había de holgar aquel consejo, aquel gran juicio, aquella providencia? No; se habían de enviar gentes, cabos, provisiones, municiones, pertrechos, artillería y dinero, ya que lo envió, con demasiada limitacion; pues fuera lo de más para desvanecer lo de mayor precipicio del que ocupa. ¿Qué se hizo sino mendigar por el Reino los pocos soldados que había, los más bisiños y colectivos, y la caballería muy fallida? Mayor fué la gloria del valor que el número de los combatientes, que la disposicion y forma; mayor el hecho de haber embestido, que las resoluciones de nuestros ministros, y el consejo de los cabos que se hallaron allí. ¿Qué fué de beneficio para la Monarquía, respóndannos á esto, los cuidados en que hoy nos vemos, cuyas materias y arbitrios la tienen espirando? Volvamos los ojos atras, y miremos el modo cómo nos la dejaron los Principes que pretendéis locamente manchar.

D. Juan de Castilla, reconocerse ha sin exageracion su diferencia, ¡qué rica, qué entera, qué acrecentada, qué valiente, qué reputada, qué ennoblecida de soldados y capitanes, con qué respeto en el concepto de los extranjerros! Si al conde Enrique de Vargas, que yo no lo defiendo ni alabaré de fiel, le hubieran dado el ser General de la caballería de Flandes, de que era Teniente y le tocaba de derecho por muerte de D. Luis de Velasco, no hubiera, por este agravio, aposentado en su pecho la traicion; pues vió quíársele, cuando esperaba, el premio de sus servicios (por eso no es bueno pretendérsele á otro, darle á la carne y sangre, á Don Diego Mejía, soldado, hasta hoy, no de consecuencia), y con esto se retiró á su gobierno de lo provincia da Güeldres, dejando á la infanta Doña Isabel y á Bruselas: cuando se lo dieron todo, ya estaba desconfiado y con recelo de otra ofensa. Y si al marqués Espinola lo dejaran proseguir la guerra de Flandes, y los asientos del dinero como se los había

dejado el roy D. Felipe III y aquel Ministro que jamás apotenció los premios de los hombres militares, aunque todo le sobrase, diferente honra, diferente amplificacion y aumento tuviera que hoy tiene. Estas fueron las dos causas por que el País-Bajo entró en la ruina que hoy le vemos, que comenzó en Oldenco y acabó en Arras; si ya no en todo y no nos hemos olvidado, está en su lugar, que allí se hallará citado si vivieren nuestros annales, no como los sienta Malvezi en sus quimeras, en los gerogíficos y emblemas que inventó en su *Libra*. Los romanos que asistian al gobierno no triunfaban en la ciudad sino cuando habían ido y vuelto de la guerra, sujetado reinos y provincias; y es yerro, á mi ver, inexcusable, querer atribuir al ministro el sosiego de Portugal, cuando de aquella oficina se había originado el principio de aquella desunion en Evora, con el aliento y desvergüenza que se dió á los ministros de su gobierno para quitar las haciendas á los vasallos, no sólo de aquella ciudad, pero de todo el Reino. Y luégo decir que los sosegó, habiéndolo comenzado, y añadido gastos y revoluciones; y luégo ponerlo por escrito y sacarlo al teatro, y en libros impresos, que había atajado su rebelion, poniendo á la nacion portuguesa esta mancha en el rostro, motejándolos de traidores para acabarlos de precipitar; quízás para dar á entender que no era él poderoso, ni bastaban sus resoluciones, cometiendo el hecho para burlarse de él, y que su capricho y cerebello no era tan de cuidado, digo descollado; y, sin embargo, hacerse liberales de las rentas, cuando á todos se les quitaban las suyas, siendo bastante premio de más relevantes cuidados 40.000 ducados de renta en encomiendas, y por cuarenta años más despues de su vida, y otros grandes oficios de mucha calidad y cantidad que se juntan á estos.

De la candidez de espíritu del Emmo. Cardenal Borja, caudillo y capitan general de este Consejo, me admiro, y de la facilidad de su juramento, y en calificar méritos, y en deliverar mercedes; pero tambien puede jurar un hombre su parecer por el tiempo que corre, y por los peligros de per-

derso, y simularse en la verdad y no decirla; sin embargo, no se ha de hacer, y tambien no carece de escrúpulo, aunque se cautele en todo cuanto se permite y da licencia el caso: hombre más atado á la temporalidad que á otra virtud, como se usa en Roma y lo trajo de aquella escuela; y Príncipe que los grandes beneficios que tiene aún no han sido de calidad para venerar los huesos sagrados de su abuelo, el Santo Francisco de Borja, duque de Gandia, que están en la casa profesa de la Compañía de Jesus, de Madrid, ni para colocarle templo honorífico, como lo dice en su consulta, y como lo merece la grandeza del Santo, por haberle puesto allí la sumapiedad de D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, su nieto (así lo dicen los religiosos), á quien debe aquel capelo y aquella púrpura. Del conde de Monterey no digo nada, que es interesado y hace para sí propio (condicion de gallego). Por el conde de Oñate podia decir Castilla, y con justificación, lo qué César de Bruto cuando acometió á herirlo en la conjuración del Senado: «¡y tú tambien, hijo!» Aunque no es igual el ejemplo, porque aquel, aunque daba puñaladas era á la tiranía, y éste á la justicia y á la razon; sintiendo, como yo lo juzgo, al contrario de lo contraído, un ministro grande, de escogido consejo, superior cabeza, relevantes servicios, y por esto agraviado en las promesas y los premios. Esta es la causa y el por qué nuestra era ha recaído en mortales peligros; porque no ha habido ningun verdadero varon que se oponga á la lisonja y á la mentira, y sea acérrimo defensor de la verdad y se pierda por ella: éste solo lo podria ser, pero todos temian el tiempo y no sabian rehusar la carrera. El padre confesor Sotomayor, más atento á la conservación de Inquisidor general, y á la comision, tambien general, de las Bulas, y á las juntas, que á la justicia distributiva, no hacia pié en que las reales acciones de los Príncipes corriesen de su nativa fuente y fuesen tan claras como la limpieza de sus aguas, que es la esencia de aquel puesto y su más verdadero oficio. El marqués de Santa Cruz queria conservar en los postreros años la tranquilidad de su corazón

y la verdad de sus entrañas, y morir por la comodidad de sus hijos. El conde de Castriello por sus 26.000 ducados de plata, adquiridos en esta era, cada año, cuando se los sacaban á otros; y todos aceptaban lo honorífico y 40 ó 42.000 ducados de renta y lo demas referido. El duque de Villahermosa, tambien queria vivir, si podia, y mantenerse cobrando las gruesas rentas obtenidas; si bien, perdido el Reino, podia buscar la tierra como el que habia navegado y salido de las tempestades de la presidencia de Portugal, en que cada día, con mudanzas, con transmigraciones, andaba fluctuando, porque, como todo lo demas, no era concedida ni la estabilidad, ni el sosiego, porque todo estuviere sujeto á mudanzas. Al marqués de Villafranca, habiasale entrado el fin y el miedo del hermano en el cuerpo, y no queria hacer experiencia de contrarias fortunas; si bien no lo hiciera otro peor que él, porque en su corazón, como soldado, aunque disimulaba, no tenian lugar semejantes materias. El marqués de Castrofuerte, era cortesano viejo y antiguo mercenario de validos, ministros y tribunales. D. Melchor de Borja, lo mismo. De los demas no quiero cansarme ni hacer memoria de ellos, dejándolos por flagados incurables de ambicion y de lisonja, amigos de entrar en todo, de hablar y hallarse en toda adulacion, no conociendo otro Dios que al poderoso. Un genovés, conductor del tesoro de España para Génova, indigno de tan Real Consejo ni que se sienta al lado del conde de Oñate, ni ménos al de el marqués de Villafranca, hombre ni de consejo, ni de prudencia, ni para admitido á clase semejante.

Excluyo de esta censura al duque de Ciudad-Real, por los servicios de su padre hechos en Milan, y los de su abuelo hechos á la majestad de los reyes D. Felipe II y III. En aquel Consejo prosiguen y hacen fuerza al Rey, con súplicas, ó él las queria, que acepte la merced que le hiciere sin réplica nueva y extraordinaria; modo de errar, de entretenimiento y hazafia: ¿qué lo han de dar á quien se lo han dado todo? ¿Y qué lo piden á un Príncipe que no haya dado? Es imposible que haya otro más encaucado de liberal para sólo aquel,

pues le ha dado una Monarquía, que, de puro abarcarla toda de puño apretado, se le ha resbalado y salido mucha parte de ella de las manos, sin pedirle cuenta ni mostrarle ceño: cosa de harta admiración, pues otro le hubiera desviado de sí sin más motivos, á cualquier luz artificiosos. Ofreciente la copa de oro y las demas mercedes, á quien no le faltaba ninguna por recibir, y quieren que tambien se le dé premio por el suceso de Portugal, habiendo sido de su consejo, ó del que se lo dió, como el que admitió en Cataluña en los quintos de aquel reino, y en el Principado, con el pedido, y en aquel la quinta ó la cuarta parte de las haciendas, y aquellas horcas con que los amenazaron, y recaeó á la total ruina de esta Monarquía, con la pérdida, de todas maneras lamentable, de aquel importantísimo reino, de tanta estimación, á mi ver y en el sentir de todos, por la importancia de los vasallos, que pareciendo corto alcanzan sus términos á las cuatro partes del mundo: en Europa, con el principal asiento y silla de la Corona; en Africa, con tantas fortalezas, puertos y contrataciones, donde está la riquísima mina de oro que hoy ha parado en manos de holandeses, y el poder y valentía de portugueses, rodándola toda hasta sujetar los mahometanos y los etíopes; en la América con el estado del Brasil; en la Asia con la isla y ciudad de Goa, y otras de no ménos estimación en aquel Oriente, donde tienen fuertes plazas, factorías y otros puertos memorables para el comercio y enseñorear sus riquezas. Dándole la Alcaldía de Fuenterrabía perpétua, y á su elección la provision de Féniente, y 40 ó 42.000 ducados de renta en Castilla ó en Portugal, así se paga lo que se pierde, y no se premia al defensor. Merced en que, por no entrar aquellos vasallos én semejante opresion ó pecho, se puede muy bien sospechar que escogieron ántes la rebelion que el vasallaje. Prosiguen, y como ciegos de sus pasiones, tropezando y dando de ojos, de muchos yerros daban en otros mayores, y pasaron á ofrecer que sus sucesores lleven los Príncipes á sus bautismos perpétuamente, excluyendo á los demas señores del Reino. Que se le ofrezcan á él no me es-

panto, que ocupa hoy el primer lugar, y por esta causa lo tocan semejantes honores, como lo han hecho los demas valedos en actos semejantes por gracia y beneplácito de los Reyes pasados; pero querer en casos tales dejarlo por horencia, siendo la acción en que más reparo hacen los Príncipes para honrar y favorecer á sus privados; quererles atar las manos y ligar el albedrío, y que no lo puedan hacer los que están por venir, sino con aquel, ¡y sabe Dios quién será el sucesor! y más en hecho semejante, que sólo tocaba á los Príncipes deudos y más cercanos de la sangre real (á lo ménos así habia de ser), y la dificultad que hay en esto, y que es ménester anteveria, es, que tendrá uno el privilegio y le ejecutará y se lo llevará otro más poderoso en aquella sazón: que en el largo discurso del mundo nos podremos prometer que habrá muchos, muy sagaces y mañosos, que en ocasiones tan grandes no lo dejarán perder, y será, el que quiera introducirse, quedar con colores en el rostro y con vergüenza si pugnase por mantenerse en la donacion, como en Castilla el de Camarero mayor en la casa del Condestable, y en otras, si no me engaño, do que él tiene sólo el título vano y los privados la posesion, sin tanta antigüedad, pero con potestad moderna y con razonables gajes y emolumentos. Es cosa indiscreta y de poco fundamento adjudicarse títulos Reales para la posteridad, cuando al más bien visto en nuestra era le dorogaron las mercedes. ¡Cuán poco han valido las que se dieron en lo pasado! Pues lo que se donare, por el mismo ejemplo correrá la misma fortuna, que no te has de consi-derar tú y los tuyos más perdurables que los otros. Probarás la condicion de los tiempos y el áspero natural de los hombres, que es lo peor, porque no lo tienes más suave, ni de costumbres más inculpables ni de más templado proceder. Y en lo tocante á estas rentas, es menester ir con gran tiento cuando hemos sido rígidos fiscales de las de los otros, y de las alcabalas y otras posesiones; necesario es hacer memoria de la poticion del fiscal D. Juan Chumacero de Sotomayor, en la inoficiosidad de las mercedes, que no le fueso licito á un

Príncipe, á un Monarca, dar 70.000 ducados de renta á un vasallo favorecido suyo en unas tropas de Sicilia, que sólo eran y estaban consignadas para dar ayudas de costa á criados; habiendo propuesto, como se insinúa aquí, gran vasallo, grandes servicios, la causa pública, el ejemplo á los demás con el premio para alentarlos á las empresas, que lo juzgáron otros y lo votaron, no este Consejo, sino otro de no ménos calidad, padres del derecho y de las leyes, maestros de la jurisprudencia, que lo vieron una y muchas veces; que se comió á las universidades, á los teólogos, y todos votaron y firmaron que estaba por premiar el mérito, posponiendo tantos abuelos, grandes y tantos servicios, y que estaba ofendida la justicia. Pero al acabar y fenecer, como es de ordinario, el valimiento, y al trastornarse el mundo, todo se desvaneció, todo pareció mal, todo feo, todo injusto; y al mismo que fabricó la merced y la halló justificada, no sin grandes honras y mercedes en su casa, él mismo la condenó después al primer calor de otro valimiento, con un decreto infame. ¡Oh, cuánto convendría parar aquí un poco la consideración, y recatarse de estos que son sirenas y adormecen con el canto, que engañan con el halago, suspenden con la lisonja, para burlar su codicia; émulos de la nobleza, que cuando la ven desvalida, la querrian, no contentándose con ultrajarla, hacerla pedazos! Tal cual fuimos así iremos, y eso harán de nosotros; pues á fe que aquellos servicios, aquellos desvelos, aquellos medios que aplicó para arribar á la altura de la reputación que tuvieron las armas, lo que se acrecentaron los Estados, la prosperidad que tuvo, la felicidad en ambas materias, militar y política, que no fué fábula, creo que hoy lo confiesan y lo aclaman los vivientes. Decían que le hiciesen aceptar y le dieseis aquellas mercedes, y las que no habia querido: si hubiera sabido rechazar semejantes delirios, le confesara yo sujeto de más gloria y de mayores merecimientos; pero no lo hizo, porque las habia de menester, y por el aviso en que se debe mantener un gallardo espíritu: parece que no estaba satisfecho de la adulación y del halago, y buscaba

más recreación que premio en los viciosos, para viciarse más, y pisar aquellos hombres y que se le viniesen á rendir á su palacio, y lo confesasen por grande y prescriben lo honorífico, todo en una grande merced, á entera satisfacción del mundo. Querria yo preguntarles, que ¿cómo saben que se pagan de eso los que están afligidos, quebrantados, tomadas sus haciendas, desfallecidos, alcanzados y echados por tierra, de ofrecerle 2.000 vasallos en estos reinos y fuera de ellos, con rentas, jurisdicciones y alcabalas hasta en cantidad de 40.000 ducados de renta? Guardémonos que en lo porvenir no nos lo quiten, si nos sucediere otro que busque sus invidias por los mismos caminos; si bien Dios se apiadará de su pueblo y le librárá. Y para atrastrarlo todo y despeñarse, y proceder crudamente contra la prudencia y buen seso, y para con la baja opinion en que quedaremos con el mundo, sin embargo, le consultan que nombre tambien Gobernador en la provincia de Guipúzcoa: cosa fuera de todo buen gobierno, porque demás de contravenir á los fueros, era damnificar al Principo, y quitársela y dársela á un vasallo, porque en tanto es señor de ella en cuanto puede nombrar Justicia y Gobernador. Ellos la tienen ya de su cosecha y de sus estatutos, demás de que esta novedad le seria, no de otra cosa que de revolución y venir á las armas, porque no seria sino quitarles su Señor natural, que ellos eligieron, y darles un siervo que los mande. ¿Por qué ahora no tiene el Rey el entero dominio en Cataluña? Porque le mataron el Visorrey y no han querido admitir otro. ¿Por qué no es Rey de Portugal? Porque lo expulsaron la Gobernadora que habia puesto, y dieron á otro el mando. ¿Por qué los impugna con las armas? Por volverlos á instituir en sus tribunales y asientos, para ser Señor; que en tanto lo será cuanto tuviere potestad para ponerlos y gobernarlos, y no lo será en tanto que no lo hicieron. ¿Cómo se puede dar la provincia de Vizcaya á otro que no sea su Señor natural, á quien se dieron? ¿cómo tolerará la nobleza vizcaína la mande otro y sea señor de ella? ¿cómo se puede obligar á aquellos pueblos adonde se establecen por

muy largas edades tantas casas ilustres? De todos me debo espantar; pero con más maravilla de dos, del conde de Oñate y del duque de Ciudad-Real, que se hallaron al consultar, teniendo en Vizcaya sus casas y sus solares: no admitamos aquello que despues nos ha de ser de vergüenza el haberlo aceptado. Es tan grande este arrojamiento, que segun los veo precipitarse, me parece que estuvieron á pique de ofrecerle el Reino, como si no le tuviera: volviéronle á porfiar, y piden le lagan una merced grande, que salga del motivo del Rey, como si las demas fueran forasteras, y que se den en teatro público, como si el que ocupaba fuera escondido, para que sea aclamado defensor de estos Reinos. Poco há que yo los ví más defendidos: si por esto se han de dar premios, más formidables, más enteros; con diferente sosiego, obediencia y respeto se habian de dar á quien los gobernaba en paz y en justicia, dejándolos vivir en sus casas y en sus haciendas: háanos perdido á España, y quieren apoyar esto con haber introducido al infante D. Fernando en ello, á quien tambien le han tocado parte de los trabajos, como si fuera un vasallo de los ordinarios. Y corren la pluma, ¡y qué sea desobediencia si no lo aceptase, y le compelan con esta amenaza! Procúrenle quitar algo, y verán si sale á la defensa. Respóndole el Rey con su larga mano y generosidad, encareco el hecho, y le aclama (¡gran vanidad!) y dice que lo debe la plaza. Mucho es para sentir el disfavor que se hace á los soldados. ¿Quién tomará las armas en nuestra defensa si no los aplaudimos? ¿quién saldrá á las fronteras? ¿quién se opondrá á las invasiones? ¿quién arriesgará la vida y la reputacion á los asaltos? ¿quién arriesgará la vida y la reputacion á los asaltos? Tiempo es de mirar por ellos; ocasion nos han dado, ó la hemos dado, para valernos de ellos; ocasion nos han dado, el desden los sepulta; y ellos son la vida y la amplificacion de los imperios.

Vuelven estos á hacer nueva consulta y recordarla, como suelen hacer por un benemérito ó desvalido, ostentando desconfianza en la Majestad: vuelven á subir la materia de punto, y acomodante la gran copia de servicios, lo que previno con su

desvelo, y medios que dispuso para conseguir el fin de tanta reputacion y gloria para las armas: no he querido trasladar ésta al pié de la letra, por ser una misma cosa, un mismo sentido y una misma adulation; quien lo quisiere ver con toda puntualidad, si ya no lo ha visto, busque el libro del conde Virgilio Malvezi, y allí lo hallará; testigo que plegue á Dios que algun dia no deponga severamente de este caso.

La respuesta fué, que se quedaba mirando en lo que tocaba al Ministro, y que se tomaria breve resolucion. Esto era recatarse de falso, para manifestar á la publicidad y á los atentos en semejantes ocasiones, aseveracion, rectitud y templanza en el dar: proponer la Alcaidia de Fuenterrabia, elegir Tomiento, y que el dia del suceso le den la copa de oro como á la casa de Moya: respóndese, en la sustancia, lo que en la primera vez, y encárase la condicion del Ministro, como ya la subian, y que habia pedido se le excusase de administrar alguna merced, porque él votó como los demas, y que no ha hecho nada más sino lo que el Consejo, que por respeto de S. M., le consulta; y fenece con que se ha de hacer instancia que admita las grandes mercedes que se le deben por esta ocasion. Jugábase bravamente de esta pieza, como si no hubiera otra en el gobierno, ni en la copia de tantos y tan importantes negocios; y no sé á qué se lo podia forzar; que yo lo conozco muy bien en todas eras, y en ésta está tan sobre todo, que le han tachado de menudo sobre tan grandes y tan árduas materias como ha manejado; de suerte, que no ha consentido que le toquen á un ápice de cuanto le importa y le conviene á su posteridad, conservacion y estómago, desbarazándose y arrojando los estorbos, aunque conviniesen á la vida del Príncipe, sin tantos escrúpulos como nos proponen, ó afectaba en las audiencias á las consultas del Consejo de Estado y Guerra. No desconfió el de Castilla, narrando con grande elegancia y agudeza, como dueños de las letras, de la maña y del entronamiento, como versados en la erudicion de los primos adaladores de aquella ciudad, señora de las gentes en la sutileza del estilo: me parece, no sé cuáles ma-

yores lisonjeros, si aquellos ó estos, que son muy amigos de arrastrarlo todo. Sin embargo, todos obstinadamente asimilar á una inclinación y á un mismo anhelar; pero en estos hallo, según su calidad, superiores acrecentamientos, porque los principales de aquellos (no hablo de los menguados) nacieron con sangre, con casas, con mayorazgos, con títulos y dignidades, y en alguna manera, si bien no los preservó de ambiciosos hazañeros, puestos en estados grandes para ser más templados en la codicia; pero estos, como algunos de ellos son de linajes oscuros, y de pequeños principios levantados á grandes alturas, deseando igualar á aquellos, arremeten audaces á las dignidades, arrebatan los títulos y las insignias de nobleza para sí y para sus hijos; á la multitud del dinero para hacer casas, fabricar mayorazgos, como vamos, y por aquí apeteer los grandes casamientos, por donde sin duda ninguna son más poderosamente oficiosos, y con esto más sedientamente diligentes para asir las riquezas y subir á los elevados puestos de magistrados. Estos, pues (qualquiera que fuese el consultante y á quien lo cometió el Consejo, y digo yo que sería José Gonzalez), comenzaron á extender el preludio y á volar la pluma por los sucesos del año pasado, por la felicidad del Estado y la prosperidad del Príncipe; tocaron los de Flandes, la rota de Sant Omer y otras partes, en Calo, y en Güeldres, contra franceses y holandeses; los de Italia contra aquel enemigo, y, finalmente, los que se consiguieron, así en el Milánés como en el Piamonte, y los del Brasil. Engrandecían el decoro y reputación de nuestras armas, su poder, y el destrozo y menoscabo de los enemigos; atribuyéndole el conocimiento de todo esto y el beneficio de los pueblos y del Reino, que había oído las aclamaciones repetidas en ellos, que afianzaban esta verdad en los regocijos contrarios (y batien en este hierro). cual apenas se había visto en otro suceso, ¡ como si nuestras historias viniesen huérfanas de semejantes proezas, de hechos afortunados, de ilustrísimos Príncipes de la Nación! Alababan los consejeros, los capitanes, los soldados y los vasallos (quo no está

libro de artificio la oxornacion); encareciendo el consejo, el valor y la felicidad de todos, y luego recaen en el Ministro consultado, alabando su providencia, el haber juntado el ejército, para (como si no le tocara) el socorro de la plaza, la rota de los franceses, la adquirida honra, y la mengua de los enemigos. Encareciansu su fatiga, desvelo, atención y acierto, que para tratar lo mayor no olvidó lo más mínimo, que está en todo y en todos, y otras muchas cosas que dejó á quien no lo ignora, y feneceian en el progreso de remunerar servicios tales, que queden en la memoria y casa el suceso de Fuenterrabia; no señalando las mercedes, y reservándolas á la grandeza de S. M., en quien no cabe limitación á tales servicios. La respuesta fué, que se reconocia, se conformaba en todo; y en lo individual, resolvía por el Consejo de Cámara. ¡ Cosa rara, que ninguno de estos hombres, que habia algunos buenos, ninguno se acordase del Almirante, ni mostrase el celo de la justicia; y que en el Consejo de Estado, teniendo muchos de ellos sangre suya, no expresasen que lo ejecutó y se puso al tiro del cañon, del mosquete, del bote de la pica: ni del marqués de los Velez, del marqués de Torrecusa, del marqués de Mortara, que dieron la victoria avcuturando sus vidas, sus casas y honras; y que unos hombres, que afectaban pureza de conciencia, por el juramento que insinúa integridad, entoreza y observancia de méritos, de esta manera faltasen. á la verdad por servir al deleite y á la adulación! A este paso procedian todas las cosas, con ruina general y con desconsuelo de los vasallos: ya que se hablase de uno sin necesidad, que no se olvidasen de todos. A estos siguió el Reino en Córtes, no con ménos adulación que al principio, y sospecho que no se sometió sin malicia al duque del Infantado la consulta; buscandose sujeto de la misma data de los demas, que se la inventasen, como fué D. Antonio de Mendoza, que sigue las mismas derrotas y veredas, y apoya lo tratado y la moread que se lo debia: hace alarde del caudal del Ministro; ingiero, como todos, el instrumento de la causa pública, y que tendrán consuelo los vasallos: así se tropieza tan á ojos

abiertos, porque yo sé de ellos, que holgaran que no se acordaran de ninguno. La respuesta fué dar las gracias al Reino por el recuerdo, que se le habían de hacer las mercedes que había consultado el Consejo de Cámara, y lo que el de Guerra, y el Consejo por mayor.

Remitiéronse todos estos papeles al arzobispo de Granada, Valdés, gobernador del Consejo, poco suficiente, y con miedo de la conservación del puesto; quien para seguir lo comun, sin arriesgarse por lo mejor, dijo que se viese en la Cámara, se consultase por ella lo que se debía hacer; y consulta al Ministro, refiriendo más adelante no haber resuelto más á una por ser tan escrupuloso en caso de sus particulares, y que por satisfacerle se remitía á tan escogido Tribunal.

Es cosa cierta que ningun valido ha pecado más gravemente en esta materia, porque ninguno ha sabido entender mejor sus particulares propios, el de sus deudos y allegados, porque no se reconocen en otros con tanto aumento ni demasia sino en aquellos; ni ninguno ha sabido castigar mejor y apartar lo que podía ser, no estorbo, sino imaginación, sin perdonar á lo más grande, ni haber tratado del de los soldados, pues los mejores que tuvimos han caído del achaque del olvido y del disfavor.

Consultó el Consejo de Cámara, comenzando de los dos el de Estado y Guerra, de los votos secretos, y del que envió el infante D. Fernando, porque se lo pidieron; pero, si lo viéramos el corazón, ¡qué diferente sentencia exhalara, como el mejor y más verdadero hermano, y el más interesado en la mejora de estos Reinos! Pero reconocían que nada de esto valía, y seguían el vendaval que corría, porque cada uno quería vivir, aunque tantas dificultades había para esto. víéronse otras consultas del Consejo y del Reino: vuelve á votar lo mismo que en las pasadas, los grandes servicios, los particulares efectos que de ellos han resultado, así en defensa de estos Reinos como de toda la Monarquía; el gran celo y amor con que totalmente está entregado á todo y á las materias públicas; é íbase arrojando aquí á un largo razonamiento, más

aina para encogorso de él que consentirle publicar: y reza sobre el toma debatido de Fuenterrabía, repite la grande merced que se lo debe hacer para que quede en su casa memoria perpetua de estos servicios, y que habiendo discurrido sobre ello en la Cámara, ha parecido que todo lo que las consultas refieren de los servicios, le es enteramente debido, y que el voto que más se alarga á las mercedes se puede tener por limitado, consideradas las que hay en las casas de Grandes y Títulos de Castilla, las grandes mercedes que los señores Reyes antecesores de S. M. los hicieron de vasallos y rentas, por servicios que no fueron mayores, ni se hicieron en tiempo de mayores aprietos, ¡Qué mayor servicio, más calificado ni de mayor nobleza para los súbditos, que haber conservado esta Monarquía el duque de Lerma, veinte años há, en paz y en justicia, sin haber ocasionado ni un moderado disgusto en toda la Europa, ni en todos sus Príncipes, ántes enfrenado los enemigos, y ganado ántes que perdido, reducidos á la paz y á la amistad con nosotros, tanto, que fué maravilla y aclamación de los extranjeros y de los mismos émulos! Aquel es famoso y mercede los demas renombres de grande, que es padre de la paz pública y del comun sosiego. Es yerro de claradísimo, aunque lo defendiera toda la elocuencia de Ciceron, pensar que pueda yo merecer premio, ni obtenerle, habiendo causado la ruina y la discordia universal en el mundo con novedades ó invenciones, porque de mi aposento prevenga la enmienda de lo ocasionado, y el otro dé la victoria; y que haya de ser la fatiga de aquel y la gloria mía, con suposiciones apócrifas y antojadizas por deslucir al mayor vasallo, llevando adelante las pasiones del ánimo. ¡Gentil virtud para premiada!

Finalmente, ésto le da la Alcaldía de Fuenterrabía, y á su elección el nombrar Teniente por juro de heredad, para él y todos sus sucesores, con sueldo pagado en la dotacion del mismo presidio y que proponga tres soldados para Trece meses en la vacante, y que lo haya de consultar; dándole la copa de oro el día octavo de Setiembre: que se le den de

renta 42.000 ducados en encomiendas de indios que hubiere vacas, ó las primeras que fueren vacando; y hácese, cuando no se trata de otra cosa que de justificación en todos los preámbulos, una injusticia manifiesta, y dicen que sea con prolección á todas las mercedes que estuvieren dadas de esta calidad y libros los 42.000 ducados de todas cargas, derechos y averías, puestos en Sevilla, con perpetuidad para él y todos sus sucesores, con derogación de la ley de la sucesión y las demas que convengan. Esto, cuando todos están pagando de sólo el aire de la merced; hacer libre al ménos necesitado cuando á los demas los han hecho esclavos y menesterosos, y la propia hacienda que viene de las Indias no se paga á los dueños ni á los contratantes, de que por esta causa, y por otras que diré á su tiempo, está todo para quebrar, y toda la contratación, y no han querido cargar los mercaderes, y ha estado por levantarse la Andalucía. Corre la pluma y dice: que entretanto que no hubiere las encomiendas, se paguen los 42.000 ducados de la Caja de Lima ó de la Nueva España, poniéndoselos en Sevilla libres de todos derechos, á quien ha sabido cargárselos á todos, hacer leyes, pragmáticas y decretos para empadronar los vasallos, apeteer sólo su libertad, de suerte que sea para todos el peso y para uno el alivio, con todos los bienes de fortuna, cuantos se pueden desear: dice, que como se fueren dando estas encomiendas vaya bajando la consignación de las Indias, y en esta materia parecia conveniente contentarse con los 40.000 ducados de las de Castilla; y por cuarenta años despues que se le den estos 42.000 ducados cada año, y sea desde el día octavo de Setiembre, y que si en Castilla hubiere ó vacare renta de mejor calidad puede escoger: ofrécele tambien y dale 4.000 vasallos en Andalucía, particularmente en tierra de Castilla, y que para esto dé el Reino su consentimiento. Guardémonos de aquel papel general de la hora de la muerte, en que manda que todas las donaciones vuelvan á la Corona Real.

Dice el consultante, que las mercedes de los vasallos son de calidad que no salen del Patrimonio, y que de la renta de

Indias se haze merced á otros vasallos. Los tratos de Sicilia eran de esta misma calidad, y dándoselos á un Ministro de superior fortuna y felicidad para toda la Monarquía, cuando se lo acabó, no le sirvió haberla tenido y ser para dar ayudas de costa, ni ser de aquella calidad para que se la quitasen, y con servicios no ménos grandes que otros. Y bizarro de lisonjero; da por consejo al Rey, que publicadas las mercedes se lo podria mandar preguntar qué otra merced lo podria estar bien; y entendiendo el designio y el alma del poderoso, prosigue: que los despachos de las mercedes y privilegios que se le han de hacer, han de ser con calidad que él pueda disponer libremente de ellas en vida ó en muerte, para todos sus sucesores, sin que ninguna persona pueda ni tenga más derecho que la que él quisiere y nombrare por su llamamiento y disposición. Esto es mostrar la poca fe que tiene al D. Luis de Haro, su sobrino, y desengañarle por escrito públicamente, y por estampa, si presume ó espera suceder en alguna de sus fortunas, más que en el Condado de Olivares, y eso trabajado y repelado, con pedidos y sacas de facultades reales, para no llevarle entero. Parece que este hecho no miraba sino á poner casa al sucesor; pero digámonos á los logistas, si tanto saben de su desinterés como sabon tanto de su posteridad, si parecen todas estas cosas fabricadas fuera del uso natural, y todas producen y manifiestan prodigios, porque saben tiene un hijo bastardo, para quien está prometido todo el resto de sus dichas y beneficios, y ofrezca casa muy grande, que llaman D. Julian, á quien el pueblo, viendo la era que corro y las sumas infelicitades en que va recayendo todo el título de Conde, á ejemplo de aquel que causó la pérdida de España. Por eso digo que todo parece prodigio, y so ven señales de suma novedad, fatales al Estado y á su conservación; y que en esta era se oiga cosa semejante, cuando está sucediendo y produciéndose aquello á los umbrales de su misma elevación, y se toque hoy con las manos un Rey en Portugal, otro en lo mejor del Principado de Cataluña y otro en Castilla; deshonrándole de aque-

llos y causando su disipación por favorecer á dos hombres, que cada uno de por sí han apostado cuál se dará más prisa á deshacer lo que les han encargado, el Principado y el Reino, sin poderlo remediar los mismos Consejeros, no más de por hablar su codicia y henchir á sus deudos, habiendo atrasado el Estado y el Gobierno más de doscientos años atras.

Dice la consulta, que se hagan los despachos á su satisfacción, y se nombre Ministro á su propósito, porque se pongan las cláusulas de mayor seguridad y firmeza, y que pasen por la censura y aprobación; y que expresen las demas consultas, que se dé copia, y que los originales queden en los archivos de los Consejos. La respuesta fué conformarse en todo, con grandes cognomientos á los servicios y razones que hay para hacerlos, que parecían cartas, y se añadieran más si no fuera por el recelo de lo que habia de responder y repugnar; y que el Reino le envíe á decir, con Ministros suyos, las mercedes que se le han hecho, porque está tan repleto de todo y de las sobradas remuneraciones, que no puede pasar este bocado; que se hubiera tomado luego resolución, si no fuera el Ministro embarazando con súplicas para dilatarlo, porque no es bien defraudar más la justicia ni ofenderla. Vuelve á consultar el Consejo de Estado y Guerra, por los mismos filos y con los mismos encarecimientos que hasta aquí, que en orden á lo que se habia mandado, que con Ministros de los mismos Consejos y del Reino le enviasen á decir las mercedes que se le habian hecho; señalando para esto al cardenal Borja, al conde de Monterey, á D. Cristóbal de Benavente, por achaque del marqués de Mancera, y al conde de Santa Maria, que no habia de tener efecto lo procedido por la modestia con que gozaba de los favores que se le hacen, que se ha de excusar, y será muy propio de la grandeza del Rey mandarle que precisamente las acepte: sigue tambien el dictámen de los demas en el exórdio, pareciéndole que habia faltado á la elegancia de los demas y que se habia quedado atras; y fenece, que no habia de atender el Ministro á sacar los despachos, y nómbrese quien lo haga, y que sea José

Gonzalez, del Consejo de Cámara, y el de la Guerra al Protonotario (por cuanto nombraran otros que tambien, de paso, adularan á estos). La respuesta fué concluir, con palabras generales, que se tendria cuenta y se quedaba advertido de la proposicion para su tiempo.

Escribió un papel al Rey, mostrándose mucho más interesado que los que le consultaban grandes rendimientos y negaciones; que no era digno ni acreedor, que habia dado su parecer como los demas; pero del Almirante ni de los otros capitanes, por más que se afectaba justificación, donogación y desinterés á lo consultado, no se hablaba palabra de ellos, de la misma manera que si no hubieran peleado ni puéstos á la cara de los mosquetes ni de la artillería, ni enjugado el corazon y el semblante á la tempestad y pugnado contra las dificultades, por no resarcir la mengua y salir con la empresa. ¡Qué poco hubieran importado las juntas si no se apretaran los puños! Sin embargo, se publicaron las mercedes en los Consejos, y nombraron Comisarios que representasen al Ministro la orden del Rey: el de Estado y Guerra lo encargó al marqués de Santa Cruz y al duque de Villahermosa, que no se contentaron con dejarlo sin presidencia, como al principio, sino sin Reino tambien: al marqués de Villafraanca, que votó la copa de oro y despues lo dió en rostro con ella cuando no peleó con la armada francesa del mar Mediterráneo, el año de 644; que quien ha sabido hablar claro pudiera muy bien haber huido el cuerpo á semejantes acciones, vagatejas y farsas que no son para hombres de veras ni de tanto valor; al marqués de Castrofuerto y al de Mancera: el Consejo de Castilla á los más antiguos, y por eso poor premiados, á los oidores Madera y Marmolejo: el Reino al duque del Infantado, para ponerle la coniza en la frente, que no se portaba de menores incusijeros el asunto; á Antonio de Miranda y Vega, D. Jerónimo de Guillamas y Velazquez, y D. Antonio de Valencia; y el Consejo de Cámara, á los muy caros y encarecidos en gruesas sumas de dinero, José Gonzalez y D. Antonio de Contreras,

que despues de dado su mensaje y hecho relacion de todo, les tiró, no á todos, sino á alguno, que sentiria bien diferente de lo que se procedia con este papel, como burlándose de ellos, para dar á entender que era tan falso que estaba sobre todos, y que los mismos que le aclamaban le mordian. Y lo entendia así, y exhalaba por aquí sus desconfianzas, en que siempre andaba fluctuando, porque muchas veces quien consulta los premios consulta los castigos, que no hemos sido tan acendrados que, al posire y el dia de la cuenta, no hallen algo ó mucho de donde asirnos, porque, ¿qué otra cosa hemos hecho sino darnos de todo corazon y á manos abiertas al robo, á la injuria y al homicidio? A mi entender, gobernado por Malvezi, ó por otro semejante arquitecto de obras tales y fábricas de viento, que quiero poner á la letra, para que se entienda cómo arrojaba las pesadumbres, á los que le querian, ó él pensaba que le engañaban, debajo de adulacion: y para que pensasen que no lo eran, ni duenos de lo que él tenia, y que sus servicios eran verdaderos, refirió:

* Las mercedes de S. M. en mí precedieron á los merecimientos; primero me premió que le sirviese en el puesto que me dió, y más con la confianza: aquellos excedieron á mi capacidad, que habiendo alcanzado más que deseaba, dejé de alzar todo lo que no fué merecer; el haber alcanzado, con intento de no ser ingrato á S. M. y no quitarle la mayor alabanza de los Reyes, que es el haber bien elegido; no hay cosa que así incline á los hombres para servir bien como la esperanza del recibir premios, ni que más aliente á los ánimos nobles que los premios recibidos. Piensan los unos siempre cómo alcanzarlos; los otros cómo pagarlos: quien quisiere alabar á S. M., diga que me ha elegido bien; quien á mí, que bien le he servido. Quando el Sr. Infante D. Fernando, quando los Consejos, quando los Reinos se hubieran sólo satisfecho con asegurar esto á S. M., y quando S. M. se hubiera contenido con sólo habérmelo agradecido, era el único remedio de hacerme dichoso. Si la mayor merced que se puede conseguir, y tambien la mayor obligacion que recibirse puede en

esta vida, es la confianza y la buena opinion, ¿cuál será alcanzarla con la estimacion de los tribunales enteros, de los Consejos de los Reinos y de un Rey Monarca, y lo que más es de S. M., que sea por todos los siglos dichoso y bien afortunado? Poco podré ya relusar mercedes mientras ésta, que es la mayor, la he recibido. Sé que no aceptarlas sin otra razon, que es la mayor, de no merecerlas, es, fuera de razon, agraviar al Príncipe, quien las mide no ménos que con su misma grandeza, y muestra que se ha engañado en conocer méritos, cuando él es el engañado en no atribuirlos al ánimo; y como no se han de resistir las mercedes sino á razon, así no se han de recibir sin justicia, qué justicia seria si yo tomase 12.000 ducados cada año del herario de S. M. en tanto que me lo situan en encomiendas; yo, que me he opuesto á tantos portos que no hagan semejantes mercedes. Esta Monarquía conseguirá, con su grandeza, mover contra sí la envidia, y con hallarse tan dilatada, despertará la agena ambicion: infinitas veces la acometerán, si los premios de quien la defiende han de ser con daño de los Reales haberes; y si repetidamente ha de ser defendida, en breve espacio de tiempo se perderá, aun que no por los que la acometen, por los que la asisten. Veo que los Consejos han consultado esto á S. M.; conozco que su voluntad es de hacerme mercedes, y lo serán, sí, pues para que lo fuesen basta su voluntad. Son en alguna manera peores los beneficios de los amigos, que de los enemigos los deos; estos, tal vez, cuidan de herir, y sanan aquellos de engrandecer y arruinar: fué mucha parte para que se estableciese ley que prohibiesse las mercedes que hubiesen de salir de la hacienda de S. M.; si es mala, ¿por qué se hizo? si es buena, ¿por qué no la guardó? Llamáranme avaro y maligno, como quien estorba á muchos el gozar del tesoro de S. M. y á sí solo reserva el arrebatarlo. Doben los Reinos imitar á la naturaleza: ésta, las cosas más ásperas vuelve tratables con hacerlas comunes; aquellos, las más difíciles leyes volverán fáciles si las trazan iguales: la resolucion que es buena, no debe romperse en ningun caso, por bueno que parezca; pues

más es la fuerza que se le quita que la justicia que se le da, y es dificultoso restituirla á su valentía, una vez quebrantada, contra el ejemplo que la ha enflaquecido. Aun cuando no tuviera qué comer, no aceptara esta merced; y el motivo menor que me lo persuade es, no haberla menester: averigüémoslo de decirlo, porque no teniendo en este mundo mayor desdoro que gastar en servicio de S. M. la vida y la hacienda, aunque puedo afirmar que en todas las ocurrencias de empeño he querido consumir la una y emplear la otra, siento como escrupulo no haberlo hecho. A quien no lleva otro fin en el servir que el servir mismo, es gloria el haber servido, premio la nueva ocasion de servir, gusto el obrar y galardón el haber obrado: extraña cosa sería que el que sirve por obligación dañase por haber servido, mas de la suerte que resisto la merced de los 12.000 ducados, que en todo el tiempo han de salir de la hacienda Real, pues no se ajusta con el desdoro que tengo de gastar la mia por el servicio de S. M. Acepto ser Alcalde de Fuenterrabía, que mira al de verter en su servicio la sangre; y esto, con que si el enemigo la sitiare, no se me impida el ir en persona á los mayores peligros y accidentes de perderme, de defenderla, ó de socorrerla; y no lo aceptara si entónces hubiera de poner Teniente. Yo que recibí de manos de S. M. tantas mercedes, ¿he de pagarlas despues por los agenos, aventurándome á que una falta que no sea mia me haga ser ingrato sin haber querido serlo y sin haberlo sido? ¿Qué efecto haria en el ánimo de un hombre honrado, en la memoria de mis abuelos, que se mostraron señaladamente, con tanto valor, en romper ejércitos, conquistar provincias y defender plazas, vistiéndose de aquellas como del propio cuerpo, para no dejarlas si no es muriendo? Si yo juzgase que el que puse en mi lugar fuese más que yo afecto, fiel y aficionado, me llamarían indigno del que ocupó en la benigna gracia de S. M., pues se debe al más benemérito, ó, no le juzgando tal, baria traición á la confianza de-jiéndola servir al ménos suficiente: cuando él obrase mal merecía yo que S. M. me quitase mis puestos, y cuando bien,

que me pusiese en ellos. Estas mercedes con estas circunstancias no las puedo aceptar, ántes me dejara morir; son contra el servicio de S. M., contra mi conciencia y mi honra: no se ha de recelar el perder la vida por tres cosas juntas, que cada una de por sí justifica y hace loable el haberla perdido. Mis servicios no merecen que yo sea puesto en las angustias de no aceptar mercedes; y ocasionen perderme ó perderlas aceptándolas, y de trocarlas en perjuicio y daño público. La copa de oro, que parece corta satisfaccion, es solamente conforme al rendimiento y fuerza de mi ánimo, que es muy crecido; será doblado galardón remunerando la obra que se ha hecho, porque es la señal y el ánimo por que se ha hecho; porque no es paga, no merece tanto quien la servido por sólo interes; tanto basta á quien por sólo amor: éste no halla otro premio igual á aquel que pende y puede mostrar que no se ha servido por premio: quien le da graude, pretendo haberle pagado; quien pequeño, se avisa de no poderlo pagar: es siempre, mientras ménos mayor señal; no termina el merecimiento, y paga lo terminado.*

Papel que parece anda por los aires como espíritu aéreo, ni aprieta ni alfoja, y habla como encantado: dice lo que le puedo calumniar, y no deja la causa ni el motivo de lo que á la postro le puede suceder: no deja de encarecerse, y pone la humildad y el conocimiento propio en las nubes: parece que no acepta las mercedes, y tómalas. A este paso van todas las cosas, sin que el entendimiento humano las pueda dar alcance, y así se pierden en nuestro siglo, pareciendo á los extranjeros que hemos faltado á todo el conocimiento. Dice no lo inventan para sacar esta fantasma al teatro del mundo, que los Consejeros de la Cámara, fenecido el preámbulo, respondieron:

«Las leyes que acortan los premios no comprenden las hazañas (que tambien seguian el estilo del rumbo y la fantasma), que por grandes los imposibilitan, casi todos se hacen en prevención de lo universal; la jurisprudencia no determina casos particulares, y los que son fuera de lo regular

mucho menos, como no se dejan de castigar los delitos extraordinarios, por no haberlo que disponga en ellos, así no falta á premiar los méritos por no haberla expresa que los exceptúa. No recibir ahora las mercedes de S. M. y medirlas con las leyes, es querer ligar con demasiada molestia las manos que franqueó liberales á nunca visto merecimiento, cuando el Príncipe se ha de aprovechar del poder absoluto (que es sobre las leyes, no contra ellas), sino en raros acaecimientos: conviniere no hallar ejemplares, porque remunerando S. M. una acción tan singular, el cuidado se había de poner en buscar premios singulares; ni tampoco se debiera añadir que la consecuencia miraba aún á menores acciones, cuando en nuestros tiempos no las ha habido mayores. Mas todo es menester representarlo al ánimo de V. E., que obra siempre lo grande y no lo cuenta sino entre lo pequeño: sirviendo se satisface solamente de lo que es más; habiendo de ser premiado se contenta con lo que es menos. Alcáide de Fuenterabía ha de ser con mucha razón, pues queriéndolo evitar, ni lo sabe, ni puede; al tiempo que lo rehusa lo acepta: pretendo, si el enemigo acometiese la plaza, socorrerla como sea más necesario: muchos han nacido inhábiles en cualquiera cosa, otros capaces de una sola, rarísimos de todas; el error de los primeros es, si en alguna se emplean; de los segundos, si en más que una; de los terceros, si en menos que en todas. Bien pudo, cuando el enemigo se puso sobre Fuenterabía, ir á defender ó socorrerla, y si perdiérase su persona y la plaza: ¿cuándo hubiera proveído de dinero y municiones? ¿quién tan brevemente juntado un ejército de partes tan remotas, conduciéndolo con tanta prisa, que pudiese á un mismo tiempo se formó, llegó y venció? ¿y quién en estos aprietos hubiera enviado gruesa armada al Brasil, socorrido de gente á Italia, y nuestra Provincia, que la llaman des poblada ya por tantas guerras, y más por tantas victorias, levantado en un año sesenta mil hombres en armadas de la mar, y ejércitos de tierra en España, en las Indias, en Italia y Flandes? Las Monarquías necesitan muchos sol-

dados, y aunque muchos se hallan también de un Ministro grande, que recibiendo las influencias de su Príncipe las reparta, y aunque de uno solo pasan siglos, la naturaleza no es esterilizada, ó irritase si no la produce; pues quiere dejar un puesto que no había quien igualmente lo ocupase para entrar en otro, que de mil puede ser dignamente ocupado: el pensamiento, séase lo que el quiera bizarro, es pernicioso; habemos menester, para vencer su modestia apelar á su conciencia. El arquitecto no abre los cimientos, no levanta los muros, las columnas, los arcos, con pocas líneas y poco papel; en los mayores colosos, para la inmortalidad, se confía al ingenio, se atribuye de los que dibujó, y que tal vez no los vió, páсандose en silencio el nombre de aquellos que los fabricaron. Si tantas razones no valen, valgan las leyes de Castilla, que obligan á asistir en las ocasiones de semejantes cargos cuando de voluntad se han aceptado, no si á persuasión sola de la obediencia. A lo primero, dicen, replicó el Ministro, no convenía á los hombres nobles buscar en las materias de honra ser exentos, con privilegios ó limitaciones, sino juzgados con los más rigurosos escrúpulos y estrechas atenciones de la ley y de los ejemplos á quien no eran poderosos á vencer resistencias; bien que animaban á los persuadidos, que buscan lo que se ha hecho para evitar el castigo, y no lo que se ha de hacer para huir el exceso, como si no se hallasen pisadas que llevan á los riesgos y no se reputase error repetirle, ora débil contra sí el argumento de dos ó tres por quien se había la ley oscurecido, contándose en su favor tantas; para quien no se ha mudado, no deberse inclinar al mal; de manera que muchos no puedan acreditar el bien, y pocos valgan á introducir el daño: tanto más firme estaba en guardarla cuanto eran inferiores las cosas que proponían haberla quebrantado, que serviría mejor á la ley, cerraría más seguramente el paso de romperla si se concediese á loable, y mayor imitación sustentándola, y quitándose la fuerza á los menores que la habían destruido. Y concluye: que Dios quiso, y el Rey, nuestro señor, dispuso la defensa de Fuenterabía, sin que tuviese

más parte en ella que los otros Consejeros que dieron sus pareceres.

Con estas solas palabras que se hubieran dado por respuesta pareciera más cuerda y de más juicio la narración, porque no me puedo persuadir en uno ni en otro, que hombres de tan buenas partes, aunque llevados de esta fantasía, gastasen tanta copia de razones inútiles, y todas de ningún fundamento, que no parecen sino del cerebro del Malvezi, genio muy apropiado para inventar fábulas y para bencir cartapacios de novelas, porque aquí se gastan voces y frases fuera de propósito, indignas de acumular á hombres de consejo ni á Ministros de tan relevante puesto: acullá se gastó muy bien la pólvora que les dieron, y aquí todas las hironjas y adulaciones que pudo inventar la malicia. Pasa adelante el cuento y refieren que los Comisarios dieron cuenta de todo en el Consejo de Cámara; y volvieron á consultar, y dijeron que sin embargo de las réplicas se le podían formar los despachos para todo lo resuelto, y para la renta de los 42.000 ducados que se recompense con otra despues en vacando; que la Alcaldía de Fuenterrabía se podrá convertir en Adelantado de Guipúzcoa; de suerte que á cada paso se iban despeñando en inventar cosas nuevas, extraordinarias ni jamás vistas en provincias que, ajustadas con sus leyes, fueros y privilegios, están gobernadas, engazadas y constituidas en generosa policía, sin necesitar de otros arbitrios, cuando los que se fabrican, ni son de uso, ni se los admitirian los vizcaínos, ni la nobleza de aquellas casas, ántes abusarán de semejantes transformaciones y quimeras. Ya esto no es de la cosecha de Malvezi ni de sus apologías, sino nuevamente de aquel Consejo, que buscaba ambages y caminos para darle la Provincia, para subsidiarla más á su favor, pues hubo quien consultó que estuviere á su eleccion y á la de los suyos nombrar Gobernador: va caminando, y dice, que esto sea con facultad de proponer persona para el gobierno de la plaza y con el sueldo que se consultó, con perpetuidad, y los honores y preeminencias de que gozan los otros Adelantados, y que esta dignidad se su-

ceda por juro de heredad, conforme á lo que dispusiere el interesado; y vuelve á aferrar que no sea más que la persona que él quisiero, siempre tirando á otro blanco y á dar principio á otra cosa. Esto para quien dice que no quiere nada y que se intitule aquel Adelantado mayor de Guipúzcoa. Inventó otra, y la más perjudicial, arbitrando modos y medios para mayores desaires en lo porvenir, que todo parará en pleitos y deposiciones: dice, que á las respuestas de lo propuesto, buscando y hallándose medios para el reparo del tal, no se ajusten ni practiquen, pues ni es justo dejarles de hacer merced, ni tampoco obligarle á que pierda, porque en esto faltará si le aprietan, y su celo y servicios merecen que se mire por él, y que habia caminos para todo buscándolos. Y confiriendo con él, que le han vuelto á replicar los Comisarios; y que buscando los medios que se podrían aplicar para tomar los 42.000 ducados de renta, por no haberlos aceptado en las Cajas de Lima y México, se le den en encomiendas; y prescribiendo la injusticia y el agravio, que sean prefiriendo á las otras mercedes de esta calidad, y que entre tanto que vaquen se den en los efectos y ventas de oficios y otras gracias que beneficiaban en la Cámara, que lo haga el Pagador, y se supla de gastos secretos lo que faltare. Y apricta la materia diciendo: y porque V. M. tiene resuelto que si hallase alguna cosa que fuese de mayor lustre ó conveniencia para la casa del Conde lo consulte la Cámara; es de parecer que podría V. M. servirse de hacer merced al dicho del oficio de Tesorero general de la corona de Aragon, que hoy está en cabeza del duque de Medina de las Torres, para despues de sus dias, con los gajes y omolumentos que goza, con las mismas calidades, honores y prerrogativas con que hoy sirve aquel oficio, perpetuo por juro de heredad, para que ande agregado á la casa de San Lúcar la mayor, que es fundacion del Conde, ó para quien suceda en él, conforme á los llamamientos y disposiciones del dicho; con que llegado el caso de haberlo de suceder el tal, ó sus sucesores, todo lo que este oficio tuviese de gajes y amolumentos sirva para la paga

de los 12.000 ducados de renta; y si estuviero cumplida esta cantidad en encomiendas de indios, se baje de ellas lo correspondiente á lo que valiere el oficio, gages y emolumentos.

No parece sino que todo cuanto polvo se ha armado y levantado, sobre el amor y celo, desvelo y atencion, la causa pública, el hacer merced, los medios Fuenterrabia y su libertad, ya que no se ha hecho caso de la espada, donde tampoco faltó el consejo, ha sido todo para dar en esta cláusula y su invencion. ¿Qué diremos ahora del desinterés? ¿y qué cuando damos el porrazo de arrebatat, quizás á quien no trata de esto ni quitara la encomienda mayor de Alcántara, al que hoy no tiene, por nuestros mismos oficios, las que le dieron de Cristo; habiendo dejado por todas partes y lados en la calle, y echádole más allá de Roma, á lo superior de Alemania, no más de porque el Almirante fué á Italia, cuando su paciencia y largo destierro, y quiebra de mujer, de hijos y de hacienda pedia tratarle más de cerca, remunerarle y acariariarle? Esta es la verdadera causa pública, el objeto y lo que miran los vasallos, no á saber aquello y á saber quitar al conde de Chinchon la Tesoreria de la Corona de Aragon, por un vireinado del Perú, transitorio y de largos viajes, y que habiéndosele sacado y no podido afirmarle en una casa, por disposicion justísima del cielo, pasarle á otra que se deja amenazar. Lo que me espanta es, que el conde de Chinchon, que en la era pasada supo mirar por sus trastos y algunas de sus herencias, y ejercitar sus pasiones con aquellos, no haya sabido en ésta mirar por una albaja tan grande y de tanta honra y utilidad á su casa; pero esto será plicito despues entre los sucesores de ambas familias, como es de ordinario en espirando la fortuna y el valimiento, convirtiéndose todo en un piélago miserable de hijos. Pasará esta era y sucederá otra, y los que pasaren los ojos por esto suceso le censurarán, y valdránse de las mismas piedras de que tú te vales, si no las tiraras contra tí en los escritos ridiculos que has publicado; risa del mundo, desprecio de buenas plumas. Si conocieras con buenos ojos lo que pretendes profanar, halláras que fueron la

gloria y el ornamento de toda prosperidad y buenas fortunas, la estimacion y la idea de los otros Princeses, la juventud de las edades en que todo resplandeció, el dechado de toda humanidad y cortesía, liberalidad y majestad, con el aplauso de ambos orbes.

Va prosiguiendo el Consejo de Cámara, y porfia en esta manera: «Y atendiendo el Consejo á lo que en tiempo del Ministro y con su atencion se ha adelantado en la regalia de V. M., en materia de Córtes, introduciendo el voto decisivo sin ocurrir á las ciudades como se solia hacer; para que en los sucesos del pretendiente se continúe el singular afecto y amor con que sirve, y quede memoria de su celo y sirva de ejemplo á los demas (esto era que hasta aquí habian dado tras el Almirante, y ahora querian dar tras el duque del Infantado), y dicen, es de parecer el Consejo, que podrá V. M. servirlo de hacerlo merced de privilegio perpétuo, por juro de heredad, para él y los sucesores que él nombrare, en la forma que pareciere más conveniente á la Cámara, para que el Conde y sus sucesores, cualquiera de ellos, sea Regidor perpétuo en todas las ciudades y villas de voto en Córtes á donde se hallare viviendo de asiento ó estando de paso, para que en cualquiera de ellas sea Regidor perpétuo, y ejercer el dicho oficio con voz y voto, gozando de todas las prerrogativas y franquizas que usan los Regidores de las ciudades y villas sin diferencia alguna con prelacion de voz y voto, gozando de todas á todos los que no lo tuviere por privilegio de V. M., y con voto fijo perpétuo en las Córtes; alternando en los Reinos, y ciudades, en esta manera: Que en las primeras Córtes por Búrgos, vengán los dos Procuradores como se acostumbra, y se añada tercero Procurador que sea el Ministro y sus sucesores, con el mismo poder, calidad, salarios y emolumentos, honores y preeminencias que los otros dos; y en los segundos se haga lo mismo en Toledo, y consecutivamente, de manera que la procuracion de Córtes que ha de tener el Ministro y los sucesores de su casa de San Lúcar sea fija y perpétua con la alternativa con que no se admita en las Córtes ningun Pro-

curador del Reino ó ciudad en quien alternare y tocare esta procuración, si no es dando poder el dicho y sus sucesores en la forma dicha, y la Junta de asistentes lo ejecutará así: lo cual tendrá gran conveniencia para el servicio de V. M., como para que aquí en Castilla quede y haya memoria perpétua del amor y celo, atención y cuidado con que el tal sirve, y para que esto mismo se conserve en los sucesores: y aunque V. M. tiene ejecutoria para poder añadir dos ó tres votos en las Cortes, parece conveniente que se pida consentimiento al Reino para el despacho que se sirviere de dar, y que sea en la forma más amplia que pereciere necesario.» La respuesta fué aprobarlo todo, y dar plena potestad para ello y lo que se ajustare con el Ministro, quitar, añadir ó enmendar, y que acabasen que ya era tiempo, y ha pasado mucho de él.

Fenecida esta materia, sólo nos queda que responder, que lo uno, como ya hemos reparado, fué hacer tiro al Almirante, y lo otro al duque del Infantado, no más de por hacer una exorbitancia á sus ojos y en la clase donde él asistía; y esta última merced es tan devanada como nueva y tan nueva como fuera de camino, remitiéndome al tiempo que lo ha de descafezar; indigna de haberla beneficiado ó dádola por arbitrio hombre que tenga nombre de Consejero real de Castilla ni de la Cámara. La materia de Cortes y de llamar á ellas necesita tanto *de novo en talla*, y de seguir el Real camino, que en tanto que esto se hiciere las habrá y se conseguirán de ellas las justas pretensiones que se propusieron y los pedidos; y de otra suerte, será meter el Reino en quiebra y confusión, y desconder á una total ruina que no nos sea fácil después de aplacar; y esto de la regalía y decisivo son materias que se toman y áun se recibe en juicios fieles dura y pesadamente, y es muy malo de llevar; y quitar á las ciudades y pueblos sus leyes y privilegios, y anulárselos, es puerta por donde tambien se entra y ocasiona un desconsuelo comun, y es abrir zanja á una peligrosa sedición que no se pueda atajar. Ejemplos vivos tenemos de esto en Cataluña y en Portugal, porque, ¿de qué otra cosa se quejan los vasallos sino de

que les ha recaído en estos veinte años últimos un pesado yugo y una intolerable servidumbre? También nos sea de ejemplo de esto la conmocion de Lóndres, en Inglaterra: desbarázase aquel Reino, á imitación de otros sus vecinos, á echar tributos y cargar al pueblo, y éste tomó las armas para sacudir de sí el peso y las coyundas, y hoy se ve sin Reino la Reina, y los Príncipes, sus hijos, peregrinando por las provincias vecinas, teniendo aquel Parlamento, recurriendo la tiranía, el poder el mando y las armas. Raros ejemplos de estos hay en las historias comunes del orbe, pero nada os basta, ni mitigamos la sed de la ambicion y codicia, porque mal es carmentados de este vicio, aún se estudian los modos y los medios de usurpar, sin ver que hacen contra sí. ¿Con qué aficion quedaremos despues para con los vasallos en la positividad, siendo notorio al mundo, cuando reficran de nosotros en sus quejas y en sus cargos, ó lo publiquen sus escritos, que les dimos un Gobernador por largo tiempo oneroso sumamente y de todas maneras pesado, sin merecerlo? Tanta aficion, tanta fidelidad por dar crédito á promesas, y apoyando novedades que han surtido en ruinas, y lo más lamentable de todo, que no se abren los ojos al engaño ni á la enmienda, sino que se conserve lo acostumbrado en todos los actos procedidos, para que esto tenga forma de estimacion y decoro. Si el Reino para que se erigió llamar á Cortes, es para remediar abusos, dar al Príncipe y concederle lo necesario para los gastos de su casa y de la guerra, enmendar yerros, quitar excesos; si compelen al Príncipe, y se lo hacen jurar, que en las gracias y mercedes no pueda un hidalgo hacer más de los hechos, ni dar una vara de corte; ¿cómo le ha de ser lícito poder admitir ni dar á un vasallo, ni al número de treinta y ocho ó de cuarenta hombres, entre Regidores y Jurados, y otros oficiales que allí se juntan y vionen de Castilla, diez y nueve ó veinte añadidos (porque tantas son las ciudades), ó más hombres, y que á una confusion tan grande como hay allí para determinar casos importantes, y en que no suelen oír, ni aún poderlos poner en juicio, arrimar otro mayor y más

crecido desórden y confusion? fuera desatino. Y que un hombre sólo pueda ser sólo dueño de una accion tan grande, tan ilustre, tan generosa, de que no puede ser capaz, no obstante de que cuando trae por ejemplo el consultante que el mismo Príncipe en esta materia es dueño y señor de todo, siendo precisa su libertad, y de dejarlo y conservarlo en el modo y en la sustancia que hasta aquí: y dice que ha podido, y ejecutarlo; el añadir dos ó tres votos más, y se hace mención de ello por cosa rara, nueva y encarecida. ¿Cómo le ha de ser lícito dar á vasallo ninguno, ni ménos admitir la proposicion, ni la consulta, de agregar á tan excesivo número diez y nueve hombres, y que saliendo los salarios y emolumentos que se les da de la sangre de los vasallos, sea tan duro este arbitrio, y de tan poca commiseracion y clemencia, que á la misma efusion se le abra otra mayor y de más delgado cuchillo, cuando en consecuencia de menores calidades se han sabido hacer ahorros, reformas, limitaciones, tasas de sueldos y se insinúan desintereses? Es celo de atencion y cuidado. Ejemplo: se proponen escrúpulos y no le hay en éste; sin embargo que esta traucya no puede ser en servicio del Rey, si es arte para desangrar todo el Reino y conduction para que todo se conceda por allí y acabar de beberse toda el agua, deja alguna gota para los que has dejado en seco, y cánsato de tus quimeras.

Vuélvete á repetir, que no puede ser de su servicio ahora, ni jamás, cuando aquellos regentes y jurados de pueblos y ciudades tienen los ánimos abiertos de servir á los Príncipes y darlos sus haciendas, como lo han hecho hasta aquí, añadirles quien les confunda, sea doblado el gasto, la dispersion y el ruido, es no desear el mejor servicio real. La verdadera ciencia en casos semejantes, la mayor política y razon de Estado que yo conocí en un gran Ministro, aunque peso á la envidia, era, en las cosas más árduas y de mayores dificultades, cuando no era menester introducir en las Cortes ni en los Reinos del servicio del Príncipe, y si le hallan algunos inconvenientes, era llamar á los más remisos, á los más enteros Procu-

radores de Cortes, y ofrecerles las mercedes, hacérselas; llamarlos con la cortesía, con los brazos abiertos, no con otros artificios ó instigaciones, con el halago, con las buenas palabras, no con las impías, descortesces y acerbas, amenazando de deshacerlos, y conducirlos que era del servicio del Príncipe, que los haria merced, y que él seria el fiel intercesor. De esta manera venian en todo lo que era del bien y gusto de S. M., lo concedian, y sabian allanar el intervalo de las ciudades; y ellas mismas, enteradas de la benignidad y blandura del Ministro, holgaban de ello y enviaban votado el negocio á sus Procuradores, y que en su nombre lo concediesen, no pidiéndoles la inventiva de lo decisivo; que no se tiranizaban de otra manera las pretensiones, sino con el libre albedrío de los pueblos y de sus regentes: de esta manera se gobernó y conservó el Reino, vivió en paz, en sosiego y en lustre. Podrá ser que esto pase en esta era, pero en la que está por venir, y la del otro ó de los otros Príncipes, cuando llamen á Cortes y vean prevenir y pretender un exceso tan grande, que parece lo propusieron hombres sin ojos y sin discurso, fuera de lo justo y de lo ordinario, y á una merced tan viciosa, como dijo el fiscal Don Juan Chumacero de Sotomayor, por la era pasada, les causará horror y fealdad; y, mejor informados, la apartarán, la arrojarán de sí por inoficiosa, y dirán que semejante remedio no lo han menester ni es de su servicio; y entónces afirmarán con más propiedad que venden á los Príncipes servicios, y los mismos Procuradores de las Cortes, los Reinos, las mismas ciudades, de ver entrar contra sí y contra el bien comun tan desigual caterva de codiciosos, aunque sean aquellos mismos que lo votaron, si se hallare allí alguno, esos mismos lo derogarán, saldrán contra ello, lo anularán y rebatirán de sí por cosa fuera de propósito. Fresco tenemos el ejemplo, y no pienso que hizo reparo en ello aquel Consejo ni el que consultó, por no querer estar advertido de sucesos, aunque no tan enormes, pero semejantes; acabada la otra era, aquellos letrados que deseaban ver hechos pedazos á los Grandes, á sus casas y á sus sucesores, no les sufrió el corazon ni lo pu-

dieron decir, y si ellos no lo licieron y lo moviste tú, espera lo mismo, por más que estés alto, poderoso y envejecido. Finalmente, no pudieron reposar de la envidia, que les estmulaba el corazon, cuando residenciando á aquel grande hombre, gran Ministro, gran privado, como hoy lo confiesan las lenguas de los afligidos, en la peticion que dió el fiscal D. Juan Chumacero le puso demanda, que habia tomado y admitido, y que habia sido grande exorbitancia, cuatro ó cinco regimientos como el de Toledo, Burgos, Valladolid, Madrid y otros; á que respondió (y no le fué bastante), que las mismas ciudades y villas se lo habian dado, ofrecídale y léchote fuerza para que lo tomase, y que por acudir con mayores veras y aumento al servicio de S. M. lo habia hecho y aceptado, sin llevar nada por ello.

Estudienmos, pues, el mismo caso, y atentamente pongamos los ojos en él, y pensemos que se hará lo mismo de nosotros, y que se fiscalizará con el mismo rigor y con la misma injuria, y mayor, segun los oficios que usamos con ellos, y con el odio que nos tendrán, pues no hemos sido más agradables que aquellos, de mejor natural ni condicion.

Proponemos la rectitud, la justificacion, el desinteres que ahora pretende destruir, como toda la mayor accion del Reino que jura los Principes; no fueron de calidad tantos servicios de tantos grandes antecesores; los de cincuenta y tres años personales y veinte de escogido Ministro, de relevante valido, en una era de suma honra, felicidad, esplendor, majestad, hazañas, empresas y victorias; y no se han de pasar diez y nueve regimientos dados y repartidos á algunos criados de ninguna estofa, juicio, ni gobierno para entrar en un Reino á hablar en él, votar, saber proponer, refutar que no se destruya el bien comun, que se mire por la sangre de tantos inocentes; me parece cosa impertinente, sin sustancia y sin policía, cuando se debe mirar por la autoridad de aquellos, por sus privilegios, que no sean ofendidos con cargas, supersuiciones, novedades y cosas jamás vistas; aquellos que juran los Principes, los dan las Coronas, las vidas y las ha-

ciendas de los súbditos, que corre por su cuenta el defenderlos, el ampararlos y el no agravarlos: tambien piden que sean aquellos hombres originarios de las ciudades, de sus mismas clases, ayuntamientos, consistorios y domicilios, de sus mismas jurisdicciones, legítimos y naturales, que se duelan de ellos, tengan lástima de sus quejas, lágrimas y sollozos, y sca más templado el despojo, y no bastardos, ántes votados por ellas, segun sus reglas, fueros y privilegios. Que esté al arbitrio de un vasallo nombrar Procuradores de Córtes, con aumento de salarios, propinas y emolumentos, parece fuera de buen uso y toda buena razon y justicia; y cuando se debe trastornar el mundo y turbarse el cielo, como en el postrero dia, serán raídos y borrados sus paragrafos y caractéres de los archivos, anales, erarios y protocolos, se harán nuevas leyes, órdenes y decretos contra los arbitrarios instrumentos, inventores de semejantes mónstruos, y tanto más entóncecs, cuanto más abiertos los ojos y ménos aduladores los Ministros, vean que por la causa que se consultaron tales mercedes, no legítima, ni natural, porque el divino y verdadero instituto natural, digo, militar, no los da á la pluma, sino á la espada: no los da al Ministro, sino al Capitan, que aquel ya lo tiene todo, se lo han dado y lo ha logrado, y éste fué á conquistar algun merced, muchas veces con la sangre y con la faiga de la pretension. Palióse esto con introducir á D. Pedro Pacheco, marqués de Castrofuerto, del Consejo de Estado y Guerra, y á otros, para que repartiessen entre los soldados que habian peleado en Fuenterrabía, y entre las viudas que habian perdido sus maridos de la misma manera, algunas mercedes, así en honras como en rentas y sueldos.

No sé qué tal haya sido el cumplimiento, porque ya se ha puesto con tanto ardor el uso de estas, que no se da con ellas si no ántes se cogen; no es beneficio sino trampa: una que yo ví en la mujer del almirante D. Juan Pardo, que murió en Guetarea de fuego y de agua, hija por otra parte de Pedro del Yermo, del hábito de Santiago, ayuda de Cámara del Rey y aposentador mayor de Palacio, habiéndola dado 600 ducados

de renta por la orfandad suya y del marido, en las arcas de tres llaves en la casa del Tesoro, no excusándola por aquel servicio ni los domas, y de haber dado su vida en la armada que quemó el arzobispo de Burdeos, de los derechos ni de la media anata, andaba su padre, habiéndosele vuelto la hija á su casa, tras de D. Antonio de Camporendendo, gobernador del Consejo de Hacienda, con inmensa fatiga para que le pagasen, despues de dos años corridos, significando su viudez, la pérdida de su dote, por no haber quedado con hijos, la de su marido y falta de hacienda; y nada de esto bastó para que le fuese cierta esta merced y se la pagasen; dejándola perecer, como si se la hubieran hecho *ad honorem*: ¡y mala era de Capitanes si no eran parientes, como de Ayudas de cámara, si no eran criados! Es cosa muy ordinaria acumular los yerros á otros: para los desmanes de esta era y sus fracasos no se ha tomado más falso ni más vejete color que decir que ya venian ocasionados de atras y de los otros, y que la felicidad y prosperidad, lucimiento y ornato de la otra habia causado la quiebra de ésta; fundándolo en los empeños y faltas de dinero, siendo así que esta necesidad se ha venido derivando desde la primera pérdida y desde el primer Principe de las Asturias, y todos los Reyes la han padecido con las continuas guerras y trabajos, y aún las revueltas y desórdenes civiles y populares, acacidas de nuestras mismas codicias y ambiciones heredadas hoy de los ascendientes.

Pero dejemos aparte el largo progreso de los demas, y hagamos alto en el de el rey D. Fernando el *Católico*, ¿á quien no le sobró con cuán poco dinero cedió á los moros de España, ganó dos veces el reino de Nápoles y conquistó el de Navarra, erigió y estableció Monarquía? ¿Qué no obró el emperador Carlos V, su nieto, para enseñorear la Europa, y qué no hubo menester, con lo que le dieron los Reinos y los vasallos para adelantar la Monarquía, empeñándose y buscando dineros prestados sobre sus haberes, y cuánto seria menester para concluir de contar sus grandes hechos? ¿y de dónde habian de salir sino de España y de los demas Reinos,

provincias y estados suyos? Fuerza era que esto enflaqueciese. El rey D. Felipe II, llevado de esta misma causa, é insligado de estos mismos enemigos, atento á la conservacion, ¿qué no hubo menester para llevar su imperio adelante y resistir al orbe? Fue necesario consentir al empeño y á mucho más de que ya dejamos algo referido.

El rey D. Felipe III le halló así, le conservó, le aumentó, sin descacer de la misma majestad y grandeza con que se le dejaron, no le quiso cargar, hundir ni tributar, ni el que le gobernó y eligió por su confidente, peso y manejo de negocios, lo quiso hacer, porque antevió que no convenia á la seguridad, ni vanamente le prometió el señorío del mundo, ni sus tesoros, ni el de los súbditos, ni que le haria mayor, porque ya lo era. Fué fuerza valerse de él, y más que de éste del agrado y de la caricia, que es la llave maestra de los tesoros y de todo el caudal: para persistir á todo valiése de lo que pudo, y acrecentó el empeño porque no supo sacar el dinero de los propios, ni tiranizarlos, conservando así la majestad y el lustre con que fué reverenciada de los unos y temida de los otros; teniendo á toda Italia en una mano, sus potentados y príncipes de la Iglesia, para la eleccion de Vicario de Cristo, y á devocion y afecto de las cosas de España, y en la otra las cosas de Alemania y sus Electores para Emperador, ántes hereditario que electivo, y ambas cosas de la Casa de Austria, y que permaneciese en ellas. Esto era con la liberalidad, con las mercedes y los tesoros: así gastó algunos, que no los usurpó, ántes cubrió la necesidad que la publicó por no descacerla y que no la acometiesen, anteviendo que esto la convenia y era su más escogida política, dejando en su natural las cosas de los grandes, y vivir á los vasallos en sus haciendas, en su industria y fatiga, y que fuese suya y no agena. Y en esta manera recayó todo, y con la misma grandeza, en Felipe IV, con una lista considerable de ilustresimos capitanes y soldados: hánle dado los vasallos y los Reinos mayores sumas que á todos los demas, sobre las del mismo Patrimonio Real, y éste sin gastarle, ántes defendídole y

ahorrádole, y se ha sacado otro tanto de los arbitrios continuos y comunes; de suerte que se ha mandado borrar de los libros, esconderlos y cerrar los oficios, para que no se sepan ni causen admiracion tanto número de millones, bastantes á conquistar el mundo; y con bien diferente suerte de cosas, no sólo no lo ha sido así, sino al contrario, sin haber ayudado, conservándose, ni adelantándose, ántes dejado exhaustos á los hombres, y á las memorias sin expresar, y apenas defendidos: si hemos levantado y ocasionado con esto la alteracion de la Europa, y la sedicion del Reino y de las provincias propias, el malogro y estrago de todas, ¿por qué causa, ó por qué razon ha de ser el daño de aquellos ni de aquel, ni para qué cubrirse con esta capa de lo causado?

Siguiendo, pues, los progresos de este año, juéves, 6 de Enero, dia de los Reyes, sacó S. M. al principe D. Baltasar Carlos, en público á la Capilla Real, no sin admiracion y contento, así de los Grandes como de todos los demas vasallos, por la gracia y la hermosura que se veía en tan tiernos y floridos años, habiendo entrado en el de diez y algo más de dos meses. Por otra parte, los odios y los rencores de los enemigos se continuaban para con nosotros, y prevenianse de nuestra parte, para resistirlos y contrastarlos, nuevas armas, nuevas y numerosas gentes y dineros para ambas Germanias, Borgoña ó Italia, fronteras y costas de España, juntas de armadas y fábricas de navíos, como tambien los enemigos; y con este mismo cuidado, el segundo dia de Enero se echó bando en todo el Reino, se registrasen los franceses y se obligasen á no salir de sus límites y circunferencias sin órden, y que diesen fianzas; y para lo de la corte y su prosecucion, se nombró para que pasase ante Francisco Texa, secretario de la Villa, eclándoles algun tributo, para que reconociesen y reconoceros, como de 8 ó de 16 maravedís, cobrados cada semana, para saber por aquí el número que se contenia, recordándose, por su natural condicion y por las astucias del cardenal Richelieu, que asistia en todo, de levantamientos y connexiones para soldar en parte las quiebras y gastos cau-

ados en Fuenterrabía, y tambien porque se habia publicado que el rey de Francia habia gravado de la misma manera á los mercaderes forasteros que habia en su reino, así flamencos, alemanes, como italianos y algun español, si lo habia, les habia tomado parte de las haciendas, diciendo que en su reino las habian ganado, y áun que los habian meido en barcas y ecládotos á la mar, siguiendo en esto, como en todo lo demas, la impiedad y tiranía de su ánimo perverso.

Y procediendo con el mismo estímulo y cuidado de la guerra, que en los años pasados, hicieron Gobernadores para su prosecucion, y de las tros órdenes militares de Alcántara, Saniugo y Calatrava, al duque del Infantado, al duque de Alburquerque y al conde de Fuensalida, pero todo de ningun efecto, no más que para obligarlos á las levatas y á los gastos continuos para las ocurrencias y temores que se temian, así de adentro como de afuera, por cosas que se decian y se sentian, causadas de desestimacion de vasallos, de aprietos y de pedidos: porque el 19 de Enero concedió el Reino, ó le hicieron conceder, una temeridad, y lo que no habia, para echarle á pique, cuarenta y tres millones que se habian de sacar de los frutos de la tierra á los que los tenían, y de los arbitrios, por pesados y escandalosos que fueron; porque no se trataba de más que de sacarle, ántes que del alivio, del modo de haberle con ménos rigor y blanda; tambien, porque se dejaban sentir rumores de armada muy gruesa de Francia, que se juntaba en la Brotaña y en las otras provincias ó islas que baña el mar Océano, en los puertos de la Rochela y en los demas, con los capitulados de Holanda, para acometer las costas de España, sus flotas y bajetos; porque el Ministro de la Francia sabia cuán favorecidas y obligadas estaban las nuestras en el estravagante concepto de alguno que las habia juzgado por de poca importancia nuestras armadas, y que no servian de nada sino de gasto y de acrecentar los Capitanes generales, pagándose á toda voluntad de sus sueldos y otras industrias, y cuando volvian por el mes de Octubre á los puertos, habiendo salido por el

de Junio, no traian nada ni habian hecho empresa de consideracion; siendo forzoso advertir á este juicio que es, no obstante, la mayor potencia del Príncipe y el mayor nervio de sus Reinos, y el mayor señorío de la Monarquía el tener armadas por la mar y dominarla, aunque no sea más que por el terror en que se tiene á los enemigos; y cuando no haya otro interes que tener defendidas y guardadas las costas para que no se le atrevan, y para que pueda la contratación y los mercaderes pasar libremente y con desembarazo á las otras provincias del universo, y á las Indias, así orientales como occidentales.

Sabia esto muy bien el Richelieu, y penetrado lo de nuestro Ministro, y lo que se habia platicado en nuestras juntas y consejos; mas él, como tan grande estadista, argüia sobre esto y el cuidado que habia dado su armada en Levante y en Poniente, y el terror y estrago que habia causado en Guetarea; temíase esto ántes que en otra parte en el reino de Portugal, por estar tan vecino y ser de tanta importancia para los insidiadores de la especería y otras riquezas de Oriente, que son de su conquista; y tambien porque se presumia que aquel Rey queria vengarse de algunas palabras libres, dichas de la Gobernadora en la corte de Castilla á su Embajador, por haberla excluido, no sólo de Mántua y de Saboya, pero de toda Italia, y héchola peregrinar por la Europa. Hacíanse algunas defensas: mandáronles volver allí á los Prelados y á los señores que fueron llamados el año pasado, para asistir al riesgo y á la necesidad, á levantar soldados y prevenir armas y navíos con tiempo; y por no dejar descansar la continuación del pedir y su prolijidad, de que muchos se volvieron desiguales en la fe, particularmente el Acuña, arzobispo de Lisboa, que iba reprendido del exceso de Évora, ciudad, con todos los demás, y por no haberse arrojado con rigor al castigo de los pueblos que se tumultuaron allí y en el Algarbe, por donde ya llevaba principio la desesperacion.

Además de los millones concedidos y otros efectos, se pidieron á los gremios dineros prestados, que lo sentian áspe-

mente y lo llovaban mal, é iban aumentándose los sollozos y los lamentos, y más que todo continuándose la falta de afición en los súbditos: pedíanse á los ministros de los Consejos, á los Tribunales, á los particulares, no exceptuando á nadie: hacíanse levas de caballos y de infantes á costa de estos, encaminando muchos á la Provincia y á Fuenterrabía, no acabándose de asegurar del sobresalto pasado, y de que aún todavía no dejaban de haber asistencias en la frontera; y en esta manera á todas las costas del Reino. Sin embargo, corrió voz de que se queria tratar de paz, pero con no más designio que introducir y sacar seis años de tregua, sin volver nada, para hacerse entretanto y tornar á la guerra con más vigor y más brío, y ejecutar en lo tomado; para esto se decia que se expedian tres legados de Roma, uno á España, otro á Alemania y otro á Francia; mas viendo que este tratado no surtia á la esencia del dictámen y no convenia á la grandeza y majestad de España, se dejó y no se trató de ello; porque ingénuo y precisamente se decia, y lo insinuaba el mayor Ministro, que la verdadera paz ó tregua era sacar las armas de los Estados ajenos, y que cada uno volviese al otro lo que era suyo y lo que le tenia. A esto decian muchos, y los más preciados de bachilleres, no poderso tratar individualmente de paz, sin venir primero á una tregua y admitirla, para decidir las materias grandes que verdaderamente piden tiempo, y sin él no se puede efectuar ni venir á concordia y union.

Vino por estos dias, que eran los del mes de Febrero, á la corte del Rey católico, un embajador de Polonia, sin efecto ninguno, ni considerable de aquel Rey, hasta hoy, que es cerca del año de 644 que este libro se está copiando, y en todo este tiempo, que pasa de cinco años, no se ha visto en Alemania ni en el País-Bajo, en favor de nuestras armas, ni un soldado, ni ménos en el desempeño al derecho de Suecia, tiranizado á su casa por sus mismos antecesores, ni por la obligacion de los matrimonios conseguidos con la casa de Austria para extinguir y turbar aquella nacion, y echarla del Imperio y de toda Alemania, que es para lo que era menester, más que para

una embajada simple; pero todos ó las más de aquellas partes, si no eran enemigos, conservaban la neutralidad con el francés, y miraban y tenían por mejor regla de Estado su conveniencia; pero el haberse mostrado derechamente, y si lo hubiera hecho en favor de ambas majestades, cesárea y católica, hubiera sido acción más gallarda y de algún freno para derribarlos y hacerlos retirar de las invasiones de aquella admirable Provincia, que tienen destruida y acabada, y sus ciudades nobilísimas más echadas por tierra, dadas al saco y al fuego.

Guarnecía el rey de Francia, por sus confines, las fronteras de Vizcaya, las de Navarra, las de Aragon (por Jaca), las del Condado de Rosellon y todo aquello que se contiene de la otra parte de los Pirineos con 20.000 hombres; dando calor á la armada de mar, en sus puertos, que se prestaba por el arzobispo de Burdeos, y segun corria opinion, se componia de sesenta ú ochenta bajeles, sin embargo de que, habiéndoseles espionado y reconocido desde las costas de Vizcaya, serian que los más de ellos eran pequeños y de poco porte, y que era tanta la prisa que se deban, que trabajaban con hachas de noche, porque habia de salir á mediados de Marzo: á diferencia de las que se gastaban en las falúas y festines del Retiro, porque el Richeieu era muy amigo de tener sus recreaciones y holganzas con Marte, Belona y Neptuno, y que las luminarias se gastasen en armar flotas y en echar armadas por la mar para hacerse señor del mundo.

A la fama de este suceso se aprestaban nuestras legiones, particularmente en el reino de Portugal, por todos los señores, á cuyo cargo estaban las levadas de infantería y caballería, continuándose con fervor los pedidos y las sacas del dinero por ministros y comisarios impíos, que esperaban su parte, y les influían el rigor para la rapina; esto en toda Castilla y en las demás provincias, inquietando demasiadamente y con sumo rigor la Andalucía; y el Rey, lleno de fe, de confianza y de religión, para llevar el peso del gobierno y los trabajos de la regencia, poniendo en Dios todos sus cuidados, á 40 de Marzo,

juéves, segundo día de Cuaremas, puso el Santísimo Sacramento en la Capilla real de su palacio, haciendo la traslación festiva desde la parroquia de San Juan, con los aparatos y majestad que pide tan sacrosanto misterio y la grandeza de tan gran Rey y corte, en que lucieron las reliquias preciosas, las joyas, los ornamentos y los ricos paños de oro y seda en altares públicos y colgadas; y expidióse por estos días un decreto, de que se hizo pragmática, sobre la reformation de las costumbres y los trajes.

Corrió voz por toda la circunferencia de la Europa, que bajaba un ejército de la Lorena, de polacos y de crobatos, á la recuperacion del Estado de la Lorena, y que habiendo de ser así no tuvo efecto: que el duque de Veimar habia tenido algunas diferencias con el rey de Francia, y que el Ministro, sobre no haber querido admitir en Brisac guarnicion francesa, como soldado bien informado de su trato y tiranía, y caso que fuese consreñido á ello, casi se dijo, si de estos y de otros semejantes se puede creer algo, entregársela al Emperador con partidos de concordia, alianza y perdon de lo pasado, y volver por allí á su gracia, quitarse y colgar la espada tantos años desovainada contra el Imperio, y contra la seguridad de Alemania: parando todo en imaginacion y discurso, sin arribar nada al efecto; ántes se hallaba el conde Picolomini con un ejército de alemanes, soldados viejos y de todas naciones, en Vestfalia, haciendo levadas en el país para socorrer la Alsacia y la Borgoña, á que tambien habia de acudir D. Francisco de Melo. Pero la multitud de nuestros cuidados y disensiones, que corrian arrobatadamente como raudales intespestivos, de la misma manera las sediciones y los levantamientos, con que no dejaban arribar á nada, ni á lucirse la fatiga del trabajo, ni la esperanza de algun fin afortunado.

El Embajador extraordinario de Alemania, que habia venido por el César á significar al Rey el estado miserable de aquella potentísima Provincia; la continuacion de los cuernigos, así protestantes como sucesos, ayudados y favorecidos de los franceses; el estado de las ciudades asiáticas; el de los

demas pueblos y provincias, despobladas y quemadas, los edificios echados por tierra, extintos los templos, fundaciones y conventos de la Religion resueltos en ceniza, para que le ayudase con los socorros continuos y como hasta allí.

El proceso de las armas era tan continuo cada dia y en tantas partes de la Monarquía, que no daban lugar á las ocurrencias propias, quanto más á las forasteras, aunque no dejaban de serlo las de Alemania, y su cuidado muy legítimo. Habíanse puesto en la Corona 7.000 infantes españoles para enviar á Flandes, á costa de muy gruesos y excesivos gastos: en la Cantabria 4.000 con algunos caballos, contra la Francia, y el Condado de Rosellon levas de catalanes para su defensa y para rebatir las mismas asechanzas y solevaciones de aquellos enemigos; conducta de valones que venian de aquel país para España, que ya volvía como ántes á manejar las armas y las discordias hábiles y externas: esperábase un tercio de modeneses, 6.000 napolitanos y sicilianos, veteranos que habian de traer las galeras de aquellos reinos, con las de Génova: enviábase á Milan españoles, alemanes y napolitanos para proseguir la guerra tan natural y antigua en aquel Estado; reforzábanse las armadas en Cartagena, en Cádiz y otros puertos, para combatir con todo el resto de los enemigos, así franceses como septentrionales, resarcir y debelar su envejecida emulacion. Sin embargo, se despachó al embajador de Alemania contento y consolado con letras de 200.000 escudos, para que la espada católica obrase contra la heregía y la maldad, carga que tan mal y larga carrera de años ha llevado sobre sí España.

Salieron de Dunquerque, á cargo del almirante Miguel de Horné, valentísimo cántabro y marinero terror de holandeses, diez y siete bajés de aquella escuadra, para la Coruña, para traer 2.000 valones. Los enemigos de ambas fronteras, como holandeses y franceses, celosos de la jornada y que se fortificase aquel puerto, para quien se destinaba una armada en Bretaña, de fuerzas poderosas, para ocuparle y pasar á lo demas, no estando aún aparejados sus bajeles para

estorbárselos, avisaron á los de Holanda que los embistiesen en su misma boca y al salir, porque nuestras galeras no se valiesen de aquel esfuerzo y socorro. Fueron, pues, los dos Dunquerque acometidos de diez y siete navios de Holanda, no siendo más de cinco, porque los otros por un recio temporal que se levantó no pudieron salir; siendo tan pocos y ellos tantos, abordó Miguel de Horné sobre la *Capitana*, y estuvo para rendirla ó echarla á pique si no le huyera; pero siguiendo el intento encallaron ambas á dos: sin embargo, salió la *Capitana* enemiga y nuestra *Almiranta*, y porque los enemigos no se aprovechasen de ella, la mandó quemar; donde venia para España alguna ropa del marqués de Mirabel; habiendo sucedido en el oficio de Mayordomo mayor, ó al lado del infante D. Fernando, para centinela de sus acciones, el marqués de Cerralbo. Salieron despues todos y con próspero viaje, haciendo presas en aquellos mares á los holandeses; llegaron á las costas de España con alguanto mengua de la con que salieron al principio, porque muchos fueron presos, muertos y heridos del recuento, no dejando de quedar destrozados. Los enemigos, asistentes y vigilantes á embarazar nuestra navegacion, así en Dunquerque, Ostende y Mardique como en todo lo demas de aquel paraje, por no dejarnos arribar á la prosperidad antigua.

Las controversias entre el Turco y el Persa eran con el mismo ardor que ántes; sitióse á Babilonia, primera poblacion del mundo despues del Diluvio general, y de donde se derramaron por toda la tierra tanta variedad de lenguas, por la voluntad de Dios, por la fábrica de aquella torre y por la soberbia de querer guarecerse en ella, contra la suprema voluntad y potestad y sabiduría Divina, si otra vez sucediese la misma inundacion; de que, confundidos en la obra, y no entendiéndose los unos á los otros, la dejaron. Yace esta antiquissima ciudad, si no tan poblada como lo fué algun tiempo, puesta en las vertientes del caudaloso rio Eufrates, cuando desemboca y desagua en el seno ó mar Pérsico. Apretada de los turcos, la rindieron los persas con partidos á su propósito con-

siderables; que entrada despues por aquellos bárbaros, no guardando las condiciones ni lo acordado, les embistieron y degollaron á sangre fria pasados de 42.000 persas, no sin grave sentimiento de ellos y del Califa, y más en particular de los venecianos, por la potencia que se acrecentaba á aquel tirano, con quien tienen tan estrecha vecindad, y los términos de las tierras y los mares tan conjuntos, que cada dia, por pequeñas cosas y moderadas dependencias, piensan que ya le tienen sobre sí; miedo que les hace vivir más recatados, no sólo con aquel, sino con el Emperador y con las demas potestades de Italia y sus Príncipes, porque viéndolos empetolados con el Turco no los emprendan á deshacer su vanidad, y prouision se domá por este camino.

Las cosas de Italia estaban de suerte, por la Regencia de Madama Cristina de Bourbon, hermana del rey Luis XIII de Francia, en la Saboya y en el Piamonte, que no parecia sino que el francés era dueño y señor de aquellos Estados, por la liberalidad de la Duquesa, y en el modo como consentia que los enseñorasen sus ejércitos, no de otra manera que si fuesen suyos y el heredero de ellos; y con la tiranía del Casal de Monferrato á la casa de Mantua, quería tener potestad en Italia, no para otra cosa que invadirla y entrar con ménos dificultad y óposito en el Estado de Milan. Discurrido esto por el Emperador y por las demas inteligencias de aquella augustísima casa, y por el derecho de los feudos que allí tiene el Imperio, se procuró ventilar y decidir la materia en la Cámara imperial por todos aquellos Príncipes y sus Ministros; antes viendo aquellas discordias, la alteracion de Italia, el intento del Rey cristianísimo y el de la duquesa de Saboya, ántes hermana que madre, en querer dárseles, pues los tenia ocupados de franceses, contra el parecer (si era así cierto) de los príncipes, el príncipe Tomás, del cardenal Mauricio y voluntad de los mismos naturales, que vivian oprimos y lastimados de los tratos inicuos y malvados de aquellos enemigos; llegando las mismas quejas, no sólo al Rey católico, sino al Emperador y á los Electores, y á los Príncipes más extraños, con escritos

y embajadas, y contra el comun sentir de los potentados, así afectos como los que no lo eran; introduciéndose en la cautela el Papa y los venecianos, si bien con siniestras simulaciones, más aparentes que verdaderas, contra las quejas que proponian los ministros de España, de que el rey de Francia no metia allí las armas con otro celo sino el de ocupar aquellos Estados, por ruina ó desolacion de Italia, quitándoselos á los sucesores y á los tios, que andaban desterrados y peregrinos por las otras provincias y tierras de Europa, al sueldo del Rey católico, por los oficios de la Duquesa, hechos contra la quietud, contra los Estados y los vasallos de Saboya y Piamonte. Conferido esto con los Electores del Imperio y sus Príncipes, resolvió el César que el cardenal Mauricio de Saboya gobernase aquellos Estados y tomase al Duque, su sobrino, y á los demas, y fuese tutor de ellos, y los tuviese en tutela hasta que tuviesen edad de poder regir, y señalase á la Duquesa lugar y rentas competentes para pasar su viudez; por quanto no le tocaba, ni competia por los feudos y leyes del Imperio, con quo se ligaron y se sometieron hechos ya establecidos sobre la gobernacion de aquellos Estados, el no poderse introducir ni arbitrar en ellos, demás del natural francés que originaba las turbaciones y los desasosiegos, la excluyen de la regencia y crianza de sus hijos, como tambien de la tutela, por ser hembra. El cardenal Mauricio, ó por el estado ó por la indignacion, no se hallaba con ánimo de admitir aquel cuidado ni aquel peso, ó por abrazar la quietud y ser poco dado á las armas, renunció en su hermano el príncipe Tomás, espíritu más animoso y militar, que á la sazón estaba en Flandes con las armas del Rey católico, militando á su sueldo y debajo de su servicio; y la Princesa, su mujer, y sus hijos en la corte de España, hospeda en el palacio que sus hermanos tuvieron ántes, en tiempo del muy esclarecido rey D. Felipe III, con 4.000 ducados de plata cada mes. Y volviendo á conferir en el Imperio la resolucion del cardenal Mauricio de Saboya, dieron el cargo y la regencia de aquellos Estados al príncipe Tomás, que viendo la

ostinacion de Crisina, denegada por el Rey, su hermano, á todas las demas obligaciones, y al aumento y posesion del duque Francisco, su hijo, y de los demas, y que estaban ocupados de franceses, y con pretexto de falsa y ambigua proteccion; la muerte de su hermano; la minoridad de su sobrino, que por la misma inclinacion y proceder francés era de tener siguiese la misma derrota; causa por que él abandonó su tierra natural y domicilio, se pasó á Milan, dejando sus hijos y su mujer al hospedaje, á la gracia y benevolencia del Rey católico, se pasó á Flandes para seguir debajo de las banderas españolas la guerra á los holandeses, que con brevedad se pasó á tenerla con Francia, por no hacerla en Milan al hermano ni tampoco estar ocioso; pero así como la vela, impedida de varios vientos, se mueve á ésta y á aquella parte, no de otra manera fué más constante su fe. Finalmente, reconocidas todas las cosas, así las que le tocaban como las de aquellos Estados y su casa, siéndole á propósito tambien la fortuna que habia tenido, y los otros buenos sucesos para el socorro de San Homer, para salir con airosa reputacion de Flandes, y enmendado el primer avieso de la campaña de Namur, pidió licencia al infante D. Fernando, enterado en las materias, y muy de secreto, tomó el camino de Alemania, y por el Condado de Tirol y Trento, recayó con próspero viaje en Milán. Fué recibido del marqués de Leganés, gobernador y capitán general de aquel Estado; intimó las órdenes que traía á la duquesa de Saboya, su cuñada, que no fueron admitidas, ántes contestadas con respuestas antibológicas y generales: trataron de juntar las armas para poner en ejecucion los decretos imperiales, que insinuaban les diesen el Rey católico toda su ayuda, auxilio, fuerzas y gente para la ejecucion, ordenándolo así á los potentados de Italia que tienen esta obligacion. Pedía el príncipe Tomás al Rey católico á Verceci, plaza de Piamonte, para hacer alto en ella y tenerla por asiento para él y para el Cardenal, su hermano, y que se le pudiese guarnicion de su mano y de los españoles; parecia artificiosa la proposicion y que la querian recuperar por allí:

fué oído con buen semblante del Gobernador, así como las cartas del Rey animándolos á que empezasen la guerra, y que el valor, las fuerzas y la espada abriesen camino para darles en las demas plazas del Piamonte lugar donde acomodarlos, que él los ayudaria, porque no tenia el Rey, contra las invasiones y guerras conraidas de los franceses, y en satisfaccion de estilo de la Duquesa y su proceder, y del Piamonte, otra prenda de consideracion que Verceci, y contra los muchos gastos causados, y la querria para sí, ó para (alargándola) componer las cosas de Italia y conducir, con la entrega, como sucedió en los años pasados, en tiempo del duque Carlos, su padre, una paz general; restituyendo el rey de Francia, por la misma razon, lo tomado, si bien no en aquella en las otras partes de la Europa, sacando los franceses de Italia y restituyendo el Casal de Monferato al duque de Mantua y el derecho de lo que le toca.

El Piamonte es llamado así por estar al pié de los altísimos montes Alpes, que dividen á Francia de Italia. Sus confines son: al Oriente con el río Pó; al Mediodia tiene los Alpes ligurinos; al Poniente los de Francia; al Setentrion la Doca. Tiene los barbechos llenos de lindos y muy fértiles collados que producen panes, vinos y otras frutas muy escogidas; tiene ciudades, villas y villajes admirables, de muy ámplias y notables poblaciones: extiéndese desde el río Sesia al Dellinado por entro el Apenino y los Alpes; riégala el Tanaro y el Escura. Es su mayor cabeza y corte Turin, de quien hacen mencion los ilustrísimos autores Tácito, Plinio y Ptolomco que fué colonia de los Romanos en aquel siglo raro y antiguo; y Manuel Filiverto, duque de Saboya y príncipe del Piamonte, la fortificó y forneció con un fuerte real, de figura pentagonal: tiene otros muchos en sus mayores ciudades, Verceci, Aste, Brera y Crecentin, para su seguridad y resistencia de los confinantes, siendo casi todo aquel Principado frontera rodeada de muchos y muy grandes Príncipes y potentados.

Juntadas, pues, las armas y aprestadas las naciones para combatir y dar socorro al príncipe Tomás por la decision del

Imperio, porque por otra parte no habia de ser admitido en el Piamonte; amparado y favorecido del Rey católico, como lo son tantos afligidos y depuestos, mártires, 19 de Marzo, salió una parte del ejército la vuelta de las Langas, con designio y resolución de apoderarse de Cencho: iba por cabo de este trozo D. Martín de Aragon, General de la caballería del Estado de Milan.

Es Cencho una plaza puesta en una eminencia, con castillo fuerte ó inexpugnable: confina por una parte con las Langas; por la otra con tierra del duque de Saboya, que la poseía injustamente, siendo feudo del Imperio, y la otra con el Genovesado; haciendo ponía á todas las tres partes por meter los piés en cada una de ellas y dominarlas: era de importancia la toma de este castillo para las conveniencias del Milanés y para tener el paso abierto al Piamonte y poder marchar á él con más seguridad.

Siguió el Gobernador, marqués de Leganés, con brevedad á D. Martín de Aragon, saliendo de Milan la vuelta de Novara, á donde llegó prósperamente, dejando en los contornos alojado el ejército, así el cuerpo de la infantería como el de la caballería: de aquí salió á recibir al príncipe Tomás con los cabos del ejército, haciéndole ostentoso y lucido acompañamiento y hospedaje; estuvo allí algunos dias tratando y confiriendo las materias de la guerra del Piamonte, el modo y el gobierno que se habia de tener en ello.

Llegó D. Martín de Aragon al fuerte de Cencho, habiendo poco ántes adelantádose al Maestre de campo D. Antonio Sotelo á tomar los puestos con otros cuatro tercios, en la forma que lo seguía D. Martín; y á 23 de Marzo, reconociendo este caballero la plaza y los puestos, con aquel valor y denuevo con que siempre y en todas las ocasiones pasadas habia procedido, se alejó media milla á reconocer el castillo, llamado Saliceto, para mirar dónde podría poner una pieza para batarle. A este tiempo, y en aquella suspension maravillosa de gran soldado y valiente, le tiraron un mosquetazo que le atravesó las sienas, con lo que luego cayó, no sin gran sen-

timiento de los cabos y soldados que allí se hallaban, porque era constantemente amado de todos ellos por su valor, ánimo, generoso espíritu y otras buenas partes, que quedaron allí sepultadas con otras muchas virtudes y esperanzas que se prometieron de sus hechos, y buenas fortunas que desde los principios habia conseguido gloriosamente en aquel Estado y en sus campañas.

Habíase dado el cargo de batir aquel fuerte al Maestre de campo D. Luis de Alencastre, tío del duque de Abero, y ejecutó, sin embargo, con la pérdida de D. Martín de Aragon, que sin duda ninguna lo fué, y así lo sintieron todos. Se juntaron los cabos y Maestres de campo á elegir cabeza, en tanto que el General se la enviaba, y tocándole, por más antiguo á D. Luis Ponce de Leon, hermano del duque de Arcos, cedió, á la mayor utilidad y servicio del Rey, y consintió que lo fuese D. Antonio Sotelo, Maestre de campo del tercio de napolitanos, con gusto de los demas; discurriendo que habia sido orden del marqués de Leganés para que tomase los puestos de Cencho, y en esta forma se la habia dado á D. Martín de Aragon, y que seria lo más conveniente y ajustado á la razon y al intento de la empresa rendirle la obediencia y hacerle cabo de la faccion.

Llegó á la noticia del alojamiento del Marqués la muerte de D. Martín de Aragon, y fué tan sentida del resto de los capitanes, que ninguno se atrevió á decirlo al Marqués por lo mucho que lo amaba, y por la falta que le haría, habiendo resuelto fiar de él todas sus empresas por lo bien que habia salido de todas y la cuenta maravillosa que le habia dado de su persona, y fiarle las demas y descansar con él del peso y continuacion de aquella guerra. Era sin ninguna duda de todos reconocida la falta que habia de hacer al servicio del Rey, y así lo sintieron despues en la corte de España los ministros de Estado y Guerra. No atreviéndose, pues, ninguno de los cabos del ejército ni las demas personas que militaban en él, el abad de Santa Anastasia, con su acostumbrada cordura, se lo dijo, dejándole con el sentimiento que era justo. Fué nombrado en su lugar Cárlos de la Gata, General de la

caballería de Nápoles; y habiendo el Marqués entendido la elección de D. Antonio Sotelo en la empresa de Cencho, la estimó, reconociendo la atención y templanza de aquellos cabos, y la conformidad y ajustamiento en reconocer lo mejor, prometiéndose suma felicidad en las acciones y hechos militares de este año, porque la obediencia y la justicia es la mayor disciplina de la guerra. Luégo que lo supo, teniendo la elección por acertada, no consintiendo el agravio, que es la ruina de todos, no queriendo contravenir al parecer y elección de los Maestres de campo, mandó volver á Carlos de la Gata, dejando á D. Antonio Sotelo en su lugar y á nuestra gente apretando á Cencho.

Salieron luégo los franceses á su defensa, incitados de su importancia, creyendo que con la muerte de D. Martín de Aragon estaria todo metido en desórden y confusión. Venian los franceses con ánimo de rebatir nuestra gente de aquel puesto y de darles la batalla: el cardenal de la Valeta acudióllaba los suyos, y el marqués de Vila, con los saboyanos y piamonteses, acometieron á los nuestros por dos partes, y de ambas fueron heridos y maltratados, haciéndolos arredrar, con tanto denuedo y coraje, que en brevisimo espacio no pareció ninguno, desde los Generales hasta los más infinos soldados, así franceses y saboyanos como piamonteses, siguiendo el ejemplo infame de sus cabos, pagando con las vidas lo que no pudieron valerse de la fuga: fué de suerte el miedo y el terror de los enemigos, y la rota que se les dió, y la flaqueza y desmayo que les ocupó el corazon, heláudoles la sangre en las venas, que en cerca de dos meses no pudieron juntar la gente, formar el ejército ni salir á la campaña. Duró el combate desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde; señalándose este día el tercio de D. Luis de Ponce de-seoso de acrecentarse en honra para imitar á los mejores, y merecer los mayores puestos: con lo cual Cencho se rindió al yugo y á la ley de los vencedores, con otros castillos cercanos puestos en el contorno, de quien se recibia algun daño, cuyos nombres eran: Santa Guala, Saliceto y Aiprien.

Conseguida esta facción, partió el Marqués á Verceli con los demas cabos del ejército, tomando por acuerdo que el príncipe Tomás fuese la vuelta de Turin, corte del Piamonte, con mil dragones y un razonable golpe de infantería, á donde se pretendian encaminar los designios mayores para encasione- rear la cabeza, y con ella los demas miembros del Principado. Partió, pues, con tal órden, silencio y diligencia, que hasta aquí pareció español, y despues pareció francés, que era su mayor y verdadera inclinacion; de suerte, que habiendo caminado más de catorce leguas por el Piamonte, atravesando algunas villas ocupadas de franceses, apénas fueron conocidos si eran amigos ó enemigos: dieron vista á dicha plaza, situada á cuatro leguas de Turin, y adelantando algunos caballos, como que eran pasajeros, se apoderaron de la puerta, y siguiéndolos los demas de la caballería, la tomaron sin sangre ni ruido de armas. Preservóla el príncipe Tomás del saco, como presea suya y de su casa, por ser la primera que habia tomado, y como avisando á las demas plazas que siguiesen el ejemplo, se pasasen á él, dejando el errado camino de la Duquesa y sacudiesen de sí y echasen de sí el peso y el dominio de los franceses, y reclamasen á un Príncipe, hijo de Carlos, duque de Saboya, y hermano de Victorio, su señor natural, que habia espirado á manos de las injurias é iniquidades de aquellos enemigos. Alojose allí la gente con la seguridad y quietud que si fuera en tierra sin controversia ni emulacion.

Fué de grande sobresalto este accidente para los ciudadanos de Turin y para los pueblos comarcanos, y más cuando fueron avisados que tenían sobre sí y tan cerca mil dragones, con caudillo tal que era para causar asombro; y con dictámen de echar de allí la tiranía y los detentores de las revueltas de Europa, estaba de tal arte toda aquella comarca, que muchos desemparraron los lugares pequeños y mal seguros, y se fueron á las ciudades muradas, y otros no prometiéndose resguardo ninguno las dejaban, huían de ellas y se iban á otras partes, conociendo la resolución del príncipe Tomás; pero él, como

segaz, miraba por la hacienda de aquellos, y no consentía se les dañase en una espiga: y, sin embargo, se hallaba alterada toda la tierra y con notable sobresalto la Duquesa, á que acudió volando el cardenal de la Valeta con alguna gente francesa, persuadiéndola que se saliese de la ciudad, á que replicaron muchos de sus criados y vasallos, y los Gobernadores de Turin, anteviendo que ora traza para ocupar aquella corte. Entendido por el Príncipe el sobresalto en que habia entrado toda la tierra, fué tomando algunos puestos del contorno de Turin, aunque flacamente, para cargarla despues y subprenderla con mayor seguro y fuerzas. Dejó alguna guarnicion en Chivas y pasó á Imbrea, no más distancia que de cinco leguas, para asegurarse con aquel puesto y tener con el Milanés seguras las espaldas y la retirada caso que no saliesen prósperos sus intentos, como al fin lo habia de ser, con país muy luengo y distante, para alojar más acomodadamente y esperar los socorros, y reclamar á los efectos del Principado. Domina Imbrea casi todo el Canobes la Val de Osta y Hela, y cargó el Vialés: tomóla, pues, el Príncipe y rindiósele: es ciudad puesta á las riberas de la Dora, que pasa entre dos peñas, sobre que carga un puente, sin tener otro: estaba desproveída y el castillo desarmado. Con que ya el príncipe Tomás iba ganando tierra, y se hacia lugar en ella con el valor y la espada, habiéndola dejado poco ántes por los malos oficios de franceses, y porque el Duque, su hermano difunto, los habia admitido para que se la desolasen; mas él decia que no podia más, siendo más á propósito la confederacion con España, que no usurpa los Estados, ántes los defiende de los enemigos y de los que los quieren infestar; como lo ha hecho, y por larga carrera de años con aquella casa.

Acudió allí luego el cardenal Mauricio, su hermano, que estaba en el Estado de Milan esperando á ver el progreso de Tomás y cómo se ponian las cosas y de qué aire, tambien para conmovier á los naturales de sus trabajos, destierros y peregrinaciones, para atraerlos y que los acudiesen y se arriesasen á su parecer contra el proceso de la Duquesa, y para

echar los desertores de la sierra, que pretendian usurpar, si ya no lo estaba. Muchos, conmovidos de este hecho y de su justificacion, y del infamo proceder de los franceses, los siguieron y dieron la obediencia, como Viera de Val de Osta, y otras tierras y castillos.

Salió el marqués de Leganés con el ejército de Vercelli la vuelta de Alejandria de la Palla; enviando á D. Juan de Garay para que corriese con él la vuelta de Turin, y que si por los pasos que habia de marchar, ora fuese por el Monferrato ó por el Piamonte, la plaza que encontrase desapercibida, la tomase, mas que no fuese perdiendo el tiempo ni embarazándose mucho en ellas. Tomó su derrota el Marqués á 7 de Abril de este año, con parte, por medio del Piamonte, dejándose dos plazas fuertes de los enemigos atras, como cortadas, siendo harto considerables; era la una Santia y la otra Trin: pasó la bahia y se puso á nueve leguas de distancia de Vercelli, con designio de atraer allí á los franceses, y que la guerra, que desde aquel Estado habian querido meter en Milan, tomándole por plaza de armas y puesto muy conveniente para invadirle, y con él á toda Italia, metérsele dentro y que recayese en el castigo, muy justo, y venganza de sus artificios, como la sufre hoy y le lleva con estrago y toma de sus mayores y mejores pueblos y ciudades, ocupadas por las armas del Rey católico desde este año, con grande desembargo y desahogo del Estado de Milan y quietud de sus moradores. Mas no só si era ésta la verdadera intencion de Tomás, y no se encubria en el corazon de nuestros cabos, en el del Rey y ministros, porque en aquel pecho siempre estaba hirviendo la pasion francesa y el odio á la nacion espoñola; pero todos callaban, hasta que no pudo contenerse la mina que no reventase; sin embargo, esperaba la llegada del ejército, y estando ya juntos, acordaron el viaje y derrotas que se habian de tomar; y conferido todo con los prácticos y de consejo, marcharon, haciendo alto en una casina, á una milla ántes de Crocentin, lugar fuerte, situado á las riberas del Póo, y con otra plaza fuerte de la otra parte, sobre una colina, y con un

castillo admirable y poderoso. El nombre de esta ciudad es Berrua, muy nombrada en las contencidas pasadas y al principio del reinado de Felipe IV, cuando la sitió el duque de Fe-ria y se levantó de ella por haberla cargado en lo recio del invierno, que es allí muy riguroso y de grandes pantanos, por la vecindad de los Alpes, frigidísimos. A todas aquellas provincias van, por estas dos plazas y por este río, gran comercio al Piamonte y Monferrato, y cerradas y ocupadas les podría ser de gran detrimento para su conservación, como también para mantener los ejércitos muy á propósito. Quiso D. Juan de Garay, en cumplimiento de la orden que llevaba, tentar á Pontesura, plaza de mucha consecuencia, por impedir la comunicacion de Turin con el Casal de Monferrato; y advirtiéndole que era detenerse demasiado y que había entrado dentro guarnición francesa, paso sobre Berrua, y ocupando el ejército ambas plazas y las dos riberas, acometió el Garay por cinco partes á Berrua, y tomóla por asalto, y el castillo por concierto en ménos tiempo que de cuatro horas.

Conseguida esta plaza en tan breve tiempo, que fué admiracion de todos los enemigos, de los potentados y de toda Italia, pasó D. Juan de Garay á comunicar con el Marqués la toma de Crecentin, para tener y fenezer una empresa de todas maneras importante, para tener en cadena al celebradísimo río Póo y atemorizar á todo el Piamonte. Tenia esta plaza de guarnicion 4.500 franceses y estaba fortificada, amunicionada y con el foso muy hondo y lleno de agua; sin embargo, se rindió á partido dentro de ocho dias, con cuyas fortunas y victorias, admirables á los afectos como de terror á los que no lo eran, pasó la gente de D. Juan de Garay por el puente, entre Berrua y Crecentin, á juntarse con el Marqués y con la demás del ejército, resueltos de marchar á Turin, y ponerla en aprietado, y acabar de enseñorear al Piamonte; como se presumió, si los sucesos de la guerra no fueran tan varios á los más diestros y esclarecidos capitanes. Pasaron volando estos sucesos á la corte de España y como eran hechos en gracia del poderoso, por el parentesco y por la carne y sangre, sin embargo

de que era seguir lo justo y aquellos progresos lo merecian, lo cubrió y subió D. Diego Megia, hijo tercero del marqués de Loriana, á ser grande de Castilla, por General de las empresas de Italia, si al fin no hubieran fracasado.

Si esto se hubiera observado con el Almirante y le hubieran dado el premio de la victoria de Fuenterrabia, no había que calumniar á la justicia ni á la rectitud. El Rey católico no premió las conquistas de Nápoles en los ministros, sino en el Gran Capitan: las de Navarra, en la casa de Toledo. El Emperador, en las de Milan, al Sr. D. Antonio de Leiva, á los marqueses de Pescara y del Bosto: las de Alemania, junto al Albi y en otras partes, en D. Fernando de Toledo, duque de Alba; no en sus validos, consejeros y oficiales. El Rey D. Felipe II, en las cosas de Nápoles, Flandes, y union de Portugal á Castilla, á este mismo, y á D. Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, en este caso y su jornada, y le cubrió por la memorable victoria naval que alcanzó de Felipe Strozzi, y Francisco, en las Islas Terceras. El Rey D. Felipe III y su gran Ministro, el duque de Lerma, no emuló ni quitó el premio, ni le quiso de los hechos en Flandes del marqués Ambrosio Espinola, ántes él le alentó, le crió y animó á proseguirlos, le hizo Grande y le dió el Toison de Oro, y le hizo igual á la casa de Oría, en Génova, que era toda su esperanza, y se la cumplió: cubrió también al conde de Fuentes y le dió el gobierno de Milan, y en esta forma á los demas Generales de ejércitos y armadas, en tierra y mar; de suerte, que como aquel por los sucesos de Italia mereció arribar á la grandeza y se le reconoció la deuda, en el Almirante de Castilla no había para qué emularla, aun cuando no fuera por otra razon que por su sangre y por su casa, y por ser el primer señor de Castilla. Despues dió allí tan grande reputacion á las armas del Rey y á la nacion española, que se podía igualar, en tres meses de soldado, á los que lo habían sido muchos años.

Conseguido lo de Berrua y Crecentin, entró el marqués de Leganés y los principes de Saboya, con todos los de consejo

y cabos del ejército, en conferir y pasar á Turin á tentar aquella corte y á desasosegar á la Duquesa: hizo ántes embestir á Pontestura, y tomola, aunque los franceses que estaban en el Casal de Monferrato lo pretendieron estorbar fueron retirados: nuestra gente corrió hasta los puertos del Casal, sin haber quien se les opusiese ni les saliese al encuentro. El Domingo de Ramos dió vista el ejército á Turin, no sin sobresalto de la Duquesa; que á toda prisa y desataviada pasó á salvarse al castillo, con sus hijos y con su casa, temiendo que los habian de tomar, con que espiraba la tutela y el señorío de la provincia, y se transferia á los tíos. La inquietud tenia dividida la ciudad, y metida á varios pareceres sobre lo que se habia de hacer; mas la Duquesa publicó algunas amenazas, castigos y destierros sobre la uniformidad del pueblo y las cabezas, obligándoles á conformarse para salir á la defensa suya y de sus hijos; sin embargo, echó algunos por sospechosos. El ejército, no perdiendo tiempo, rodeó en torno la ciudad y se paró cerca del puente del Póo, á tiro de mosquete: echó fuera su caballería, alojada entre el río y la ciudad, y casi pegada á nuestra gente: embistiólos la nuestra, escaramuzando con gallardía, dándoles algunas espesas cargas: no era éste el parecer del Cardenal ni el del príncipe Tomás, y el gobernador de Milan hubo de condescender, por puntos de prudencia, de concluir la corte de Turin luego, ni suprimirla, que ya sabian que habia algunas dificultades, mucha gente y poderosa la ciudadela, y que era el sitio muy largo, con que se habia de faltar á otras muy urgentes ocasiones, y aún perder el ejército; pero íbase con dictamen de ver si se podía rendir fácilmente sin aguardar sitio, dándolos alguna puerta ó portillo para escalarla, y, en primer lugar, para conseguirlo, penetrar el ánimo de los de dentro y los mal contentos del gobierno de franceses y de la Duquesa, madre, en quien ardia tan riguroso efecto, que se lo queria entregar todo. Era el ánimo aprovechar el tiempo, no abrir trincheras ni atarse el ejército tercero con los enemigos que tenia al opósito; rompiólos con general estrago de muchos y prision de más de seiscien-

tos, y entre ellos personas de importancia: siguió el ejército el alcance hasta las puertas de la ciudad, entrándose con el ímpetu algunos dentro del rastrillo de la ciudad, que parte mataron y parte fueron presa que cambió por otros de la misma calidad y fortuna. Dolor que hizo á la duquesa de Saboya enviar al Nuncio del Papa, para el acomodamiento de sus cuñados, el príncipe Tomás y el cardenal Mauricio, ministros, que no todas veces tratan con verdad ni confianza las cosas de España ni sus materias, ántes las tuercen y las dejan de peor condicion, cargando el juicio en no más que suspender las armas de nuestras coronas, introducir medios sin ninguna fuerza ni sustancia, ni con más verdadero título que para que se armen los demas contra ellos; por cuya causa, y por fiarse demasiado de semejantes cautelas, no están las cosas en el punto y en la concordia que habian de estar, como se vió: pues la Duquesa, puesta en tan grande aprieto y estrecho, aunque se valió del Nuncio, en vez de acomodar sus disgustos, queria ántes dar las leyes que recibirlas; con que no se efectuó nada. Ocuparon entretanto algunos burgos entre el Póo y el puente, con desolacion de la infantería enemiga, siendo dueños de la campaña; y en aquellos ocho dias que estuvieron allí, se vieron, de ellos y de los paisanos ó burgueses, en tanto conflicto, que ninguno se atrevió, ni osaron, ni tuvieron vigor para inquietarlos. Las tropas francesas, que alojaban en el Piemonte y en el Monferrato, se suspendieron de cobardía, como tambien los de la Saboya, no resolviéndose á bajar con la comodidad del alojamiento de Susa.

Alojáronse aquellos Príncipes, con el mismo sosiego que en su casa, y las cabezas más principales del ejército y sus camaradas, en un palacio hermosísimo, casa de placer de los duques de Saboya, llamada el Baccellino, puesta á las corrientes del Póo y á tiro de mosquete de la ciudad, adornada de ricas tapicerías y pinturas, y los demas omrajes de una gran casa de campo. Acuartelose el ejército en el burgo y cerca de aquel palacio: púsole á la ciudad una batería de cuatro piezas, colándola algunas bombas de fuego; pero la ayuda que se pensó

alcanzar de los de dentro y algunos aficionados á los Principes, ni obró ni tuvo efecto, con que se desengañaron; ántes comenzaron á tirar con su artillería, y la furia de la guerra se convirtió en cortesía, haciendo á Madama Real esta lisonja; dándosela á entender el marqués de Leganés, enviándola á decir, que por hallarse S. A. dentro y desacomodada en su castillo se hacia aquella salva y guardaba aquel respeto y decoro de no asediarse la ciudad ni ofenderla; pero que en las demas plazas del Piamonte donde el ejército llegase no sería así, ni podría abstenerse de las hostilidades que le conviniesen y fuesen á propósito del orden expreso que tenia de S. M.

A 29 de Abril levantó el Marqués el ejército de Turin: hecho que, en su modo y humanidad, admiró á Italia, de donde los mal afectos podian tomar ejemplos y pasar de enemigos á amigos; habiendo aquí mostrado España y sus hijos su gallardía natural y condicion generosa, porque no se ceba ni se harta de las ofensas, como otro linaje de enemigos: no lo hicieron así los franceses, ni se leará en sus anales ni historia. Pasó esta vez la bizarría más adelante; pues no consintió el Marqués que se despojase la casa de placer, ni que se tomaso fuerza, que luego entra abrasándolo todo: ya la hubiera desollado desde los cimientos y quemádola otro cualquier des-cortés enemigo, fuera de los españoles ó de sus Principes.

Marchó el ejército en demanda de su designio: el cardenal Mauricio siguió con parte las derrotas del Póo; el Marqués con otra tomó la de las colinas del Piamonte, y otra con el príncipe Tomás, que por los llanos caminó la vuelta de Villanueva de Aste, plaza y castillo fuerte, así por arte como por naturaleza; si bien el descuido y el no poder acudir á todo, aunque Francia gastó en esta opresion sus haberes, la falta de dineros la tenian desarmada, y por cualquier lado, por nuevas asistencias, no poco dificultosa de emprender y tomar. Caminó el Marqués por pasos tan quebrados y montuosos tres dias, y con tanta fatiga por la fragosidad de aquellas alturas, que no se adelantó de los demas diez leguas: eligióse

esta marcha por dejar al príncipe Tomás la suya, y para que se hallasen con más comodidad los víveres, y por si era menester darse la mano para los designios premeditados y conferidos que se llevaban. Mas, sin embargo, llegó con velocidad á Villanueva de Aste, y requirió á la guarnicion para que se rindiese ántes de experimentar los daños de la guerra, el fuego, el hierro y el saco: no dando oidos á los avisos del príncipe Tomás, fundados en la fortaleza de la plaza, embistióla, tomóla y saqueóla en ménos de dos horas; degollando á muchos de ellos, particularmente á los que no aplaudian el nombre de España. Hallaron los soldados, sin embargo, buen pillaje, por las riquezas que allí se habian recogido, porque el Príncipe, aunque mostraba ser enemigo todavia, y contra el rigor de los soldados, en cuanto podia, hacia mirar por lo que ora suyo y de sus antepasados; y, además de que los ejércitos de España siempre observaron esta religion sacrosanta en todo trance y acacimientto, mayormente en los vencidos, hacia conservar las buenas leyes y usos de la guerra. Corrió luego la voz de este suceso al marqués de Leganés, que le halló en un llano, donde, habiendo hecho alto á la vista de Rubilla, fuerte razonable, en el Marquesado de Monferrato, se refrescaron, porque el señor de la tierra y castillo se mostró liberal á los soldados con la consolacion ordinaria, y dió la obediencia al Marqués. Este envió desde aquí á Pontextura á D. Juan de Garay, para que, sin embargo de haberse rendido la villa, si se mantenía la ciudadela en su obstinacion se tomase; pero á pocos golpes cedió á la fortuna de los vencedores. Dejóse guarnicion de españoles en Villanueva, queriendo ántes el príncipe Tomás ponerla de piamonteses y de naturales; y como el Marqués no lo consintió, se comenzaron en el corazon de Tomás algunos resentimientos que por entónces se disimularon: y áun querria que fuese así en las demas plazas que se habian ocupado, teniendo esto principio en no haber podido salir con que fuese así en Bercei, dando por tau tirano este dominio como el de los franceses, siendo así que debía considerar, con más atencion y ménos ira, que

nosotros volvemos y aquellos no vuelven lo que toman, y que podía esto mejorarse con nosotros en lo de adelante, y con ellos jamás. Esto seguirá así como va, hasta que el tiempo nos ponga la pluma en la mano para venir á describir cómo se comenzó esta diferencia y desbarató esta liga.

Marchó el príncipe Tomás la vuelta de Moncalbo, y el Marqués, no lejos, con sus tropas. Viendo aquella ciudad dos ejércitos ó trozos, uno sobre ella y otro á la vista, dobló la cerviz á los victoriosos, rindiéndose por la parte de D. Luis Ponce y por el valor de su tercio de lombardos; haciendo á los más pertinaces seguir el ejemplo de los de la ciudad: pasaron de aquí á Aste, y dióse á los mismos partidos; de suerte que casi todo el Piamonte estaba por los príncipes Mauricio y Tomás, y por la invencible fuerza, ejército y armas del Rey católico. Fué esta rendición á 5 de Mayo, día de San Segundo, patron de aquella ciudad, donde está su cuerpo con grandísima reverencia.

Conseguidas estas plazas y otros fuertes y castillos, se trató de cargar á Turin. Considerábase por los más prácticos de la tierra las dificultades de aquella ciudad, fuerte por arte y por naturaleza, y poniendo los últimos pensamientos en la fortuna de estos sucesos y en la importantísima empresa del Casal de Monferrato, discurrían el número de la gente que sería menester para el asedio, por estar el ejército algo alcanzado, y con la continuación del guerrear consumido, y por la campaña y los trabajos ordinarios que afligen á un ejército que ha corrido largamente, vencido y campeado, y metido en guardaciones. Habian querido socorrerla los franceses desde Santia, y rompiólos D. Fernando de Linonti. Marchó á ella el Marqués con el ejército, quedando en Aste el príncipe Tomás para tener en cuidado y celos al enemigo por la parte del Piamonte, ó pararle, sin querer ejecutar más heridas ni verlas en su tierra, y para pensar lo que de allí adelante se habia de hacer.

Pasó el ejército el Poó para Pontectura, y luego rodearon á Turin y señalaron los cuarteles, resolviendo en hacer cuatro ataques; dos de españoles con los tercios de D. Antonio Soto-

lo, D. Luis de Alencastre y el marqués de Tavera, y en el otro D. Luis Ponce de Leon, y el marqués de Caracena; otro de italianos con los tercios del conde frei Ferrante Bolognin, conde Borromeo y marqués de Serra; otro de alemanes con los regimientos del coronel Lemer y príncipe Borso de Este. Prosiguiéronse los aproches con grande ardor, pero con suma dificultad por lo récto y continuo de las aguas y no asir el terreno, ni poderse caminar como se queria; sin embargo, se aprovecharon de los cestones y plantóse á la ciudad una batería, en el cuartel de la artillería, de catorce piezas de bronce, que despues se mejoró en el de los italianos y del marqués de Caracena, que acompañados con algunas bombas de fuego, incomodaron las casas del Consistorio y otras. Dióse la muralla y rompiéronse algunas estacadas y parapetos de los de afuera, en que consistía la fortaleza de la plaza, igual á otra cualquiera de las de Italia, sin exceptuar ninguna; circundábanla once medias lunas, un hornabecque grande y algunos buenos baluartes con fosos profundos y muy abundantes de agua: despues de la línea que cubre toda la muralla habia otro foso muy hondo con agua, y con la muralla alta y bien tratada, con cubos y torreones, á trechos, que servian de plataforma para la artillería, en que se contenian pasadas de veinte piezas entre grandes y pequeñas, así en estos puestos como en algunos de afuera y en la ciudadela. Era el intento desde el principio acometer estas fortificaciones en el tiempo que fuese más posible el avanzarse á ellas, sin esperar el que conforme á las reglas comunes se debía; obligando á esta resolución principalmente la consideracion de lo que se decia, que la plaza no tenia gente bastante, á proporcion de la que parecia necesaria. Daba tambien prisa á la expugnacion al principio, la conveniencia de obrar ántes que el enemigo formase cuerpo grueso con que intentar empresa alguna de diversion; y despues se reforzaba esto porque se iban continuando los avisos de que se doblaba y fornecia un grueso de siete mil infantes y tres mil caballos, con artillería y los demás portrechos que habia sacado de Turin; pero la mucha

agua que caía del cielo hacia mayor la inundación de los fosos, más formidable la grandeza de las fortificaciones, que retardaba la conclusión del suceso. Ibanse adelantando los aproches: ganaron los italianos un molino que les fué de gran comodidad, y todos hicieron reducidos para cabezas de trincheras, caminando con toda priesa, y venciendo encuentros y dificultades que parecían insuperables. Estaban los sitiados sin poderlos penetrar: dirigíalos y era su caudillo Mos de Maroles Coron, el francés que estaba al sueldo de la Duquesa, y por hallarse enfermo de la gata, Honorato Roberto, conde de Monticelo, su Gobernador. Era Maroles hombre de estimación en la guerra; y su regimiento, que era el del Duque, le habia deshecho D. Ferrante Limontí; habia estado en grande punto de reputación, como encarecía su Teniente-coronel despues de la rota, porque muriendo de muchas heridas recibidas de los nuestros, decia no sentia tanto la muerte como la pérdida de una bandera que habia tantas victorias dado á su Rey. Era, sin embargo, de grande esperanza para todo el ejército católico el saber que le habian hecho salir rendido de Bereceli á Mos de Maroles, y que por el mismo consiguiente le barian salir de Turin. Defendia éste con sobrada bizarría y obstinacion la plaza, pero con término ruin é indecente; tanto, que violando los buenos usos y leyes de la guerra, acercándose un trompeta á la muralla diciendo queria hablar con el Gobernador de parte del príncipe Tomás, le respondió con el cañon y el mosquito, y despues, de la misma manera, al conde Basto que llevaba el mismo mensaje. Llegaron á esta hora mil alemanes del regimiento de Fortmester, con que se resolvió el Marqués, gobernador de Milan, á embestir á las fortificaciones: reconocióse, por el parecer de algunos cabos, que habia de ser de grande impedimento la demasiada agua de los fosos. Los franceses se iban dando priesa á socorrer la plaza; pero entrando en la resolución de lo que habia de hacer en primer lugar, se asentó no desistir un punto del sitio, ni levantarse de la plaza, antes se habia de esperar á los franceses con rostro firme y corazon, aunque con esta ocasion socorriose á Santía, ó ton-

tase algun otro efecto de menor ó de mayor consecuencia.

Estaban ya los aproches tan adelante, que daban forma y comodidad para desembocar al foso de las fortificaciones, sobre que se habian echado ya dos puentes. Mandóse venir el tercio de los napolitanos de D. Miguel Piñatelo, que habia quedado en Aste, y se señaló dia para embestir á Turin en las fortificaciones de afuera. Mártes, 24 de Mayo, á dos horas de noche, disparando dos piezas de la batería que estaba al ataque del marqués de Caracena, se dieron las órdeues en esta manera: á D. Antonio Sotelo que embistiese al baluarte, adonde iban las trincheras de aquel ataque; y al marqués de Tavera la media luna: el costado derecho, al tercio de Lombardía; la del siniestro del mismo baluarte al marqués de Caracena, y que embistiese la media luna que estaba á la puerta de Bereceli, llevando potardos para las puertas; y otra media luna, de su costado siniestro, la tomase á su cargo el coronel Fortmester, agregándole cuatro compañías de españoles, á quien habian de seguir los alemanes en el ataque de los italianos, que seguia el costado derecho del marqués de Tavera; se dió orden de que el conde Bolognin embistiese el baluarte que tenia enfrente de las trincheras; al conde Borromeo la media luna del costado siniestro, y al marqués Serra la del derecho del baluarte, y al Marqués que siguióse con D. Miguel Piñatelo embistiendo á la media luna de la puerta del Póo: siguióse al ataque de los alemanes el valor del Sargento mayor del regimiento del Príncipe Borso de Este. Dado este orden, y abrazado de todos con ánimo invencible, embistió el hornabeque á que iban sus trincheras á la media luna de su costado siniestro, que estaba más cerca de Piñatelo: embistió Don Luis de Alencastre, que con su regimiento habia pasado dos dias ántes al ataque de los alemanes, y la del costado derecho del hornabeque, que venia más cerca del Formester, el baron Lener. Por esta orden se iban asistiendo unos regimientos y tercios á otros, principalmente los que acometian los baluartes y el hornabeque, atendiendo los de los costados, y á los que intentaban las puertas: otros dos, con orden de alojarse

cada uno en el puesto que se lo había señalado, ó en las líneas de comunicación con el más vecino, é impedir los socorros que los enemigos, por la misma razón, se diesen, estorbándoles el retirarse á la plaza si lo intentasen. Asistieron á los ataques con aliento y denuedo, á dirigir la acción y conseguirla y dar las órdenes más convenientes conforme á las noticias que se habían adquirido en el manejo y discurso de la guerra, el marqués de Leganés al ataque de los italianos; el príncipe Tomás al de los españoles; D. Juan de Garay, General de la artillería, al ataque de la misma nación, y Carlos de la Gata, General de la caballería de Nápoles, al de los alemanes.

Antes de acabar de encenderse el combate, tiró el enemigo con gran furia muchas cargas de artillería, é intentó con fuegos artificiales arrojados quemar los puestos que teníamos sobre el foso de las medias lunas: el apuro de D. Antonio Sotelo, el del marqués de Tavara y el de los italianos, comenzaron á obrar con nuestra artillería prodigiosamente, y apretaban los combatientes á los enemigos por los doce puestos señalados con furia indecible; y con ser la empresa llena de dificultades y, al parecer de todos, insuperable, de fosos anchos y profundos con aguas altas, y las fortificaciones altísimas, todavía fué mayor el suceso que la esperanza; si bien no faltó al suceso. Hacíase cuenta que la plaza tenía doce mil hombres pagados, parte franceses y parte piamonteses de la villa y del contorno, que se metieron dentro y los hicieron tomar las armas para su misma defensa. El coronel Maroles, trabajando porfiadamente, por la confianza que se había hecho de su persona, fiado en las fortificaciones de afuera, puso toda la gente en ellas y en la ciudadela, sin advertir que se podía entrar á Turin, ó impedir las retiradas á ella; con que fué más loable el suceso y el estrago más sangriento. Ganaron, pues, aquellas valientes naciones baluartes, reducidos y las otras máquinas ingeniosas y artificios de afuera, y penetraron en el foso de la ciudadela: vencieron la muralla con escalas y sin ellas, y entraron en la plaza: y á la misma hora, D. Luis de Alencastro, escualó la ciudadela, y ocupándola acometió á los

enemigos que se habían hecho fuertes; y habiéndose retirado mucha parte de los demas, se rindieron á discreción, y entre ellos el caudillo y defensor, el coronel Maroles, con que se acabó de frenar la plaza. Habían hecho las fortificaciones de afuera gran resistencia á los nuestros; pero viendo la determinación y gran valentía de las naciones, se dieron á la fuga, unos más tarde y otros más aprisa, según se hallaban distantes de los puestos, porque en partes habían sentido que el ejército aún no había encoñorado toda la plaza, y también por no ser cortados; pero hallando impedido el paso por los que embistieron las medias lunas de las puertas, se doblaban algunos en ellas, y todos peleando con desesperación: de suerte que por una parte era entrada y por otra se peleaba en las fortificaciones de afuera, con el mismo tesón; hasta que entendida por todos los enemigos la victoria de los nuestros, alojaron, cayéndoseles los brazos, y se sujetaron los que resistían: particularmente en el puesto de D. Miguel Piñatelo, el marqués Serra, donde el enciugo hizo el mayor óposito, fué grande la mortandad, quedando con armas apenas trescientos hombres. Perdimos doscientos y algunos capitanes y hombres de cuenta: dióse la ciudad á saco, ardiendo en fuego por cuatro partes, sin poderlo atajar: puso en esto gran cuidado el marqués de Leganés y en que se extinguiese el incendio: defendiéronse los templos y la honestidad de las mujeres, por la nobilísima solicitud de D. Antonio Sotelo. Habían cuidado muy poco de esto los naturales, ni de retirar las haciendas á los lugares de la comarca donde se podían salvar, por ser esta plaza de las más ricas y de consideración. Fué el suceso de todas maneras admirable, no sólo á Italia, sino á la mayor parte del mundo, donde se señalaron con valor y con ejemplo todas las naciones que militaban con nosotros, y los hombres de mayor prezo y prendas, y los capitanes se hicieron dignos de arribar á las grandes memorias y hazañas de los que juzgaron en las eras pasadas, y en aquellas campañas debajo de la conducta del Sr. D. Antonio de Leiva y los marqueses de Pescara y del Basto, si bien con diferentes intentos, aunque

casi es todo de uno. Porque entóncecs quería Francisco I, rey de Francia, suprimir á Milan, pues se había puesto sobre Pavia, y al duque de Saboya por aficionado al emperador Carlos V; y ahora, Luis XIII pretendía ambas cosas; pero engañando al Duque y afectando, con máscara de defensa, por haberlo apartado de la gracia del Rey católico, D. Felipe IV, hacerse tirano de aquel Estado; y el Rey católico persistía en defender el estado de Milan, resarcir aquel intento y restituir á los hermanos Mauricio y Tomás que andaban desterrados por el hecho del francés, y opresion de la Saboya y Piamonte, y que no meta los piés allí y echarlo del Monferrato, evitando su introduccion en Italia.

Era notable la confusion de la duquesa de Saboya, viendo cómo la abrasaban y talaban la tierra, perdido lo más y mejor del Piamonte, y de los cabos franceses, que estaban admirados de cuán aprisa les habían atado las manos: advirtiéndose de paso, por la parte de España, que todas estas hostilidades se hacian por reducir al Rey cristianísimo y á todos los ministros de la Francia á una paz general, y que cada uno restituyese lo tomado, y se contuviese en los limites y términos de sus posesiones, sin tirar los agenos ni los propios.

Habian sido de grande gloria y reputacion para España estos sucesos, quanto de congoja y turbacion para la Francia. El Rey cristianísimo descaba acrecentar su ejército, muchas veces desbaratado por el nuestro, para recuperar el Piamonte y sus plazas, perdidas en tan breve número de dias, y miraba á diferentes partes y á diversos caminos para sacar gente y enviarla á turbar lo que parecia de mayor constancia y reposo. Los genoveses avisaron al marqués de Leganés que el rey de Francia pedía paso para cebar gente en Italia: él les respondió que adonde quiera que estuviesen los franceses los iria á buscar; con lo que todos enmudecieron. Pero, reforzado ya de algunas tropas, el cardenal de Valeta salió á campaña con intento de recuperar á Chivas: opúsosele el Marqués al paso trabando algunas escaramuzas, sin hacer otra novedad. Era ya su ejército superior al nuestro; pero éste, mejor y más

escogido en gente, en cabos, en capitanes, en victorias, disciplina militar y reputacion. Fué socorrido con brevedad de cuatro mil españoles enviados de Cartagena, tres mil modeneses y cinco mil napolitanos. Al tiempo que estas cosas sucedian en Italia, el rey de Francia trabajaba de nuevo el Conduido de Borgoña, como lo avisó de Flandes el infante Don Fernando: habiendo ido sobre el duque Veimar so apoderó de Pontalier y Oigon, plazas con que cortaban la provincia de los socorros que se podian esperar de los esguizaros. El Rey católico envió orden al marqués de Leganés para que lo socorriesse desde Milan con gente y dineros; tomó debajo de su proteccion la Alsacia, y nombró por Gobernador á D. Francisco de Melo, suspendiéndolo en el interin del virreinato de Sicilia: nombró por General de la caballería á D. Luis Ponce de Leon, hermano del duque de Arcos, General de la artillería, Maeses de campo, capitanes y oficiales.

Enfermó el Rey, sábado, 9 de Abril de este año, á las siete de la noche, y mejoró y resituyóse á la salud cumplida y entera en breves dias, con general consuelo de todos sus reinos; y volvióse á encabezar, como ántes, el 4 por 400 de todo quanto se vendiese, y no parando este movimiento, hoy que estamos en el año de 44, á 42 de Abril, es el 2 por 400, y perpetuado por todas las ciudades del Reino; con lo que al mismo paso entraba el desconsuelo en los súbditos, y era el quebranto cada dia mayor en ambas Castillas, sobre quien recaía esta plaga por instantes, y amenazaba ruina á estos y á los otros reinos; porque de verlos cargar y que esta materia y calamidad no cesaba, cada uno le esperaba en el suyo y en su casa, y todo era temor, disgusto y desasosiego, principio de temores y alteraciones, por las que grandes imperios y monarquías muy firmes so han visto declinar; pero el escarmiento procedía sin enmienda y sin consejo, tanto, que no parecía sino que se aborrecía el gobierno, el mando y la Monarquía, con la perseverancia de lo que no era útil ni provechoso, ántes de daño irreparable, como veremos.

Entre los mayores cuidados militares que hasta ahora

tenia sobre sí España, sus costas y puertos, uno de ellos era, y el más principal, la armada francesa que por instantes se esperaba sobre ellos, á cargo del arzobispo de Burdeos: del número de ella se decía que pasaba de cuarenta navíos, muchos de ellos de fuego. A esto se añadían los aprestos navales que hacían los holandeses, y tenían en el Canal de Inglaterra, para no dejar pasar á Flandes diez mil espuñoles que estaban en la Coruña y habían de ir en las fragatas de Dunquerque: propias diversiones del Richelieu y de sus coligados. A estas, lo que se dejaba correr por las faldas de los Pirineos al Condado de Rosellon, que el rey de Francia quería embestir, y hacia prevenciones en todas sus fronteras y plazas de armas: en Narbona juntaba armas y viveres, municiones, veinte mil infantes y cuatro mil caballos, y por caudillos y cabezas el príncipe de Condé, que resarcido de un cabo le pasaban á otro, y el duque de Luina, Gobernador de la provincia de Languedoc, para quien se prevenían armas y soldados, se había de hacer caudal y vida para tanto, sin que se agotase la paciencia y el sufrimiento de tanto guerrear y asistir por instantes á tantas prevenciones y consejos, á tantas levas de soldados y á tanto dinero como era menester, y cada día se abrían puertas nuevas que lo pedían, y los hombros de los vasallos, de quien los sacaban, tenían con doblado sentimiento: ya no lo podían llevar, ni sufrir tanta guerra en esta miserable España, pues la iban entrando y por horas la iban cargando por entrambas partes, para hacerla fracasar y que se dejase y rindiese los dominios de afuera, sobre que anhelaba y debatía el rey de Francia; pero estas fuerzas, no resueltas ni determinadas, y atentos á los malos sucesos de Italia, creyeron, el marqués de Leganés, el príncipe Tomás y los demas cabos, y así lo escribieron al Rey, por cartas que hubieron á las manos de las cabezas francesas, en que afirmaban que el príncipe de Condé marchaba con las fuerzas de Languedoc, Provenza, Delfinado y otras partes hácia Italia; pero este designio paró en insidiar á España, en venganza de las victorias y empresas felicísimas del Piamonte. Para tener

prevenido el mar Mediterráneo, acudió el marqués de Villafraña, al cargo de las galeras de España, á Barcelona: llegó Joannin de Oria, hijo del duque de Tursi, con la escuadra de Génova á aquella playa; y enviáronse fragatas á dar prisa á las de Nápoles y Sicilia: en esta manera estaba España circundada y metida en armas. Pero dejando ahora el mar Mediterráneo, á donde volveremos con brevedad á recitar el conflicto y asedio de Salsas, principió ó confín del Condado de Rosellon, y volviendo al mar Océano y á la armada de Francia, que ya estaba apostada en la Bretaña, la primera ciudad que se armó entre las demas del Reino, con mayor valentía y espíritu, aunque para perderla, fué Lisboa, donde asistía la princesa Margarita, Gobernadora, tenía su corte y asiento. Creyóse que aquella armada traía sus fines particulares sobre aquel Reino, sobre aquella rica y opulentísima ciudad, por emulacion que el rey de Francia tenía á aquella Señora, contrada en las disensiones y fines particulares de Italia, por las palabras libres que se dejó decir en la corte de España al Embajador de aquel Rey, sobre la indignidad del proceder que se había tenido con ella, el trato sin humanidad, la descortésia en haberla hecho salir de Mantua, dejando sus hijos, su casa y comodidad; ó que rasamente era querer embestir el Reino y fundar allí una nueva guerra que ensuñase la de Flandes. Advertidos, y atendiendo sobre todo lo demas á la defensa de la mejor joya, y aquella sobre quien cargaban las sospechas y los recelos, cumpliendo con los títulos que estaban á su cargo, la serenísima princesa Margarita, duquesa de Mantua y Monferrato, Virreina de las Coronas y conquistas de Portugal en las cuatro partes del mundo, Capitán general de sus armas y de las de Castilla en aquellos Reinos, á 8 de Abril de este año, atendiendo la majestad del católico Rey y sus ministros, á la importancia grande de que sus armas sean temidas, no sólo en los demas orbes de la tierra donde asisten, sino en el corazon y cabeza de ellas, que es España, de las fronteras y puertos, y que allí haya lo necesario para que los ómulos de su gloria, si intentasen nuc-

vas invasiones, vuelvan con el descrédito y castigo que siempre han vuelto en las eras pasadas; siendo el Reino de Portugal uno de los principales que lo ilustran y enriquecen su Corona, mandó, con particular providencia y cuidado, que todo él, y en particular la ciudad de Lisboa, se previniesen á la invasion ó infestacion de los enemigos; remitiendo á la Princesa gobernadora las órdenes necesarias para la atencion de aquel Reino, no dejando de ofrecerse dificultades sobre su cumplimiento, y moviéndose algunas competencias entre los ministros de las dos Coronas. Pero vencido todo, se juntaron los cuatro tercios de infantería de la Milicia ordinaria de la ciudad de Lisboa, las compañías de privilegiados y la caballería; y queriendo tomar muestra de armas y personas, se señaló el día 8 de Abril de este año. Avisóse á los criados de la Casa Real de Portugal, é hizo seles saber esta resolución á los títulos y fidalgos para que se hallasen en su acompañamiento; despachose decreto á los caballeros de las órdenes militares para que los asistiesen, que ya en aquel Reino y en los nuestros corre aquella materia con grande descrédito de la nobleza, porque á aquellos y á los que no lo son les han hecho iguales; eligióse la marina de San Amaro por sitio para formar los escuadrones; pasó la Princesa gobernadora aquel día á la quinta del Rey, puesto ántes algo disputado sobre el lugar en que se habia de pasar la muestra; acudió toda la nobleza á Palacio, y los demas á quienes tocaba ocurrir en semejantes actos, no faltando las galas y las joyas con que aquella nacion se ha lucido siempre; salió á las siete de la mañana con su guardia y todas las demas ceremonias Reales, y llegó á la Quinta, donde comenzaron á pasar los tercios, por sus antigüedades, mostrando esta vez el gran valor y toda la bizarría de los coroneles, sargentos mayores, capitanes, alféreces y soldados en las armas, en los arcos y en todas las demas cosas militares, é hicieron salva á la Princesa. En acubando de pasar la infantería dió muestra la caballería, gobernada por D. Fernando Martinez Mascareñas, en ausencia del conde de Santa Cruz, su hermano, y presentáronse delante

de la Princesa á caballo todos los títulos y fidalgos. Mandó la Princesa venir la caballería y una haca húngara, para subir en ella, con dos pistolas en los arzones, baston, ferrucuelo y sonabrero con determinacion de subir á caballo á reconocer de más cerca la gento y pasar por el estruendo y ruido de los mosquetes y de los arcabucos, como si viera ya allí á los franceses. Pidiéronla muchos de aquellos señores y consejeros que no lo hiciese, que su salud y estado requerian excusas precisas: aceptólo; mas dijo que el día que vieso al enemigo en las riberas del Reino no podria dejar de ponerse á caballo y gobernar el ejército, y que al presente lo habia querido hacer por evitar si hubiese algun alboroto entre los soldados, que en semejantes ocasiones suele acontecer. Sin embargo, salió en una litera descubierta, con toda su casa, damas y dueñas de honor, no faltando en esta ocasion el marqués de Govea, conde de Porto-Alegre, Gentilhombre de cámara del Rey, haciendo su oficio de Mayordomo mayor, los Consejeros de Estado y Gobierno, y otros ministros, fidalgos y caballeros de las Ordenes, los oficiales de la casa y guardia tudesea. Reconoció la caballería, que se habia puesto á la banda de la Marina, la cual comenzo la salva, y al igualar con la litera de la Princesa tomaron el galope sobre su mano derecha y volvieron á acompañarla y hacer escolta á su persona, que en pasando la puerta Junquera descubrió y reconoció los escuadrones de infantería, con el mismo semblante y corazon que si fuera el espíritu del duque Carlos de Saboya, su padre, en Italia.

Estaban estos tercios plantados en el alto de una colina y en su falda, con sus distinciones y ordenanzas. Tenia la vanguardia el de D. Miguel de Almeida, fidalgo, de muchas partes y experiencia militar, y de cauas: los tercios de Don Enrique Correa y D. Juan de Luna ocupaban el cuerpo de la batalla, gobernados por Melchor de Lemus y Melchor Lopez de Carballo, Sargentos mayores, por ausencia de los Coroneles referidos; portándose como soldados viejos y ejercitados en Flandes: estaban en la retaguardia el tercio de Martin Alfonso de Melo, después las compañías del Procurador de los

almacenes, las de la moneda y privilegiados de San Juan, con las de los flamencos, alemanes é italianos sobresalientes, á la banda de tierra. Reconocidos y examinados todos por la Princesa gobernadora, así cabos como soldados, feneció la reseña con una salva notable; respondiéndole un gran número de navíos y otras embarcaciones que estaban á la lengua del agua, de diferentes naciones, y aquellos que les era permitido contratar en aquel Reino después de la guerra de Holanda, ó de paces, como flamencos é ingleses, que iban para Angola, al Brasil, á la India y á los demas rumbos de aquel Oriente.

Reconociéronse aquel día por las listas de los capitanes, que se habian juntado doce mil hombres, sin las compañías de los aventureros, donde acudió toda la nobleza, y las del término que son veinte, y algunas más, y cuatro tercios que estaban levantando para D. Antonio Tello de Meneses, en el distrito de Berceles, en Coimbra; Jorge de Melo, D. Pedro Mascarañas, en Castil-Blanco; Albarado de Sosa, en Guimaraes; Rodrigo de Miranda, en Campo de Oric, y D. Rodrigo de Castro, caballería, en Alentejo, con que se aseguraba el Reino de la armada que se temía, y era avisar al duque de Burdeos desde el intento. Alistábase, sin embargo, la milicia ordinaria del Reino, que, conforme á las minutas originales, era opion estaban alistados un número grande de gente, tanta, que porque no parecea apócrifo no lo refiero, porque en la relación que vino de Lisboa afirmaban que pasarian de doce mil hombres, y que estaban armados ochenta mil, y que quedaban libres para acudir á otros puntos y á otros accidentes del Reino veinticinco mil hombres: habíanse levantado mil doscientos caballos en las compañías que estaban haciendo.

Concluida esta acción, y vueltos todos á sus casas; y como es de ordinario hacer referencia de lo referido, en las conversaciones secretas de los nobles ántes los desenció que los afirmó en la fe, no de otra suerte que haberlos hecho enemigos de aquellos con que ántes tuvieron sus Principes contratación, y no de otra manera que cuando vieron en aquella

barra instantáneamente, en los años pasados, arribados los galiones de la Plata y flotas de nuestras Indias, hubo quien tentó el ánimo del duque de Braganza, hijo de la Serma. Señora Doña Catalina, y padre de D. Juan, Rey intruso en Portugal, y le dijeron que entónco era tiempo de prorumpir contra la paciencia y cobarde de sí el yugo de los forasteros y el gobierno de los castollanos, y aspirar á la Corona y tomar el Reino: lo que rechazó sin intermision, diciendo queria ántes ser duque de Braganza fiel que Rey traidor. Mas ahora, habiéndose visto tanta gente de armas puesta en órden, y de su misma nacion, les pareció que era muy á propósito para la misma empresa ántes que para defenderse de aquellos que, no habiéndose hecho enemigos, ántes, como dijo, que muchos años habian tenido amistad con ellos, decian que sin culpas suyas, ni yerros cometidos por sus trazas ni consejos, do un Reino pacífico le habian hecho guerrero, y so la iban ocasionando y metiéndola en su casa la guerra; de que cada día se hallaban sobresaltados en sus costas, sus casas mal guardadas y peor defendidas, robadas y tomadas las naos y bajeles de su contratación, perdido el Brasil, el palo, los azúcares y las otras mercaderías, y esperando una armada poderosa con incertidumbre de su fin; que cuánto mejor era trocar dos enemigos por uno, y cuánto mayor empleo asegurarse de dos, con quien los estadistas, decian, se hallarian con más tranquilidad y recobrarian la paz, cuando con aquel embestido de entre ambos, no habria esperanza ninguna de recobrarla ni aun por largo tiempo, ni se la podian restituir por la limitacion y flaqueza con que se acudia á todo de algunos años acá: que los acometian con los tributos, no los libraban de la guerra, y que seria más acertado haer de tres enemigos uno, cuando éste, por estar rodeado de tantas partes y de tantas insidias, no habia de poder defenderlos, y una vez desasidos habian de ser dificultosos de volver á enfiernarlos, pues cada día los armarian y serian dispuestos á diversos trances. Discurrían estas y otras cosas muy peligrosas, y querian con aquellas armas que habian visto en el campo,

y suyas, desempeñar la libertad: aborrecían el gobierno de la Princesa, y como gente soberbia no querían someterse ni doblarse á sus órdenes, si no es á su natural Príncipe, si los asistiera; y la nobleza llevaba esto más pesadamente, y la gente baja y popular tenían en la memoria el suceso pasado de Evora, ciudad, y los ejércitos que les habían puesto á las puertas, no más que por defender sus privilegios y haciendas, hallándose en aquella ciudad algun descontento de que no se acordasen de él ni le diesen parte en las mercedes y gobierno del Reino, siendo su casa la cuarta de Portugal, y por esta causa retirado y poco afecto; comenzando de aquí á tramar las novedades que presto veremos. Dcurrían, que Reino tan armado podía deshacerse de una opresion tan continua, y que ya la tenían por dura; que podían atraer á sí á Francia y á Holanda en favor de sus pretestos y resoluciones, que no les investigarían sus costas, ni cada día se temerian de enemigos, y acabarían de echar de sí el aborrecimiento de castellanos y su gobierno, haciendo un Rey de entre ellos que les reparátese las mercedes y que quedasen en el Reino, sin estar siempre combatidos y amenazados de ministros castellanos y áun de los de su misma patria, aunque pocos, más atentos á viciar al poderoso y á la codicia que al bien público; que harían de los enemigos amigos, y que se sabrían defender de uno que para ellos no sería poderoso, los harían sus confederados y gozarían de la felicidad á la sombra de aquellos que, sus mismas armas, han hecho libres sus pueblos y sus estados. Esto se hablaba en muchas partes, en muchas ocurrencias y juntas, como hombres ociosos que no tenían á donde acudir, ni Palacio que frecuentar; originándose de aquí, con el desconsuelo y el desamparo, la conjuración y el levantamiento que veremos: porque es muy fallida política y de muy poca utilidad y fondo armar y poner las armas en las manos á vassallos mal contentos, que una vez se tumultuaron, y más si primero se les ha embravecido el corazón con el agravio y se les ha pretendido demasiadamente hollar y oprimir la libertad y el sosiego con las gabelas y las imposiciones; pues si

no han de tener otro alivio, es forzarlos á entrar en pensamientos de mudar de aire, opinion y fortuna.

El infante D. Fernando prevenia la gente del País-Bajo para salir en campaña, y el rey de Francia la suya en Amiens, ciudad en la frontera de Flandes; y esperábase la armada sobre nuestras costas por el mes de Mayo. La gente de Suecia, y por su general Panier, dió una rota á los imperiales de Bohemia, en que, por descuido del caudillo, se perdieron seis mil hombres. Encargóse al marqués de Fuóntos, de la casa de Gozman, la parte de ejército que habia de campar con el Infante al opósito de los franceses, y al conde de la Fera la que habia de asistir á los movimientos de los holandeses, de que se corria voz que, prevenidas sus armas y soldados, querían venir á la isla de Bouel. Mandó retirar el rey de Francia, por la parte de nuestra España, las haciendas á los vecinos de Bayona la tierra adentro, y á los demas de las fronteras de Vizcaya; reforzó la ciudad y dobló las guardaciones, y puso mucha gente desde allí á Paris: como el rey de España desde Búrgos á Fuenterrabía, la Rioja, Navarra y las otras fronteras. Dejáronse ver algunos bujeles en aquellas costas, á la vista de la Coruña y Santander, sin otra novedad alguna. Era cosa muy de notar que toda la Monarquía española, y cuanto encierra en los dilatados términos de su gobierno, estaba esperando cada año dónde habia de dar el rey de Francia y sus aliados; pero aquel Rey jamás temió de esto, ni lo esperó en ninguna de sus provincias, porque siempre nos divertió y tuvo pendientes en las nuestras.

Los escoceses proseguían en la rebelion con su Rey, sobre algunas órdenes y decretos que no les eran á propósito á su Estado, y entrando en pensamiento de tomar las armas contra él.

Enviáronse socorros y municiones á la Coruña, pues se esperaba la armada; y no descuidándose el francés de ninguna cosa, puso á la frente de Salsas y Perpiñan, por el Condado de Rosellon, diez mil infantes y dos mil caballos para invadirle, pareciéndole que ménos segura se hallaba

España, y más imposible de defenderse por el peso y gravedad de los tributos, que Flandes ni Italia, y que aquella estaba más aparejada y dispuesta para perderse que estas, con que se podría con más facilidad con todo, como le pareciera. Había salido ya la armada francesa con el número de navíos que hemos dicho, y algunos de fuego, si bien con alguna variedad en el número cierto, y en la opinion: quién decía que eran sesenta y seis, otros más y otros ménos, entre grandes y pequeños, que venían desembocando el Canal de Inglaterra con desco de topar con la escuadra de Dunquerque y pelear con el gran Miguel de Orne, hacer inútil aquel socorro de diez mil españoles para Flandes, buscar los galeones y flota de las Indias, asaltar las costas y los puertos tomarlos y quemarlos. Había avisado de esto el marqués de Fuentes, creyendo que la gente estaba en la mar ó para partir, para que lo excusasen ó viniesen muy prevenidos y reforzados, porque los esperaban grandes escuadras de bajelos armados, así de pelea como de fuego, no solamente de franceses sino de holandeses, que los habian de quemar porque dejasen al rey de Francia embestir á Edin, que á la misma hora, sin perder un minuto de tiempo, la habia cargado su general La Millere (plaza fuerte y de consideracion, situada en la provincia de Flandes, junto á Sant Omer), con veinte mil infantes y cuatro mil caballos: recelábase que habian de meter en contribucion todo el país de Enao; quemaron los villajes vecinos, llevándolo todo á fuego y á sangre, haciéndose dueño de la campaña.

El infante D. Fernando salió al opósito con doce mil infantes y cuatro mil caballos, esperando al conde Pícolomini que venia con el ejército levantado en la Vestalia, donde habia invertado, para obrar algunos buenos efectos en la Lorena en favor de aquel Duque, para restituirlo, si no en todo, alguna parte; al que habia ya prevenido opósito el cardenal Richelieu, enviando á la misma hora otro ejército á cargo del mariscal Fuguières, para invadir y acometer el Ducado de Luxemburgo; con que, si bien fué roto, embarazó al

Pícolomini los intentos para que habia alojado en Vestalia, cuyo reencuentro veremos en su lugar.

El arzobispo de Burdeos, con la armada iabia corrido algunos rumbos, inquietado algunos senos y calas del Océano para buscar los galeones de la Plata, y desaviado de esta presa, como tambien de no haber hallado los navíos de Dunquerque para pelear con ellos ó quemarlos aunque no los tengo yo por tan flojos que no les daría mucho embarazo. De esto socorro y el que se habia de llevar de la Coruña, de los españoles que allí aguardaban, ya le habian conseguido: con que el rey de Francia y los holandeses podian obrar á su placer en el País-Bujo, ocupar las plazas y tomarlas, porque de nuestros puertos no se atrevia á salir un navío, un barco ni un Capitan, porque todo se habia reducido á la defensa de la tierra y á la providencia del Cielo. Hallábase á esta hora en la Coruña el marqués de Valparaíso, Gobernador y Capitan general del reino de Galicia, D. Francisco Feijóo habia otros navíos de la armada de Portugal, y entre ellos el navío *Teresa*, que se aparejó para la defensa de Fuenterrabia, y se preservó del fuego de Guetarca por su grande peso y carga, no pudiéndole llevar, si bien estaba destinado para otro y de mayor combate, era de mil toneladas, con sesenta piezas en los costados, por popa y proa, de los mejores vasos que surcaban las aguas del Océano; habia entre todos treinta navíos de guerra, y los demas eran fustas, y por su general D. Lope de Hoces y Córdoba, del Consejo de Guerra, D. Tomás Chavarri, los capitanes de mar y tierra con razonable número de bajelos, no á propósito para salir al encuentro de la armada francesa, faltos de lo necesario y desaparejados; pero, sin embargo, el arzobispo de Burdeos los descaba quemar por lo que le importaba que el socorro no pasase, y de su resolution y del fin que habia de tener ya se iba, por sus mismas dificultades, premeditando una ira y desolacion fatal de bajelos, Generales, cabos, soldados y marineros, con no poco menoscabo de la reputacion de alguno, contra el gran nombre y apellido de su casa. En Galicia hallá-

banse nueve mil infantes, ó diez mil, como se dijo, y todos españoles, de diferentes levas, gobernando un tercio de dos mil doscientos hombres el Maese de campo D. Jerónimo de Aragon, hermano del duque de Terranova, y por su Sargento mayor D. Pedro Gaybore, y otro de mil doscientos el Capitán y Sargento mayor D. Francisco Fernandez Palomino, y otro de mil el Capitán y Sargento mayor D. Alvaro Carvajal, soldados de muchos y muy loados servicios y experiencia adquirida en los Estados de Flandes, Lombardia y otras nobilísimas plazas de armas; y toda la demas infantería, á cumplimiento de los diez mil soldados, en puestos convenientes, y guardadas las trincheras de la lengua del agua; y en lo aislado de aquel presidio, sin los referidos, tenia quinientos hombres. Era sin duda ninguna ésta una plaza de armas de escogidos cabos y de mucho número de gente, tanto, que cualquiera capitán, por soberbio que fuese, la podia temer y recelarse de ella.

Sin embargo, mártres por la mañana, 7 de Junio de este año, llegó aviso al Marqués Gobernador, por un correo, despachado á los 20, de la villa de Ribadeo, lugar puesto doce leguas de aquella costa, en que decia que desde lo alto de la Ortiñeira se habia descubierto la armada francesa: dióse á la hora aviso á los generales y cabos que se hallaban en aquel puerto, no faltando el recuerdo del Rey, de la venida de la armada, y que su intento era quemar los bajeles surtos, metiéndose los suyos debajo de la artillería de los castillos, para encaminar el fuego, previniéndose del daño que podian recibir de ellos: Avisaron á las ciudades del Reino, costas y presidios, y á los demas de todo el Poniente y Levante, por si acaso querian pasar el Estrecho con la codicia de Italia: juntáronse todos á consejo en casa del marqués de Valparaíso, y despues de varios pareceres y conferencias sobre el accidente, que en tan corto tiempo fué de cuidado á todos los cabos que se han referido, y á D. Fernando de Sotomayor, Castellano del castillo de San Anton, que está aislado en la entrada de aquel puerto, y á otros capitanes y soldados reformados, pa-

reció se hiciese una cadena de árboles de navíos, atados piés con cabeza por gruesas maromas y unas pipas en cada ligadura que la sustentasen en el agua, que el un cabo principal de ella se asiese á una peña del castillo de San Anton, y el otro del de San Diego, que está á la otra parte, dándose la mano con el que tenia hecho de piezas de hierro, con cien pasos de abertura y con entrada para salir los bajeles para buscar los del enemigo, impidiéndoles que no lo hiciesen ellos, y que dentro de la cadena se pusiese nuestra armada en forma de media luna, y las fragatas de Dunquerque se acomodasen á los cabos de la cadena para abrirla. Fué admitido de todos este diseño, y púsose en ejecucion en todo aquello en que fueron capaces y alcanzaron los mástiles y las áncoras de que se pudieron disponer. Avisó el Marqués á todos los nobles ó hijo-dalgos del Reino, como dije, y á todas las ciudades, para que se previniesen y tomasen las armas para la defensa conforme los casos fuesen sucediendo, y á los lugares de la marina para que hiciesen esfuerzo si fuesen acometidos: esta buena disposicion y orden que se tomó parece que alentó á aquel Reino y lo puso en esperanza de arrostrar los intentos del enemigo. Todos los pueblos marítimos, así de Vizcaya, Montaña, Galicia, Portugal y el Andalucía se pusieron en arma, reforzándolos de gente, artillería y municiones. El duque de Medinasionia se metió en Cádiz, reclamando á todas las milicias de á pié y de á caballo de aquel Reino, en que se mostraron todos los señores, y el duque de Osuna, el de Arcos y marqués de Priego, y los duques de Lerma y de Cardona.

A 8 del mes referido llegó segundo aviso de aquel mismo cabo, que se habia vuelto á ver la armada bordeando la vuelta de Ruiarco, y consiguientemente despues, que estaba dentro ó detrás del Cabo de Proiro; y otro dia, al amanecer, se descubrió un bajel que, en verte solo encaminado á la Coruña, hacer bandera de Capitana y ser de poco porte, se juzgó no ser de la armada francesa, ántes, que se venia resguardando, y como se fué acercando se reconoció ser la urca

San Carlos, del cargo del general Feijóo, que habia dejado en Vizcaya perruchos para los bajeles que intentaban armar para pasar los españoles á Flandes, á pesar de Burdeos y de sus naos: tuvo esta urca la fortuna de no ser presa; pues habiendo visto la tarde ántes solos cuatro bajeles, amaneció este día delante de la armada, ganada la tierra. Descubrióse toda, finalmente, por fuera del Proiro: refrescóse el Nordeste, con lo que, á 9 de Junio, dió fondo arriandóse á la montaña enfrente del torreón de Santa Bárbara: aquí se acabó de reconocer el número de sesenta y seis bajeles, los treinta gruesos, cinco fragatas, y los demas barcones y navios de fuego (los gruesos, fábrica de Holanda y de Francia). Descubrióse entre ellos el que se perdió en aquella costa el año de 1636, y dos que se llevaron del Pasaje el año pasado, de la fábrica de Quinceoces, y traía muchas barcas luengas y bien armadas. D. Ortuño Saniuso Bermudez, Teniente de capitán general de la artillería, desde el torreón de Santa Bárbara le comenzó á tirar con los dos medios cañones y media culebrina que allí tenía, y se puso en salvo nuestra Capitana. Dió orden el marqués de Valparaíso para que no los disparasen hasta su tiempo: acordó el Licenciado Cristóbal....¹ al oidor D. Juan Hurtado de Mendoza, que en el campo de San Francisco, que está debajo del torreón de Santa Bárbara, se habia de haber hecho una plataforma para semejantes ocasiones; reconocióle, y á poco rato, que llegó á surgir la armada, puso en él un medio cañón que sacó de la batería nueva á tierra, y una media culebrina que quitó del puerto de Parrote, por no servir de nada en las partes donde estaban, y era bien valeroso de ellos en la ocasión: sin embargo, se conformaron los cabos que se hallaban allí de no hacer inútil la artillería, porque los bajeles del enemigo estaban á lo largo, no atreviéndose á llegar, y que era menester conservar la pólvora; cosa que los soldados y el pueblo llevaban impacientemente, culpando esa falta, miseria ó ahorro; recelando más aún no le parecisco al

¹ En blanco en el original.

enemigo que era desmayo y que no habia lo necesario para darles cuidado, no tomasen de estos discursos ocasion para atreverse y adelantarse en la fortuna y en el obrar y se expusiesen á más daño del que se esperaba. Opúsose á esta orden del Gobernador, el oidor D. Juan Hurtado de Mendoza, y el Capitan de la artillería le representó que la armada no habia de alentarse tanto que sitiase á la Coruña para hacer reparo en la pólvora y en su falta, y que cuatro ó seis quintales no habian de hacer la defensa ménos dichosa ni se perdería por eso. Nombro por su Lugarteniente al obispo de Lugo para conducir la gente, así noble como plebeyo, del Reino; provechóse de los oficiales de la Audiencia, y que los ministros mayores, relatores, abogados y otros ciñesen espadas y fuesen entretenidos cerca de su persona, dándoles por Capitan á D. Antonio de Ribera, Teniente de Alguacil mayor, y envié al oidor D. Antonio Altamirano á San Diego para que cuidase de remitir bastimentos, toda la pólvora, balas y cuerdas que hallase. Cayó un bajel inglés, mal advertido, en manos del arzobispo de Burdeos y de la armada; detuviéronle porque no sirviese de espía en la Coruña ó en los demas puertos, y que no diese aviso del número de los bajeles, de su porte, ni de si iban bien armados ó abastecidos de gente. Hizo avisar el Marqués, con barcas sueltas, á toda la costa y á los puertos y lugares de ella para que no saliesen los navios ó embarcaciones menores fuera, ántes que se pusiesen en salvamento lo mejor que pudiesen. Habian amainado una fragata del enemigo y otros dos navios pequeños enfrente del puerto, alejándose de su armada como á reconocer la entrada; y alojando algo el Nordeste, salieron cinco fragatas de Dunquerque á desalojarlos, lo que ejecutaron con bizarría y con aliento, comenzando los unos y los otros á tirarse desde los castillos y de la mar; levantóse un viento terral, con muestras de que entrando el día correría el Nordeste recio; juzgóse, sin embargo, que la armada enemiga no se embarazaría en hacer faccion, porque, dado que lo hiciese, no podría salir hasta la tarde, y no era creible se dispusiese á quedar todo el día á

terrores de las fortificaciones y baterías, que ya había comenzado á disparar la Coruña, con terror y asombro de toda la armada. Pareció fuera, á lo largo, otro bajel; salieron á él dos fragatas francesas, y reconociendo el peligro de ser tomado se hizo á la mar. Envióse á saber de D. Lope de Hoces y Córdoba, que estaba en su Capitana, la resolución que tenía tomada para la defensa de sus navíos: respondió que pensaba tener su armada en forma de media luna, cubierta de la cadena, y que si fuese embestido de los navíos franceses se acercaría al puerto, daría velas y correría con él y lo mismo con los navíos de fuego, si no bastase á detenerlos la cadena ni las chalupas que tenía aprestadas con la gente de mayor valor, con once capitanes y entretenidos de su armada: mas que estaba con recelo no le cortasen la cadena, y que deseaba hacer otra contracadena, pero que no se hallaba con mástiles ni con áncoras; y que de los navíos más flacos que tenía, y de ménos servicio, quería fabricar tres de fuego para cohárselos á la armada, para ver si con el mismo intento y malicia que él traía le podía herir, y tambien por satisfacerse del que recibió en Guatarea, cerca de Fuenterrabía. La dificultad era que no había con qué hacerlo.

Recibió el marqués de Valparaíso la noticia de la resolución de D. Lope de Hoces por uno de los Oidores de aquella Audiencia que envió allá; y como por el designio se habían informado que en la casa de la artillería había tres barriles de azufre, y en la de Quincoces doce de alquitran, el Marqués le ordenó lo hiciese remitir todo á D. Lope, y que si para la contracadena le eran á propósito vigas de pino y de castaño le proveyería de ellas: admitiólas D. Lope, y pidió se las ajustasen por ambos cabos para que se pudiesen asentar en cables y muesos.

Sin embargo de toda la asistencia del Gobernador, salió D. Lope á tierra con D. Andrés de Castro y el almirante Feijóo, á hablarle sobre lo que se debía hacer, sobre su cuidado, y tambien á proponer é investigar la causa, y cómo se permitía que la armada francesa, surta en aquel puerto y debajo de

la artillería, se hubiese perdido tanto tiempo sin tirarla, viendo que por instantes iba mejorando de puestos, cuando D. Lope, de su armada, había socorrido con pólvora á la ciudad y á los castillos: satisfizo el Gobernador diciendo que no la tenía, sino la forzosa para defenderse, y que así la reservaba para la ocasion más árdua y apretada.

Y en lo que más había que hacer reparo era en que se levantaron entre D. Lope de Hoces y el marqués de Valparaíso, debidas de la práctica, algunas diferencias sobre las cortesías de los oficiales: que de esta manera caminaban todas las cosas, con oposicion temeraria y descuido, porque nadie obraba con la puntualidad y precision que debia á la necesidad del Estado y á la reputacion de las armas y de la nacion. Una plaza y un puerto tan cerca de la Francia, y que se temia, de una gruesa armada, un gran conflicto, pues que no era secreto, sino público, andar mendigando la pólvora, cuando casi todas las armas navales de España, generales y marineros se hallaban allí; faltarles lo más forzoso. Por eso dije que todo se habia dejado á la providencia del cielo, como si nuestras costumbres, inclinacion y proceder lo merecieran, que á el mar y las tormentas los deshiciesen y quebrantasen, y anduviesen expuestos á los contrastes y fortunas de aquel piélagos.

Habia ya el arzobispo de Burdeos dado fondo con toda la armada á tiro de cañon, dando y recibiendo de la nuestra, no sin cuidado del fin en el corazon de aquella gente. Hizo poner el Marqués en órden las baterías para tirar, oyéndose desde tierra los golpes de las balas que daban en los navios de los enemigos, y ellos respondian en la misma forma; cogiendo algunas de ellas en el campo de San Francisco y en la ciudad, de doce, diez y seis y veinticuatro libras: reconoció el castillo de San Diego y los puestos de Santa Maria de Oza y el Pasaje, y reforzólos de infanteria y artillería; y fabricó esplanada en *Sancit Spiritus*, proveyéndola del mismo tren para que el enemigo no se arrinase al castillo de San Anton, y que se pudiese no obstante defender á lo largo.

Salieron las fragatas de Dunquerque á escaramuzar con los enemigos, no más que con la artillería, y se puso en los puestos referidos algunos infantes, soldados viejos del presidio, y los abrigó con caballería del Reino, del cargo de Don Antonio Gundil Pimentel, que por falta de carabinas y otros aparejos necesarios servía más de apariencia que de efecto. Poniase allí todo este cuidado, por ser de consecuencia para el castillo de San Diego: metiéronse en la pescadería algunas compañías del tercio del Maese de campo D. Jerónimo de Aragon, que desde la primera hora se alojó en aquella isla y campaña, desde Santo Tomás á San Amaro, abriendo trincheras, y formados en buen órden tres escuadrones volantes, para acudir á la parte que más aina llamase la ocasion, y socorrer las trincheras y ensenadas, tenia su parto D. Alvaro de Carvajal; y el tercio y cuerno izquierdo á la ensenada de San Amaro, lo más peligroso de aquellos puestos, el Capitan y Sargento mayor D. Francisco Fernandez Palomino: todos, hasta número de tres mil infantes, que con brevedad, por nuestros infortunios, se deshicieron, ocupando aquel terreno aislado, acuartelándose con frente de banderas, tiendas y barracas, con centinelas que corrían toda aquella costa que el enemigo reconocia incesantemente con chalupas, para inquirir la entrada, á que no se determinó descubriéndolas la armada francesa. Llamaron á tierra artilleros flamencos á su cabo, y pidieron pólvora, con que se comenzó á tirarla rócíamente de las tres baterías y castillos Santa Bárbara, San Francisco y *Santi Spiritus*, y al mismo tiempo el castillo de San Antonio y Santa Cruz, porque el castillo de San Diego no tenia artillería de consideracion para alcanzar; respondiéndolo los franceses continuamente: sin embargo, eran las descargas tan espesas y tan menudas que recibían, que se hallaron obligados á desalojarse y alargar á la mar. Mostraron con esto los artilleros flamencos la destreza de su oficio; y de los que asistieron en la batería de San Francisco, dió una bala de los enemigos en Palacio, en la pieza inmediata de donde se hallaba el Marqués Gobernador, en hora que estaba con

algunos Ministros, cabos y capitánes tratando de la defensa de la ciudad, y de ella se tiró otra, que dando en un bajel del enemigo lo desbarboló, llevó el bauprés con el mástil de trinquete y le dejó inútil para servir y navegar, y embarazándose con otro, tambien le hizo daño.

A esta hora cargó el Nordeste, y las fragatas flamencas no pudieron salir á ellas, aunque lo deseaban; y embravecidos más y apartándose los navíos franceses se suspendió la artillería por ser el viento contrario y ofuscar algo la puntería á los artilleros; no favorecia el tiempo nuestros intentos ni fatigas; siendo muy ordinario cesar el Nordeste por las tardes y cambiarse en terral, duró su fuerza por algun tiempo. Pero viendo los franceses las dificultades de entrar y quemar la armada, y que les hacia notable óposito la cadena y contra-cadena, hechas de vigas y de mástiles, y tantas baterías en contra, separaron dos navíos de los mejores que tenían y comenzaron á dar cargas, como desafiando á nuestra armada y provocándola á que saliese del puerto. Viendo Miguel de Orne, Almirante de la armada de Dunquerque, el denueño, demasia y soberbia de los franceses, como tan valiente y gallardo soldado y marinero, determinó salir con cuatro fragatas y doscientos mosqueteros; y afrontándose con ellos, se acionearon por espacio de tres horas, ayudándolos de nuevas baterías: sobrevino la noche, y despartidos de la refriega, quedó uno de los navíos de los enemigos desbarbolado, y tan á pique, como lo demostraron los despojos que se hallaron al otro dia en la orilla del agua, y si no hubiera cargado la noche fuera muy posible el meterle en el puerto por trofeo de aquel combate; no se pudo conseguir por esta razon, y por que con barcas de remolco lo volvieron á incorporar con su armada, no sin grande afliccion y trabajo de los enemigos. Nuestras fragatas recibieron un balazo peligroso, que se remedió luégo; mas ellos mucho más daño; pues á otro dia amaneció más desviado, de suerte que no se le podia alcanzar con pieza, sin mucha elevacion. Viéndose, á más de esto, aderezar sus navíos de los balazos recibidos, aquel dia; al re-

cogerse la fragata del capitán Salvador de Meneses, de nación portugués, que en esta facción se señaló gallardamente y dió muestras de su mucho valor, embistió, sin quebrar, con la cadena de mástiles que defendía la entrada, y no la pudo rendir ni hacer daño, antes pensaron que el bajel había zozobrado por la resistencia que halló en ella, experiencia de mucho contento y esperanza para todos aquellos cabos y capitanes; creyendo que aquel artificio y máquina había de preservar sus navios del fuego, que era de lo que se recelaban, porque el venir á las manos no les daba cuidado, ántes creían que los franceses no lo intentarían, ni escalarían la ciudad: pero la falta de balas y de invenciones de fuego que era notable.

A 12 de Junio se levantó viento Leste, que era el que habían menester los franceses (si bien algo récio) para la entrada que pretendían, y muy á propósito para encaminar los navios de fuego, que tampoco se efectuó; con que, apretados los franceses réciamente de nuestra artillería, cedieron de la empresa y se apartaron hácia las montañas de Mera, desviándose de las baterías de la Coruña. Había llegado á esta sazón una fragata de Dunquerque á Sada, que es la ría de Betanzos, á donde se amparó y recogió hasta hallar ocasión de entrar en el puerto y juntarse con las demás, porque ya se discurría por todos aquellos lugares, así marítimos como mediterráneos, que el arzobispo de Burdeos no había de hacer nada. Corría el tiempo con variedad; pero aún no desistiendo la armada de volver á probar fortuna, si no en aquella, en otra parte de consideración y donde doliese, llegaron algunos navios franceses á porfiar algo más adentro de la Coruña: salió el almirante Feijóo en una chalupa á reconocerlos: vinieron otros dos de la armada y un barcon grande, mal disuadidos del primer intento, para cortar la cadena, y fueron retirados á balazos que les disparó la Capitana de D. Lope de Hoces y el castillo de San Anton: corrieron consecutivamente dos chalupas francesas á reconocer la cadena que los estorbaba é l'ánzia de quemar la armada, pero fueron rechazadas del castillo.

Mártes, 14 de Junio, al amanecer, con desesperación de

no poder obrar nada en su favor y en daño y oprobio nuestro, se hicieron á la vela para salir del puerto: sobrevinieron calmas, con lo que surgió algo cerca; sin embargo, reforzaron de nuevo aquellas marinas y puertos, y con una niebla gruesa que se levantó no pudieron ver la armada, ó no se pudo en algun espacio; ántes sí, que por el ruido que se sintió, pensaron que habían oído artillería en el Ferrol, y por otras noticias verosímiles que faltaban bajelos de la armada: viéronse luego fuegos y quemas de montes y casas en la aldea de Chanciro, junto al Ferrol, en la parte que mira á la ría de Betanzos. Despachó luego el Marqués al obispo de Lugo para que, con la gente que había juntado, se avanzase lo más diligentemente que pudiese al Ferrol, enviándole dos artilleros de la armada y al Sargento mayor, D. Jerónimo de Aragon, para lo que se pudiese ofrecer y defender la tierra de los que ya parece iban gastados y algo deshechos, más del trabajo de la navegación que de lo que habían peleado. Súpose despues, por los que habían ido á dar aviso á toda la costa, que la quema había sido unas chozas de ganado y algunas casillas de poca ó ninguna consideración.

La armada dió vista con algunas lanchas á la tierra; desembarcaron tres mil franceses y subieron á la montaña que hacia eminencia á los castillos. D. Juan Pardo de Figueroa, á cuyo cargo estaba la fuerza del Ferrol, la gente del Reino y la que en esta ocasión pudo reconocer, ocupó otra colina, pidiendo al marqués de Valparaíso socorro de gente, balas y pólvora, que era de la que en todas partes se necesitaba: envióle algunos carros de municion y doscientos mosqueteros de las compañías viejas del castillo, y despachóse á Bayona al Maese de campo, D. Martin Alfonso de Sarriá, para que defendiese aquella fuerza.

Dejaron las fragatas y lanchas francesas al Ferrol, y se hizo la armada á la vela, dando bordos por aquella costa, sin tiempo para correr á una parte ni á otra; y sobreviniéndole Nordeste, giró la vuelta del Poniente: siguióla una fragata nuestra hasta bien tarde para reconocer sus derrotas y ruin-

bos. El navío inglés, que desde el primer día imperiosamente habian detenido, por resguardarse del aviso que podia darles, le despidieron, y prendieron un volante que venia de Vizcaya de llevar gente y armas á Fuenterrabia, é hizo el arzobispo de Burdeos pasar un hombre, llamado Pedro Castañeira, vecino del Ferrol, á su Capitana; examinóle del viaje, y tomó las cartas que traía, preguntándole si desde la mar se podian bair los castillos del Ferrol, á que le respondió que no, por la corriente grande de aquel estrecho, y el mismo Arzobispo le llevó á la ribera de Arcan, y le preguntó si por allí habia entrada y si se podria echar gente en tierra, y cuánta habia en la Coruña, si eran muy altas las murallas y si habian llegado veinte navios de Holanda á Fuenterrabia, y si el ejército de la Provincia habia entrado por Francia. De los navios refieren que dieron vista á San Sebastian y que no los vieron; mas que hizo buen tratamiento al hombre y lo entregó una casulla y cáliz que habia tomado un soldado francés, que por el hecho se dejaba bien discurrir que debia ser hugonote: habiolo tomado el pérfido hereje de la cruzada de Nuestra Señora de Chanteiro, y el Arzobispo se lo dió para que lo restituyese al marqués de Valparaiso; y que de lo que pudo inferir, entendió que el Burdeos habia venido solamente á quemar nuestra armada, y de no poderlo hacer, molestar las costas de aquel Poniente; y que lo habia dicho habia en la Coruña diez y seis mil hombres, y que la Capitana le parece traía cincuenta y seis piezas de artillería, de bronce; y que tenia intento, si hubiera introducido el fuego en la armada, arrimarse con cuatro navios de los de mayor fuerza al castillo de San Anton para no dejarlo jugar la artillería, y con doce batir contra la armada y la ciudad, y con cuarenta lanchas entrar á cortar la cadena; y que de noche hizo entrar una chatupa con gente dentro, y saliendo de ella á nado un buzo ó marinero, reconoció la cadena y la tocó, y que volvió diciendo que era muy fuerte é imposible de cortar, y que por esa causa habia desistido de la empresa en que habia consumido un mes y en que habia recibido daño de las fra-

gatas de Dunquerque; que traía ocho mil hombres, aunque otros decian que doce mil, y con bastimentos para seis meses.

Retiróse el arzobispo de Burdeos á la Rochela y á los demas puertos de la Bretaña, corriendo tormenta por espacio de tres dias, con pérdida de los vasos menores, sin otro memorable efecto ni faccion, á rebacarse, armarse y volver á salir, mal contento de lo que se habia gastado y lo poco que habia conseguido.

Cuatro fragatas que tenian los vizcaínos, de Fuenterrabia, cogieron quince presas á los franceses que llevaban de socorro á Bayona con algunas municiones, y ocho barcas de vino, cantidad de trigo y cebada, todo para refrescos y designios, intentos y acometidas.

Habia entendido el Richelieu la traza y disposicion de nuestras armas en el País-Bajo, que era invornar y armar un ejército debajo de la conducta de un Capitan y caudillo de gran nombre y reputacion, que habia dado al Rey católico y al Emperador muchas victorias, y en todas ocasiones capaz á vencer y domar ejércitos enemigos: habiase formado éste en Vestfalia, entre Tréveris, Colonia y Maguncia, con tropas agrogadas del duque de Lorena; y como la restitution de aquel Príncipe es tan solicitada y deseada del Rey católico y del César, y habiendo tambien hecho buenos y señalados servicios por ambas Majestades, particularmente el muy esclarecido de Norlingue, pareció en esta ocasion ayudarle á restituirse en algo, particularmente en Metz de Lorena, plaza de consideracion y fuerte en aquel Estado, para que desde allí se fuese recobrando. Anteviendo esto el Richelieu, no dejando de molestar en todas partes y en todos los círculos de la Monarquía, ántes de que se moviese el conde de Picolomini le paró diversion para que dentro del País-Bajo se deshiciese, porque aunque la armada, su principal fin era deshacer aquel socorro referido, tambien iba para divertir el ejército que se presumió habia de entrar por la provincia de Guipúzcoa en Francia, como lo hemos expresado en el cuidado que el Arzobispo tuvo preguntándole al prisionero.

Y siguiendo nuestra derrota, ésta movia el conde Piccolomini, y el Richelieu, de la misma manera, le impugnaba el designio y le forzaba á que, dejada la Lorena, molestase en casa y pais ageno, si bien propio por el Príncipe á quien servia; y en aquellas partes, que este mismo enemigo no parece si no es que las tiene á su mandar y debajo de su mano para debelarlas, apretaba á Edin, y habia hecho ir al rey de Francia allá, en persona, para que viese las fortificaciones, las examinase y alentase aquel ejército, y á que consiguiese aquella plaza, si bien pequeña, considerable por su situacion, y hacerlo soldado: accion de todas maneras, como la más esencial para engrandecer á un Príncipe y hacerle inmortal, loable en un ministro y de mucha estimacion; y consecutivamente metió un ejército poderoso por el Ducado de Lutemburgo, á cargo del mariscal Fuquieres. Llegó á Thiunville, la abrió trincheras y la cargó, con que el ejército y el General, levantado en Vestfalia, cedió del progreso de Lorena y se halló forzado de recaer en su misma casa y en socorro de una plaza importantísima de aquel nobilísimo Ducado.

A 29 de Mayo de este año, salió de Bruselas el conde Piccolomini, habiendo asentado con S. A. R. los designios que se habian de obrar, poco afortunados en aquellas y las demas coronas, sin saber por qué influencia fatal, sino por ofensas hechas á la majestad de Dios, y llevó tambien las órdenes de lo que se habia de obrar; y en el socorro de Thiunville, plaza sobre la Mosela, el ejército de los franceses era de diez y ocho mil bombres. Llegó el conde Piccolomini al Ducado de Lutemburgo, donde ya se habian conducido sus tropas; juntólas con tanta esperanza de las futuras victorias, que, aunque inferior en fuerzas á los franceses, los fué á buscar, no sufriendo el generoso coraje y aliento de gran soldado dilatar sus fortunas y el castigo de los enemigos. Fuése llegando á ellos, y sin otra dilacion alguna los acometió en sus fortificaciones, rompióles tres cuarteles con gran estrago y mortandad de aquella nacion; apoderóse del puente que está hácia la parte de Tréveris y socorrió la plaza. Retiráronse los franceses; y

mal contentos del suceso, algunas de sus tropas, pasando la Mosela hácia Alemania, la volvieron á pasar al Ducado de Lutemburgo por otro puente que está á la parte de Metz de Lorena, y se incorporaron con el grueso del ejército que quedaba en el cuartel que ellos llamaban del Rey, donde se hallaba el Mariscal Fuquieres, su General; y despues de haberse juntado todos y descansado un breve rato, formaron con diligencia sus escuadrones, tanto, que cuando fué á cargarlos con los suyos Piccolomini y reconocerlos, los halló en batalla con toda su infantería y caballería; y no pareciéndole bien perder ocasion tan oportuna, ántes lograrla, los acometió con tanta resolucion y gallardía, peleando infantería con infantería y caballería con caballería, con tanto teson, denuedo y coraje, que no pudiendo los franceses sufrir la furia de nuestra gente, se valieron de los piés faltandoles las manos. Duró la pelea por espacio de dos horas, y degollaron casi siete mil franceses, y entre ellos el General de la artillería, Monsieur de Milleri, y otras personas de puesto y de importancia; prendiéronse tres mil hombres y al general Fuquieres, quedando herido en un brazo: apoderáronse los nuestros de todos los puestos, bagaje y municiones; tomáronse diez piezas de artillería, dos trabucos, la mayor parte de los estandartes y banderas, quedando del todo deshechos en aquella parte los franceses: libro Thiunville del sitio, con pérdida de nuestra parte de mil hombres, entre muertos y heridos, y entre ellos el marqués Gonzaga en un muslo, de una pistola; encareciendo mucho el proceder de D. Juan de Padilla, que trajo la nuova á la corte de España.

Fué esta victoria de mucha consideracion para el estado miserable y calamitoso del País-Bajo; pero para no poder hacer empresa ninguna en los vecinos, ni ayudar al duque de Lorena, porquo el aprieto de Edin llevaba á toda prisa las fuerzas de Piccolomini: faltábale pólvora á la plaza que ya esta materia se habian vuelto ceniza y nuestras defensas y empuñadas, y nos lo ponian en la frente los franceses, de cuanta les pusimos en las eras pasadas: faltábales bastimentos, y poro no les

había de faltar pólvora! El Infante se hallaba fallido de caballería y no podía hacer nada, invocando á la de Pícolomini y á los victoriosos, que á largas jornadas venían á buscar á S. A., y el gobernador de Edin, por las faltas referidas, estaba á pique de entregarla. El Gran maestro de la artillería, en esto sitiado, detuvo un trompeta de D. Juan de Vivero, hermano del conde de Fuensalida, y escribióle se le había detonido para enviarle á decir tenían al rey de Francia en las trincheras de Edin: él le respondió que había hecho muy bien en detenerle, y que se le volvía á enviar para avisarle que el ejército del conde de Pícolomini había roto el de el rey de Francia sobre Thionville; con lo que enmudeció el francés y le hizo menos conñado: fué de sentimiento esta pérdida para el francés y su Privado, con lo que á más breves jornadas se volvió á París.

Adelantáronse cuatro mil caballos de Pícolomini en favor de S. A. para las cosas de Edin, y la campaña tenía orden de asediar á Potomonezon, en la Lorena: hallábase ya fulto de gente y de víveres con las rotas dadas á los franceses, y por- que el mariscal de Chaúillon acudía con gente de su refuero hácia aquella parte y para oponerse á los progresos del conde Pícolomini, con que no se podía ya obrar nada, y porque el sitio de Edin y su apresto llamaba al socorro todas las fuerzas del País-Bajo. Llegó Pícolomini y fué recibido en el ejército con aplauso y notable estimacion de todos aquellos soldados, mas á tiempo que en faccion no podía hacer cosa de consideracion.

Era el designio del cardenal de Richelieu tomar á Triunville, y conseguido, pasar á juntarse con el duque de Veimar y marchar con aquellas fuerzas al Palatinado; ocupar sus plazas y arrastrar y llevar tras sí al conde Pícolomini y su gente; consumirle en la jornada y que se deshiciese; embestirle en ocasion de hacerlo y poderle acabar, y sacarlo del País-Bajo, dejando solo al Infante, y que no pudiese socorrer á Edin, la perdiere, y otras muchas plazas de aquellos Estados: pero Dios mejoró las horas, aunque Edin se perdió por asalto y quedó por los franceses.

No eran estas solas las heridas que el cardenal de Richelieu tenía preparadas para destruir la Monarquía española, como lo había hecho por espacio de catorce años, con odio implacable á su grandeza y á las heroicas hazañas de tan esclarecida Nacion. Otra tenía reservada, no poco aguda y penerante, en la frontera del mar Mediterráneo, por la condicion de los naturales, desabridos, orgullosos, desfavorecidos y amenazados; procurando por aquí tomar alguna satisfaccion de las bizarrías conseguidas y plazas tomadas por nuestras naciones este año en el Piemonte y Monferrato, contra el dictámen de la Duquesa madre, de Saboya, y para mantener allí la materia ordinaria de Estado, tantas veces repetida en estos escritos, de que no pasen los socorros de España y sus gentes á Italia, de la propia fama, como introducir la guerra en la provincia de Vizcaya, sobre Fuenterrabia, para que de la misma manera no vayan á Flandes, y como se ha hecho hoy, con una armada de navios gruesos; impidiendo que los españoles que estaban en la Coruña para el mismo intento, no pasasen, como hasta ahora no habían pasado; recreciéndose no pocas dificultades de poderlo hacer; ántes, consumiéndose en su mismo nacimiento, por las causas referidas, y divertirlos de las defensas de Flandes y de Italia; ántes que queden frustrados en sus tierras, para no enseñorear las otras. A esto fin había armado un ejército en el Narbonés y las otras ciudades de su contorno, ó provincias circunvecinas, de veinte mil infantes y cuatro mil caballos, á cargo de Enrique, príncipe de Condé, sin haber escarmentado de su poca fortuna en las demás empresas acometidas, así en la Borgoña como en Vizcaya, y del duque de Luina, gobernador de Lengnadoc; y en esta forma acometieron una frontera desarmada, sin gente, municiones ni vituallas, como es de ordinario, y que así lo estaba el Condado de Rosellon.

En primer lugar tomaron el castillo de Ópoli, puesto en lo más inaccesible de aquellos Pirineos, que apenas tiene garita ó atalaya, ni es de importancia para ellos ni para nosotros; y de aquí corrieron á empeñarse en el castillo de Salsas.

Era su Gobernador el capitán y Sargento mayor D. Miguel Llorente: bravo soldado, de quien se tenía alguna satisfacción, con poco más de seiscientos hombres de presidio, pocas municiones y menos bastimentos, y muy lejos la esperanza de recibir algun socorro. Púsose en defensa; pero viéndose apretado de tan grande ejército, y que por el Condado de Rosellon no había opósito, parece perdió la seguridad de conservarse. A esta hora, no poco atento el Gobernador, vió entre el ejército francés que le rodeaba comenzar á hacer una salva notable con toda la artillería, mosquetería y arcabucería, y deseando entender lo que era, con demostraciones, desde la muralla, les fué dicho que por los buenos sucesos que el rey de Francia había tenido en Flandes y Alemania con la rota de los imperiales en la Bohemia y con la toma de Edin; pretendiéndoles engañar con esta estratagemá, si bien no en todo, y desanimarlos á la defensa de Salsas, y en todo la demas, y valiéndose antes del artificio y de la ignorancia de los que le oían que del valor. Pasaron adelante y dijeron que el ejército del Rey católico era roto, y que no había que perder tiempo, que se rindiesen: respondió el Gobernador que primero queria ver deshecha la muralla.

Pasó luego el conde de Santa Coloma, Virey y Capitán general del Principado de Cataluña, á Perpiñan, juntando los catalanes para la defensa del castillo y de la tierra; convocóse gente de Italia, como de Módena y Luca, la que estaba en Cantábría con el marqués de Mortara, y Torrecusa, y el duque de San José, su hijo; procurando el francés sus diversiones en aquella parte, y tentar otras, porque no pasase la gente á Salsas, y metiendo algun número considerable de franceses por el Valle de Bastan, en Navarra.

Dióse por cabeza y por General del ejército de Rosellon á Don Felipe de Spínola, hijo del marqués Spínola, marqués de los Balbases, con 24.000 escudos al año mientras durase la guerra, 8.000 de ayuda de costa (3.000 en Barcelona y 3.000 en Milan), y la futura sucesion del Vireynato de Sicilia. Cuando se quiere dar no se repara en que sea extranjero ni geno-

vés, sino que haya emparentado con los de la sangre. ¿Qué los ha faltado á nuestros Capitanes para no ayudarlos de esta manera? Cuando se les encargaban las empresas árduas y remotas, sino ántes convertir el premio debido en luchas, pendencias y resentimientos, sin por qué, sino para que lo más quieto, lo más noble, lo más seguro y el mejor soldado fracasase en ruina perpetua, como sucedió á D. Fadrique de Toledo: cosa de que todos los cabos se sintieron, concibiendo muy pocas ó ningunas esperanzas del fin honroso de aquella guerra, porque el suceso del puente de Cariñan, cuando su padre sitiaba el Casal de Monferrato, vivía aún en la memoria de los soldados, y temíanse en este caso de otro tanto, pues andaba en balanza y en disputa el valor y el ánimo, si le había ó no lo había; bien que de la cabeza no se hacia desconfianza.

Ocuparon los franceses algunos puestos cerca de Salsas; volaron una mina y dos hornillos é hicieron brecha; subieron por ella y alojáronse en la muralla: retiróse el Gobernador, que lo había dado la gota, y los nuestros á la torre del Hornaje, tan apretados, que se dieron á merced y quedaron prisioneros: tomóse la plaza y comenzaron á discurrir por todos aquellos lugares del contorno, sin poder ser de provecho Perpiñan por la misma falta de gente, ocupándolos y haciéndolos contribuir, y cometiendo en ellos todas las demas fealdades que se han referido en los demas progresos.

Comenzóse, como dije, á juntar gente y formar ejército de todas partes á sueldo del Rey: muchas personas de calidad y de sangre pasaron de Castilla á servir y señalarse en aquella guerra: los catalanes juntaron (así lo decian ellos) doce mil hombres, y hay quien dice que diez y ocho mil; y la pólvora que se enviaba á Vizcaya mandaron que la mitad fuese al Condado de Rosellon, con lo que la guerra, la desolacion y los derramamientos de sangre comenzaban, entro otras muchas veces, despues el principio de los Romanos, á prescribir en España y á arraigarse en ella; desterrando la paz en que fué constituida por nuestros mayores, principales

y ministros, por la injuria y desacierto de uno. Y así era, porque hasta ahora procedía todo con gran suspensión, de suerte que el echar de allí á los franceses no se esperaba tan presto; con que la gente comenzó á desmayar y á desvanecerse, particularmente los catalanes, que llevaban muy mal el dormir fuera de sus casas. El conde de Santa Coloma mandó arcabucear á uno públicamente para ejemplo de los demas: acción que le hizo mal visto en todo aquel Principado, y mal afecto de los catalanes; originándose de aquí una de las causas para la muerte que le dieron después, y para una rebelion atroz y feísima.

Dejando ahora por breve espacio las cosas de Levante, en Cataluña, parece nos llama á concluir las de Poniente, en aquella armada naval que hemos referido. Pero ántes que pasemos adelante será bien avisar y hacer reparo en cuán poco hay que fiar de los que se fingen amigos nuestros: cuando la misma diferencia de religion no lo asegura, mucho ménos lo afianzará la comunicacion ni el contrato, siéndolo más aina de aquellos que son de la suya, aunque lo disimulan falsamente, y la tomaron de allí, del mismo tósigo y veneno del calvinismo, y de Lutero. El desco, pues, de enviar á Flandes algun socorro de españoles, por lo fallido que se hallaba el Infante de gente, y no habiendo sido posible tan presto aviar la de la Coruña porque pedían mayor número de bajeles, hizo que en navíos de Inglaterra, tomados á flete, se embarcaran en ellos cuatrocientos españoles del presidio de Cádiz para que pasasen allá. Navegaron, y en llegando al Canal de Inglaterra, reconocidos de navíos de Holanda, y abordados con ellos, ó avisados por las espías comunes ó que viven con nosotros, forzaron á los Maestres que los entregasen, y ellos lo hicieron con facilidad; no sabiendo disimular ni encubrir lo que llevaban, metiéndolos debajo de cubierta ó tomando rumbo que lo pudiese impedir. Pero el rey de Francia y su ministro, mal contentos de lo poco que habia obrado su armada en nuestro mar, gobernada por el arzobispo de Barceos, habiendo entendido que el Rey católico juntaba las suyas,

convocaba Generales, soldados y marineros para oponérsele y hacer pasar, mal de su grado, el socorro á Flandes, la volvió á expedir reforzada de navíos y de gente, partió suyos y parte confederados de aquel Norte; pero con más recato, no atreviéndose á alargar mucho por nuestras costas ni volver de nuevo, aunque la dió vista, á tentar la Coruña, porque D. Lopo de Hoces, con las órdenes que tenia, aprcstaba su Capitana y los demas navíos para salir en busca del Burdeos, y llevar los españoles (aunque ya se corría opinion que de diez mil que habia no llegaban á cinco mil, y quien decia que á tres mil, del mal pasar, de la falta del vestido, mantenimiento y tener el suelo por cama); y D. Andrés de Castro disponia los de su cargo, como á la misma hora navegaba D. Antonio de Oquendo con otra escuadra de navíos bien armados, en que se incluian en aquellos y en estos muy escogidos capitanes y pilotos, y habia salido de Cádiz la vuelta de la Coruña, donde le esperaba D. Lope de Hoces y los demas para pasar á Flandes. Habíase partido este último trozo, ó juntado, en dos fracciones; la que tonia ya D. Antonio de Oquendo para el viaje referido, de que era General el duque de Nájera y Maqueda, que tenia el nombre de la Armada Real del mar Océano; y la que se juntó con la de D. Carlos de Ibarra, que acababa de llegar con los galeones de la plata y flota de Nueva-España, y de haber peleado con Pié de Palo, corsario holandés, y librado aquel tesoro de la codicia de los enemigos. Apénas hubo llegado á Cádiz cuando le hicieron pasar al puerto de Colibre, para las cosas de Salsas; jornada que le ocasionó la muerte: porque poco importa que traiga yo todo cuanto encierran en sí las entrañas de la tierra, venas y minerales del Potosí, si no puedo llevarlo y disponer de ello y que no sirva en edificios, ó en alhajas, en Madrid, centro donde quieren todos los grandes hombres que han recorrido y navegado el mundo, y que han adquirido y amontonado riquezas, que les luzca, los ilustre y los levante la casa; y al fin, el tesoro que trajó ni le vió ni le gozó.

En los cuidados y fatigas que entraba España y sus

vivientes, había quien discurría que esta parte de armada, á cargo del duque de Najera y de D. Cárlos de Ibarra, fué en su principio en favor de Venecianos (algo dejamos ya tocado de esto, pero aquí se fenecerá), por lo que se temian, y habían dado á sentir al Rey, que la del Turco se queria satisfacer del estrago que ellos habían hecho en las galeras de Corfú ó de Viserta, ó de ambas partes, que infestaron las costas de Italia hasta subir al mar Adriático; pero este viaje y todos sus aprestos pararon en la recuperación de Salsas; y en lo tocante á aquella diferencia del Turco y Venecianos, se suspendió y simuló, ó se dió al Turco la satisfaccion que les pudo sonar del sobresalto.

Dió vista otra vez la armada francesa á las costas de Vizcaya y á las de la Montaña, y sin hacer otra acción más memorable y no dejar de cumplir con algo para tan grande apresto y gastos, se entró en Laredo, lugar abierto, sin reparos ni soldados, ni otras defensas, y saquéolo; huyéndose nuestra gente, con la hacienda que pudieron, á lo más áspero de los montes del convento de San Francisco: abrió luego las puertas, entrándose el miedo en toda la tierra y en las otras villas, creyendo otra vez tenían sobre sí al francés en Vizcaya y en Rioja y en las montañas de Búrgos. El Arzobispo de aquella ciudad dió muestras de ir contra el de Burdeos, y juntó los clérigos y armólos, con otras personas del distrito, para el hecho: D. Juan Rejon de Silva, Corregidor de las Cuatro Villas, las Justicias y los demas que pudieron hallarse cerca de ellos, y los bombres de calidad y de cuenta, si había alguno, porque todos los de aquella frontera estaban en las plazas de armas de la provincia y de Navarra, si bien la habían desamparado, procuraban socorrerla. El número de los bajeles era tan grande, y el de la infanteria, que al más osado y prevenido le hiciera recatar. Saqueado, pues, el lugar, quisieron ver los franceses si por las trochas de la tierra, dificultades de subir por su inaccesible aspereza, podian saquear y quemar los lugares cercanos, como Castro Urdiales, Trasmiera y otros: pusieron fuego á Puerto, lugar del duque de

Lerma, cerca de Laredo, adornado y favorecido de la naturaleza y del arto, de más de treinta mil piés de naranjos, sidras y limones. La provincia de Vizcaya y el marqués de los Velez, virey de Navarra, enviaron hácia aquella parte algunos capitanes, pólvora y municiones, para que juntasen gente y la pusiesen á la defensa, tomasen los pasos y los fortificasen y cerrasen, se pusiesen en ellos y no los dejasen pasar. D. Fernando de la Cerda y D. Juan Rejon de Silva y otros, comenzaron á juntar la gente de las Cuatro Villas de las merindades, y en todo lo demas de la Montaña hasta Búrgos: pidieron á Castro Urdiales ayudase con la que pudiese, y respondió que no la tenia; replicáronla que enviase veinte ó treinta con las espadas solas, que los armarian, y volvió á decir que aún las espadas no tenían. Ibase juntando, sin embargo, la gente que se podia, embarazando los pasos donde se receblaba el riesgo de poder subir y penetrar la tierra, y hacer mayores daños; pero el arzobispo de Burdeos, aunque había tomado y hecho pié en España, no estaba seguro, y tampoco de parecer de esperar nuestra armada.

El general D. Antonio de Oquendo gustaba con su viaje no poco tiempo, haciéndole por mucha altura, con falta de vientos que le detenian en los cabos de San Vicente y Finisterre, que habiéndolos doblado, á esta hora se dejó caer sobre la Coruña, y dando vista á aquel puerto, y reconocido ya del general D. Lopo de Hoces, ni quiso entrar dentro ni tomar ningun descanso, sino que saliesen fuera á proseguir el socorro y á buscar la armada francesa; porque las voces del Reino eran grandes y los lamentos lastimosos, dando á sentir que tuviesen atrovimiento los franceses, debajo del gobierno de un Clérigo, para quemar, robar y asaltar las costas de España, sin haber un bajel que lo impidiese ni surcase aquel mar, para dar á entender si había algun hombre en él que saliese al opósito. Había parecido el hecho del Burdeos, más robo que empresa, más de corsario que de capitán, más de ladrón que de conquistador: decia á los miserables de la villa de Laredo, si había alguno, porque todos la desampararon, donde dicen

que dijo misa, que ya sabía que venía D. Antonio de Oquendo, pero que le faltaba hacer otra cosa más y que luego se retiraría á sus puertos.

Tenia nuestra armada gran nombre en aquel mar de opulenta y sobrada en bajeles, en cabos y soldados, y no la sabían, como la francesa, dar el número cierto: ya decían que era de cincuenta, ya de ochenta velas con ocho mil hombres, setecientos italianos y algunos sardos, habiendo perecido los más que vinieron de aquella Isla de la hambre y de los otros malos tratamientos, y los demas eran españoles: juntábase aquí el número de D. Antonio de Oquendo y el de D. Lope de Hoces, D. Andrés de Castro y la escuadra de Dunquerque. Fletáronse algunos navios ingleses para llevar la gente de socorro, á escudo por hombre: estos eran cinco mil para echar en Dunquerque para el socorro de Flandes y los demas países; solicitando los franceses á los holandeses para que los esperasen y no los dejaran pasar. Iba la nao *Teresa* con la de Oquendo, Castro y Horne, á cargo de Don Lope de Hoces, todas cuatro Capitanas, á quien seguían los demas navios á propósito para tan grande intento; pero la fortuna les salió contraria. Navegaron al fin, destinados todos á una ira fatal de Marte, para su perdición y ruina, á un despojo de las arenas y á un incendio miserable de bajeles, artillería, cabos, marineros y soldados; no más que por fiarse de un he-
reje, que no habia de faltar á los demas, y á quien dió su lujá.

Prosiguió la armada: tomó el Canal de Inglaterra, y á la misma hora descubrió diez y siete navios de Holanda; envió á avisar D. Antonio de Oquendo se diesen prisa á llegar los suyos; y que diesen la carga á los enemigos, que él iba siguiendo las Capitanas, particularmente la nao *Teresa*, que como bajel grande y poderoso, bien armado y fortalecido de muy buena infantería, mucha y muy gruesa artillería, se iba descolliando de las demas, con terror de los enemigos, no osándose á llegar si no á tirar de lejos. Pusieronse en media luna; deseaban abordar la Capitana de Holanda, pero ellos reluhan el lance; sin embargo de ser tirados por una

hora larga de la artillería de los holandeses, los nuestros los apretaron con la suya y cebaron un navio á fondo; y después, largaron velas y se pusieron en la fuga. Volvieron otro dia reforzados con diez y seis navios más, y comenzaron á pelcar de ambas partes, rehusando los enemigos el ser aferrados. Uno de nuestros pataches y un navio, inconsideradamente, dieron en la retaguardia de los holandeses: recobró D. Antonio de Oquendo el navio y perdió el patache: escaseando el tiempo y barloventeándose se sotaventaron las armadas, y se dividieron; la de Oquendo amaneció sobre las costas de Francia y después en las de Inglaterra: hallábase maltratado su bajel de las muchas cargas de los enemigos, entrándose, con lo recio del temporal, en el puerto de Dunas, en Inglaterra, parece que con sentimiento de aquel Rey, si bien después mudó de semblante, resolución perjudicialísima, siendo más acertado meterse en Gravelinas, en Mardique, Dunquerque y los otros puertos para resguardarse mejor con su misma casa y no dar tantos celos á los holandeses y á los demas, á todo aquel Norte, pareciendo era voluntad y gusto de aquel Rey y que era liga declarada: metieron el socorro en Flandes en embarcaciones pequeñas, por Mardique. Fueron notables las voces y las quejas que comenzaron á dar los enemigos, tanto, que llegaron á Londres, y los mismos ministros herejes de aquella corte las dieron al Rey, significando el sentimiento de los holandeses; diciendo que el rey de Inglaterra, con pretensiones de casamientos con España, admitía las armas de aquel Reino para meterlas en los Estados y en el de los vecinos, y que no habia de ser así, ni habian de pasar por ello. A los ingleses les habia parecido temeridad el haber dado entrada á una armada tan poderosa y forastera en sus puertos, donde conociendo el ánimo de la condicion española, podia ocasionar un grande riesgo, como lo pretendieron en el reinado de Don Felipe II; y que un Rey tan inferior en fuerzas no se habia de fiar tanto de otro que era con tantas ventajas más poderoso que él; que los accidentes suelen ser varios, y las cosas

humanas sujetas y llenas de mudanzas y de continuas incertidumbres, y los pensamientos de los Príncipes suelen mudar forma, segun el estado en que se hallan y el tiempo les ofrece; tanto, que obligaron al rey de Inglaterra, para desempeñarse con los vecinos y del miedo comun en todas aquellas partes, y del rey de Francia, á escribir al Rey católico, que se habia admirado que se le enviase á sus puertos un armada tan grande y tan dentro de su casa, sin avisarle, y otras cosas tocantes á esto; haciendo á todos no poca dificultad que lo ignorase, pues el flete y el interes era de sus marineros y mercaderes. Pero los holandeses, perdiendo el respeto al rey de Inglaterra, no perdian de vista á la armada ni se apartaban del puerto de Dunas, habiendo enviado á las Islas por más refuerzos y por más grueso de navios, para acometer y dar batalla á nuestra gente (quién dice que juntaron ciento catorce navios), porque no pensasen que estaban allí seguros, aunque lo parecia por la gran capacidad del puerto, y querian dar á entender al Rey que no les habia de valer su amparo, ni les habia de ser de provecho, ni para volver allí en lo de adelante, y que habian de desengañarse los españoles de aquel auxilio.

Hecha, pues, y juntada tan gruesa copia de navios, embistieron al puerto y entraron dentro con poca alteracion de los ingleses; estos mostraron no querer ayudarios, porque el General inglés, que tenia allí su escuadra de navios y la armada de aquel Canal, se declaró y dijo á D. Antonio de Oquendo que no tirase, porque tenia órden del Rey y del Parlamento, que el primero que lo hiciese, el holandés ó él, se pudiese á su lado, en favor del otro y en contrario del que no obedeciese, y que así lo havia. Pareció esta accion neutral de poca amistad; pero, á mi parecer, más en favor del vecino y aliado de nuestra armada. D. Antonio de Oquendo, viéndose forzado á pelear, y que el grueso de los enemigos era formidable y más crecido que el suyo, por no perderse y ser quemado, se salió del puerto para tener más desembarazo para poder rodearse. Siguiéronle veintun navios de los suyos,

Y casi toda la escuadra de D. Andrés de Castro; pero faltos de corazon y de prudencia, desatinados y fuera de sí, faltando al honor y al prez de la generosa sangre española, pudiendo huir por lo más heróico y salvarse peleando ó morir con honra, dieron infamemente con los navios en tierra y en la playa de aquel puerto; de suerte que todo el poder de los enemigos, todo el fuego y el ardor de la batalla cargó sobre el general D. Lope de Hoces; sobre su Capitana, la nao *Teresa*, y sobre la Almiranta de Miguel de Horne; sobre el navío de Feijóo y de otro. Hacia el deber D. Lope peleando como valiente y esforzado español y caballero: la artillería del enemigo era mucha, los navios que le rodearon y los de fuego eran muchos; acudia con la espada en la mano á una parte y á otra; habianle ya llevado un brazo, y sin embargo animaba á los suyos á la constancia y al ardimiento; y los enemigos, más cobardes que valientes, hallando la resistencia ordinaria, se valieron del artificio: embistiéronle con los navios de fuego; comenzó á arder y con él todos los que estaban dentro, y D. Lope no pudo ó no excusó el quemarse: perdióse la gente y la artillería, despues de haber peleado muchas horas. Quiso D. Antonio de Oquendo socorrerle y no pudo, porque el Castro flaqueó; y sobrevino la noche. Tomáronnos seis navios; pero ellos perdieron, en ambos reencuentros, pasados de veinte que se fueron á pique de los golpes de nuestra artillería.

Siguió D. Antonio de Oquendo, con el fin de esta rota, el rumbo de España, y no dejándole el viento volvió á Mardique con sola la Capitana de Dunquerque, ó Almiranta, (adonde habia de haberse recogido nuestra armada, porque los holandeses no sintieron tanto que fuese á Flandes ni á sus puertos, como que pensasen que Inglaterra habia de ser sagrado y asilo para otras avcnidas;) los demas no le pudieron seguir por ser el viento bravo.

Fuó esta pérdida de gravísimo sentimiento para España, para el Rey, para sus ministros y vasallos: los mejores bajeles se perdieron; los soldados de más calidad fueron presos,

heridos y quemados: decían que eran doce navíos los que faltaban. Tomaron el del general Feijóo, á quien los franceses no acababan de alabar de valiente, alentado y valeroso capitán: el de D. Gaspar de Carvajal y á él mismo, y el galeon *Santiago*, que se escapó del fuego de Guetarea.

Dió el rey de Inglaterra, por cartas, al Rey católico sus disculpas, aunque vagas, de la pérdida de nuestra armada, consolándole con que de los navíos que vararon en tierra se podrían sacar los veinte, y que los demas estaban dentro del agua muy deshechos y destrozados.

Volvió D. Antonio de Oquendo á España con solo un navío, porque los demas que pudieron escapar tomaron diferentes rumbos y fueron llegando á diferentes tiempos. Faltó la salud á Oquendo y murió, más por el dolor del naufragio y de la rota que de las heridas que le dieron los enemigos.

No se prometieron, por su discurso, más fortuna en esta jornada los hombres de más juicio, porque los herejes nunca dieron mejor cobro de lo que les fiaron.

Causaba á todo aquel Norte, y aún á los mismos vasallos ingleses, y á los ministros del Parlamento de Lóndres, gravísimos celos la amistad de su rey Carlos con nuestro Felipe, y abusaban terriblemente de que tratasen de nuevos casamientos, cuando el de Francia aún no lo podía tolerar, por lo que habia entrado de religion católica en Lóndres, y no querian que España se hiciese allí más lugar con los que pensaban contraer, porque más querian al mayor hereje que el parentesco del más alto Rey; no estimando tanto la gloria de la majestad como el llevar adelante la perversion de las sectas, que los hacia viciosos: y aquellos ministros dispusieron y maquinaron entre sí en poner en tal estado el Reino, con algunas sediciones, que quitase al Rey la libertad, y aún totalmente el gobierno, para restarle en la fe con el Rey católico y con España, y hacer volver á sus Príncipes á los matrimonios pasados, con Dinamarca ó con los demas herejes, protestantes de su religion; casamientos de poca calidad, dando fuerza y autoridad, ó tomándose, al Parlamento y á

todas aquellas cabezas de herejes y sectarios, bajándose á tan humildes ó indignos pensamientos, que no repararon en dar una hija de su Rey á un hijo del príncipe de Orange, valsallo y rebelde al Rey católico, ni Francia tuvo vergüenza para disuadirle y no venir en él, ántes estorbarlo; queriendo en primer lugar conservar aquellos rebeldes, y apretar más, y ayudar los vinculos de la union y de la heréjia, de mayor valor entre ellos, que la honra de los grandes casamientos para el lustre y ornamento de aquella Corona.

Habia metido el rey de Francia este año dos ejércitos por el País-Bajo; inquietando en Alemaia y en Borgonia con los confederados y soldados propios, con gruesas tropas y dineros, y hecho correr una armada por el Océano en daño y ofensa de España, y metiéndola otro ejército en el Rosellon, ocupando una plaza de mucha consecuencia y otros puestos, lugares y poblaciones en aquel Condado; guareciendo en Italia, si bien allí con poca fortuna, no sin reputacion, cosa que tenia suspenso los juicios y los ánimos de los mayores hombres, pareciendo que aquel Rey se queria alzar con el imperio del mundo, no siendo señor más que de un Reino solo; y últimamente se habia levantado con la opinion y la gloria de soldado belicoso, con el esplendor de gran Príncipe y con la majestad de Rey. Finalmente, si bien habia hecho este año proezas de consideracion, no más que por la prudencial atencion de un valsallo (cuando acá nos sobran tantos, y ninguno para adquirir estos mismos honores y aplausos á nuestro Príncipe), si bien en lo de Italia no habia podido arribar á los principios con que comenzó á enseñorearla, habia aumentado su ejército, alentando á los soldados á desempeñar las prendas muy encarricidas del Piamonte. Estado, por la virtud de la Duquesa, su hermana, á su devocion y debajo de su mano, muy á propósito para sojuzgarla con los sudamentos adquiridos, aunque tiránicamente, del Monferrato, para conseguir el Milanés y luego el reino de Nápoles. Hallábase, no obstante, la duquesa de Saboya, tomado lo mayor y mejor del Piamonte, un ejército del Rey católico sobre su casa, y dos Príncipes de ella, mal ha-

llados con su gobierno por haber dado entrada en aquel Estado y en sus tierras á los franceses, que lo destruían y talaban: reclamaba al hermano, pedíale sus fuerzas, y aún llamábalo en persona para que la viniese á restituir á sí y á sus hijos en lo que ántes tenía. El cardenal de la Valeta se hallaba orgulloso como acrecentado, y el marqués de Leganés esperaba nuevas gentes y socorros para conservar y adquirir, no contentándose con lo hecho, y ni más ni menos aquellos Príncipes y capitanes, sino que querían acabar de embestir el Piamonte y pasar á la toma de Turin. Esta desconfianza hacia á la Duquesa entrar en pensamientos de entregar al rey de Francia, su hermano, las plazas de Montillano, Susa y Carmañola, no para que se las defendiese, sino para que le quedase algo en el Piamonte: pedíale socorro, y el francés mandó al duque de Longavila, que con las tropas que estaban destinadas para acometer el Condado de Borgoña bajase al Piamonte á juntarse con el cardenal de la Valeta, para hacer allí vivamente la guerra á los españoles y recuperar las plazas perdidas.

Pasó el ejército Real y se puso sobre Santian para ir sitiando el Casal de Monferrato, que era el más formidable pié que el francés había cogido en Italia, y de mayor cuidado, y desahabamos ante todas cosas desarraigarle de allí. Era el castillo de Santian fuerte, mas no tenía víveres para ocho dias, pues el largo progreso de la guerra de este año los había consumido. Publicóse la venida del duque de Longavila á Italia, y corrió muy vivamente la voz de sus aprestos para todo el Piamonte. El príncipe Tomás y el cardenal Mauricio proponian al Marqués Gobernador que el ejército marchara hacia las plazas más cercanas y hacia los Alpes, por donde había de ser su tránsito, porque no corriese riesgo con la venida de los franceses, si bien aquellos pueblos estaban de mejor ánimo para recibir á sus Príncipes que á los aliados: ventilábase la presa de Santian para las cosas del Casal de Monferrato y poderlo á su tiempo subprender mejor; pero los más advertidos decían se saliese al paso á los franceses y se procurase hacer el esfuerzo posible para que el duque de Longavila no

se juntase con el cardenal de la Valeta, para que no ocupasen las plazas que la duquesa de Saboya les quería entregar, porque, conseguidas, quedarían señores de la campaña y de los pasos de la Saboya para Borgoña; que estrechándolos en Piñarol sería incomodarle y les faltarían los bastimentos para poder sustentarse, y sin país en que poder hacer resistencia; que de lo contrario, dejándoles entrar en el Piamonte y en sus plazas era dividir aquel Estado y recaer en él una guerra peligrosa, y áun para el Estado de Milan dañosísimo.

Estaba el marqués de Leganés á esta hora falto de gente por la larga campaña de este año, por las plazas ganadas y por la guarnición que había puesto en ellas, por las rotas que se habían dado á los franceses, por los muertos, heridos y fugitivos. Por esta causa no se resolvía á ponerse en el confin del Piamonte, ni alargarse tanto del Milanés ni de las plazas ganadas, ni á exponerlo todo al trance de una batalla. Era su ánsia asediar el Casal de Monferrato, y atendía muy bien, porque aquel es el mayor cuidado y de más importancia que puede haber en los Consejos de Estado y Guerra; si bien con la toma de Santian se dejaba aquella plaza imposibilitada de socorro. Había quien también dificultase la empresa de Santian, y no obstante de la flaqueza de gente, se reconocía por fuerte, y el terreno no á propósito para encaminar las baterías de fúgna para hacer trincheras, y sin agua para poderlas mantener. Salieron cinco mil españoles de Cartagena en navíos para Milan: sobrevinotes una calma tan pesada que les detuvo veinte dias sin navegar un paso, ni arribar á una parte ni á otra, y como traían los bastimentos tasados para los dias que habían de tardar, habiéndolos consumido todos en la dilacion de la calma, estuvieron para morir de hambre; tardanza que tenía al Marqués no poco suspenso y acorrajado para proseguir en los accidentes y acaccimientos del Piamonte. Además de esto la gente de Nápoles y de Sicilia procedía con remision; pero la providencia de Dios quiso que á esta hora se encontrase un socorro con otro, por que las escuadras de aquellos dos Reinos, acompañadas con

las galeras de Florencia, viendo navíos surtos y parados, llegaron á ellos cuando la angustia y flaqueza eran tan grande que aquellos miseros españoles ni aún no se podían valer de las voces, de las acciones del cuerpo ni de las manos; finalmente, se valieron de lo que pudieron, y reconocidos de los napolitanos, sicilianos y florentinos, llegaron y entraron en los navíos socorriéndolos y dándolos de lo que traían, con lo que los pudieron reparar y restituir á la vida; y reconociendo que era socorro para Milan y que llevaban sus mismas derrotas pasaron parte de aquella gente á las galeras, y parte de ella llevaron á remolque. Finalmente, llegaron á Génova, de donde se tuvo este aviso y que saltaron en tierra casi difuntos, el marqués de Leganés avisó que se ponía en duda si podrían servir tan presto: llegaron dos mil napolitanos y algunos sicilianos, con lo que el Marqués sacó los soldados viejos de las guarniciones y suplió la falta con aquellos; y llegaronle otros quinientos españoles que se rescataron en la Provenza, de los que prendieron las galeras de Francia el año pasado, cuando se encontraron con las nuestras, por trueque de algunos franceses y 44.000 florines.

Reforzados á esta hora ambos ejércitos, el marqués de Leganés consintió en el sitio de Santian, afirmando los escuadrones y los puestos á lo largo; y el cardenal de la Valeta volvió marchando para socorrerla, casi á los linderos y términos de Asti: opúsosele el Marqués Gobernador sin desamparar la plaza. Estaban los franceses de la otra parte de la Dora, á poco menos de siete millas; y hallándose Santian falto de mantenimientos y de otros socorros, rindió la cerviz á la fortuna de los vencedores. Era notable con estos sucesos la impaciencia y la congoja del cardenal de la Valeta y del marqués Vila, General de las gentes del duque de Saboya, por no poder hacer nada ni ascender á salir con algo que fuese de conoer á la Duquesa ni al rey de Francia, su hermano. Pasaron á Chivasso, y siguiéronlos el príncipe Tomás y el Marqués, y hallándolos fortificados y más numerosos en gente, no pudieron socorrer la plaza: se perdió Cognò, lugar

fuerte y de importancia; Villafranca y Niza se declararon por los príncipes de Saboya, no habiéndolas valido ocupar aquellos, porque acometiéndolas los franceses fueron rechazados. Porfió el cardenal de la Valeta con todo su grueso á recuperarlas, y defendiósele el cardenal de Saboya, avanzándose dentro. El príncipe Tomás y el Marqués quisieran que el Cardenal no se hubiera empeñado tanto; pero viéndole arriesgado, pensaron en el remedio y se resolvieron tomar la vuelta de Turin para arrastrar al Valeta y llevarle allá, sacándole de la infestacion de las plazas adquiridas; y alentado el príncipe Tomás de la resolucion del marqués de Leganés, con su parecer y con su acuerdo, como quien tanto deseaba meter los piés y las armas en aquella corte para concluir, tomando á su cargo la interpresa, adelantóse una noche con un trozo de caballería y algunos infantes; llegó á las murallas de Turin, atacó un pelardo á la puerta, y arrimando las escalas, no sin sobrada resistencia y sangre, la entró y se apoderó de aquella ciudad.

Refieren, que la Duquesa, asustada y fuera de sí, con poca decencia y aliño, se acogió velozmente en la ciudadela con alguna gente, casi sin poder llevar á sus hijos: en efecto, la hicieron salir, dejar la quietud de su palacio y domicilio, que es lo que acontece á los Príncipes por seguir la obstinacion de la guerra, sus codicias y ascensiones á Estados y Coronas que no les pertencen, que pierden sus casas y aventuran los suyos.

Señaláronse en esta entrada, el marqués de Caracena, D. Martin de Mojica y D. Francisco Tutavila. Fué este hecho tremendo para los poco afectos á la majestad de España, y de admiracion y asombro para aquellos que poco antes habian seguido diferentes semblantes y pasiones, y de ejemplo para los que se habian mantenido y conservado en la fe antigua, ver una Princesa, hermana de un Rey grande, salir fugitiva de su palacio, huyendo de la persecucion de sus cuñados por causas que se habian notado en el mundo de sedicion tiránica, y otras sospechas de atrocidades cometidas contra la vida del duque Victorio.

Llegó á esta hora á París la nueva del despojo de Laredo, y á la misma la pérdida de Turin, y discurriendo los franceses que con gastos tan grandes como habia hecho la armada se encontrase con efectos tan cortos como saquear una villa desarmada, sin gente y sin defensa, se heliese alarde de ella, viniendo á la misma hora la nueva de una faccion tan memorable conseguida por los españoles en la toma de una corte y la colonia de un Principado de los mejores de Italia, á quien no era, por la misma razon, equivalente la toma de Edin, tambien villa pequeña y no de tanta consideracion, cuando el asedio de Tionvila habia costado un ejército, pérdida de artillería y bagaje, muerte y prision de cabos y generales; persuadiéndose y anteviendo que habia de suceder lo mismo en Salsas, para cuya recuperacion se juntaban cabezas, dejando el Consejo, el gasto y los aprestos inútiles.

Con la pérdida de Turin, el vigor y fuerzas de los franceses descaecieron mucho en Italia y en todo el Piamonte, reduciendo á pocas plazas, como á Susa, Piñarol y Javes, y otras de muy poca ó ninguna consecuencia, y de la misma manera en el Monferrato; pero aquella del Casal era la que hacia desesperar y poner en mortales inconvenientes la esperanza, y el obligarlos á sacar los piés de ella, por su mucha fortaleza y por lo inexpugnable de la ciudadela, á quien se oponian tambien los vecinos y otras potestades, no queriendo de ninguna manera que la tuviese el rey de España ni que la sojuzgasen sus armas, y venian, y no se alteraban por esto, que la tuviese el francés y la hubiese tiranizado á la casa de Mantua, por sus mismas materias y porque los venecianos lo contradecian, habiéndolos por defensores de la viudedad de la Duquesa y del Duque, niño, en todo el Mantuano.

Fué la toma de Turin á 25 de Julio: quiso el príncipe Tomás embestir á la ciudadela, y aunque la halló fallida de víveres, que no los tenia para quince dias, no se hallaba con número capaz de gente para conseguirla; de donde juzgo yo que aquí comenzó á declinar por las fuertes instancias del Richelieu y nuevas ofertas; sin embargo, pasó adelante,

aunque tíbiamente: púsola alguna gente á lo largo; pero el Valeta y el marqués de Vila la socorrieron y reforzaron con la que tenia y la que habia quedado para guarda y conservacion de plazas y ciudades. Hizo Tomás meter en las cárceles todos los prisioneros franceses, que pasaban de dos mil, y acarrió á todos los vecinos de aquella corte para atraerlos á sí; obligándoles á tomar las armas contra los homicidas y tiranos: irritados de las insolencias de estos enemigos, aclamaban todos aquellos pueblos y paisanos la grandeza de España, libertadora en todo tiempo de los oprimos y alligidos.

Y valiéndose de sus artificios el Cardenal ministro de la Francia, hacia saber en secreto, por sus confidentes, al príncipe Tomás, que la resolucion que habia tomado en la salida de la Saboya y haber militado en Flandes debajo de las banderas católicas contra las del Cristianisimo, no sabia si le saldría á su propósito de inclinacion y de la fe que habia profesado á la Francia; que tenia á engaño en el haber vuelto á Italia con semejante designio, que otra cosa no habia sido su jornada sino haberle inclinado á ayudar á ctreugar las plazas del Piamonte y de su casa á los españoles, que ya las iban reteniendo; donde, avisados de los procedimientos de su padre y hermano, so las tomarian, y harian de la amistad comenzada venganza; y que esto lo podia entender con claridad, pues no le era permitido poner en las plazas que iba entregando guarnicion de piamonteses; que por ahí veria el lazo que se le iba armando; que hacia contra sí, contra su sangre y sobrios; que se habia deshecho de aquella enemicia á la sangre española y perdido el amor á la francesa; que el Rey cristianisimo no queria sino conservarle su casa, y que holgaria entender sus disencimientos para hacerle dar entera satisfacion; y no sólo esto, sino parte y gobierno en aquel Principado, para él y para sus hijos, quizás con más ventajas que las que podian hacerle en España; y que esto lo tenia negociado con la Duquesa, y aun que era él el interesado con ambos hermanos. Oyó esto el príncipe Tomás, y disimuló por entónces, y dió por respuesta, tenia su mujer y sus

hijos en España, que procuraría sacarlos y después obraría diferentemente. Placiéndole mucho cualquiera plática con los franceses; el Richelieu, por apretar la reduccion, cuanto no podia con él la procuraba con la princesa de Carignano, su mujer, en la corte de España, que como legítima y verdadera francesa y enemiga de españoles, alcanzó con ella cuanto quiso; y ella movía con cartas á su marido á que mudara de constelacion y de influencia, y á volver rostro á la Francia; persuadiéndole á que seria bueno pedir licencia para volver á Italia, ántes que, entendida otra cosa, se hiciese prenda de ella y de sus hijos; en que, al parecer, por lo que después veremos, consintió el Tomás; y ella dió á sentir en el Palacio del rey de España estar mal hallada y querer pedir licencia para volverse, aunque ahora con lenta solicitud. Aunque en lo público, haciéndolo saber los ministros de España al Tomás, éste hacia como que no venía en ello, y mandaba á la Princesa que por entónces no saliese; en lo secreto era el hecho muy diferente. Mas no dejó de entenderse la cautela por el Rey y los ministros, porque no se hacia con nécios, y estuvieron alerta; pero desconfióse que el tratado y la union pararía adelante, y que las cosas del Piemonte mudarían de forma, como de allí en adelante se reconoció en el proceder del príncipe Tomás. ¡De esta manera se guarda la fe en aquellos hombres, se pagan los beneficios y se agradecen los acogimientos!

Hallábanse los franceses sin vituallas, de suerte que de hambre y de miedo se iban desbandando muchos cada dia; los villanos de la tierra se habian encruelcido poderosamente contra ellos por las vejaciones y malos tratamientos que les habian hecho, y los andaban á buscar por el campo para tomar satisfaccion de ellos, y tambien por las ofensas cometidas contra los templos, imágenes y altares, pues siempre profesan la maldad de la secta de hugonotes. Adelantaban el marqués de Leganés y el príncipe Tomás sus tropas para ocupar los lugares vecinos. Habia hecho el rey de Francia bajar de Alemania á la Borgoña al duque de Beimar para que se juntasen

con las fuerzas que allí tenia, para acabar de destruir aquel antiquísimo Estado, patrimonio principal y primero de los Príncipes que despues fueron de Flandes y de la casa de Austria: venia mal parado de la rota que habia recibido del duque de Baviera; ocupó algunas plazas más: el rey de Francia queria que dejase las de Alemania: pero estos hechos y los de la Alsacia, particularmente con la toma de Brisac y los de las subpresas de Borgoña, en la que Beimar queria tentar en Bevila, país usurpado, hizo que el Canton de Auberania, como vecino á sus territorios, no dispusiese bien el ánimo de los esguizaros, ántes se juntaron en una Dieta á conferir los progresos del rey de Francia en las provincias referidas; los de la Lorena, los de Flandes, los de Italia y los de España, y dieron por aquí sus sentimientos al Rey, y que se adelantaba más de lo que convenia, y que por esta causa se hallaban bien reducidos á ponerse en defensa de los vecinos, y á llamar los esguizaros que estaban en su servicio y en sus ejércitos, por el menoscabo grande que se les seguia en las contrataciones y en los intereses por el embarazo de los pasos de unos para otros, y de una guerra general en casi toda la Europa. Finalmente, pudo el rey de Francia inclinar á Beimar, por su Embajador, que residia en tierra de Cantones, á que volviese á Alemania á continuar la guerra y á darse la mano con las cabezas de los suecos y protestantes; ofreciendo darles satisfaccion por el socorro de gente que pedia. Mas él respondió á esto quejándose de su fortuna; que no tenia del Rey más premio, ni más fortuna, ni otras ofertas, beneficios y honores, sino que sitiase, ó diviriese, sin darle jamás lo que habia menester; que se hallaba con muchas plazas que poner en defensa, y por otra parte amenazado y aun castigado del ejército del duque de Baviera, el que se juntaba en España y el de la archiduquesa Claudia en el Condado de Tirol para la recuperacion de la Alsacia: que si los suecos fuesen echados de Alemania, todas las fuerzas del Imperio cargarían sobre él y se vería rodeado de alemanes, sin auxilio, arrimo ni confederacion de Príncipe que le amparase; que no le asistiría la Fran-

cia, recatándose de los demas; que se hallaba falto de gente, pues la que tenia se la habian muerto en las guerras y con las enfermedades; que aquellas provincias y ciudades de su sótulo no se hallaban ya capaces de sustentarle; que habia gastado el dinero que tenia en proveer y resguardar á Brisac, Bonfelt, Lutceburg y otros puestos del Rhin; que daría en las manos del primero que quedase vencedor y señor de la tierra, y en un dia perderia lo adquirido en los años pasados, en tan largo tiempo y con tanta fatiga; que no le quedaba otro auxilio que su espada y el valor de los que le seguian. Procuró el Embajador de Francia aplacarle y componerle; y reparó algún dinero entre los soldados.

Estaban á esta sazón juntas las cabezas de los esguizaros, y casi todos aquellos Cantones en Bada, discutiendo, en el estado de la guerra que tenian aquellas provincias, sus vecinas, no llegase á calentar ni á encender en sus pueblos un fuego implacable y parase todo en ceniza, como estaba lo demas, pues ya se habian visto humores en el rey de Francia de ocupar el paso de la Valtelina, no sin gravísimos celos y digresiones que casi los habian hecho mudar de alianza: hallábase, pues, ahora para los demas impedida la navegacion del Rhin, para ellos de grandísimo detrimento y para sus haciendas, no pudiendo tolerar que les hubiesen embarazado la contratación de Brisac, ni que en la Borgoña se hiciesen los estragos que habemos referido: la Lorena, parte tomada y parte comprada con el dinero; tiranizados los pueblos en la Saboya, no distante mucho de sus territorios, y fuego en el Piamonte y en el Casal de Monferrato; doléndoles aún la ruina de Alemania y de Flandes, y las acometidas en España con ejércitos y con armadas, por la pretension al Imperio; aun que el rey de Francia les cerraba los pasos, les limitaba el alvedrío y la inteligencia de sus medras, haciéndose violento usurpador de la Europa, de los Estados y tierras de sus Príncipes, con lo cual la pretension de la liga por el Embajador francés no tuvo efecto, sino una tibia neutralidad para con Borgoña; y siendo lo que de nuestra parte se solicitaba, que

so opusiesen contra él y contra una guerra tan vecina á sus casas, concluyeron, sin más utilidad para nuestras materias, con protestar al rey de Francia y á su Ministro, que mientras prosiguiese la guerra en el Condado de Borgoña pasarían de neutrales á ser enemigos y á oponerse con las armas, no dejando hacer levas en sus ciudades y territorios.

Dejó el duque de Beimar á Pontalier y á Oyrguer, contra sus mismas conveniencias por ser pasos para sus empresas y políticas, y aún refieren que las quemó, contra la fe y la palabra que habia dado; revolvió con sus gentes y capitanes á la Alsacia, y sin hacer allí ni en Borgoña ningunos efectos militares se rindió á la muerte, y acabó con sus designios, ansias y temeridades de perseguir los dos Estados más esenciales del orbe, como la Iglesia y el Imperio. Libróse Alemania de este enemigo, cayéndosele á Francia una espada que militaba á su sombra, para investirle la Corona y la púrpura cesárea; uno de los más perjudiciales turbadores del sosiego comun; cayéndose por esta causa en no poca tristeza y desconsuelo. Era nieto de Federico, duque de Sajonia, que venció y prendió el emperador Carlos V en el paso de Alvis, por haber tomado armas contra él, haber dejado la Religión católica por consejo y falsa doctrina de Lutero; causas que obligaron al César á deponerle del Estado y del título de Elector, y dádo-sele á un hermano suyo, en quien hoy se conservan las dos dignidades, y en sus sucesores. De aquí se ocasiona en esta era juntar esta memoria con la de otros mal contentos del Imperio; siendo el conmovedor atrocísimo de estos hechos el arte y el ingenio del cardenal de Richelieu; el arte y el ingenio, como digo, para alterar aquella grande y nobilísima provincia con todas las demas, para dárselas al rey de Francia con la Corona sobre que tanto se ha apasionado y porfiado, y que no la podido conseguir. Creyó sacar de aquí, si el francés se llevara el Imperio, ser restituído en el Ducado de Sajonia y en el Electorado; pero todo ha sido humo, y con su muerte no vió Borgoña este año los aprestos de armas y máquinas de guerra que los pasados, porque los sucesos

felicísimos de Italia, conseguidos en Piamonte contra los ejércitos franceses, les construyeron y forzaron á sacar los que tenían allí debajo de la conducta del duque de Longavilla, y los arrastraron á donde no fueron de afecto, como de la misma suerte el que se tuvo en el Ducado de Lutemburgo por el encarrecido valor del conde Picolomini, desvaratando los designios de Beimar, que fueron los que bastaron á dar principio á su muerte.

Viendo el rey de Francia y su Ministro el miserable estado que sus ejércitos y capitanes tenían en Italia, y cuán fallidos de fuerzas se hallaban, y que ellos no las tenían para envíaselas, y que los del rey católico eran los que tenían el imperio sobre los suyos, procedieron á la hora con la industria, valiéndose del artificio, y enviaron á la duquesa de Saboya y al cardenal de la Valeta sus instrucciones para que con el gobernador de Milan, el príncipe Tomás y el cardenal Mauricio se las propusiese y tratase unas treguas ó suspensión de armas; no con otro fin ni más saludables motivos, ántes que para el sosiego y quietud de Italia, para volver á rehacerse de gente, armas y dineros para proseguir la misma injuria y desolación de aquellas tierras, y afirmarse en ellas con la impía codicia de enseñorearlas y quitarlas á los legítimos y naturales poseedores; con no más excelente ni verdadera virtud que de dominar el mundo y ascender á la última y más suprema potestad sobre los vivientes. Con estas órdenes enviaron al marqués de Leganés y á los dos hermanos, Mauricio y Tomás, á proponer, de parte del Rey cristianísimo y de la duquesa de Saboya, si querían admitir y dar entrada á una tregua ó suspensión de armas: fueron oídos, y tratóse primero con esta ocasion, de nuestra parte, de una paz firme en Italia, y despues general y universal en el mundo, á que ellos rehuían el cuerpo; no siendo aquel su intento, sino dar tiempo al tiempo para obviar el peso de la guerra, esperar más gente y rehacerse para recobrar lo perdido. El estado que nosotros teníamos, si bien era próspero y dichoso, era ventajoso; pero tambien habia necesidad de gente por la que

habia muerto, huído y enfermado, la que ocupaba la plaza y puestos grandes; y no habia dado poca vanidad á nuestros cabos la subpresa de Turin (así la hubiera querido mantener el príncipe Tomás); y tambien querian reposar un poco de la fatiga y continuo afán de la guerra, y tambien poseer con algun sosiego y esperar los mismos remedios que los franceses solicitaban, la gente, el socorro, el dinero y los demas aprestos; no habiendo podido llegar á concluir una paz firme y verdadera, ni de fundamento, sino una suspensión de armas flexible y ambiciosa. Finalmente, ellos dijeron al Gobernador de Milan y á aquellos Príncipes, si tenían poder y autoridad para hacer una tregua ó suspensión de armas por tiempo limitado, y respondió el Gobernador que sí (parece era consejo del Tomás, y que le habia dado á los franceses para suspender nuestros progresos). Sin embargo, supusieron y pidieron tiempo para hacerlo saber al Rey cristianísimo y al Ministro, sin cuya voluntad ya se sabe que no se hacia nada; pero claramente se les veia que era oficiosa y cautelada esta diligencia, porque no procedia de ignorancia y sin aviso de Paris, y no más que á los fines referidos y á no tener con que proseguir la guerra, y dar tiempo á Tomás para su mudanza y sacar las prendas que tenia en España; do quien si hasta ahora no se habia visto nada, no faltaban buenos juicios que lo discurrían por la inclinacion y por el natural; y cometido contra el agradecimiento y beneficios recibidos de España. Sin embargo, se confirió entre nuestra gente; cada uno dió su parecer, y aunque hubo algunos que no le aprobaron, se dieron causas para poderlo admitir, por respirar un poco, porque la larga campaña, si no tenia domados los corazones, tenia quebrantados los cuerpos de nuestra gente, que era sin embargo muy poca; y aunque los franceses revolieron despues con mayor ímpetu y más orgullo, habia quien decia que no habian de hacer ellos lo mismo, prosiguiendo en las mismas fortunas en que los habian aventajado: veíanse los terminos de los franceses, áun en su misma causa y en su misma petición, indirectos, varios, confusos y ambíguos, no

dejando libertad para creerlos, sino ántes lo advertido, por lo que mucho fué lo que se debatió de nuestra parte.

Finalmente, teniendo los franceses licencia de París para capitular, D. Diego Mejía se rindió y abrazó la tregua ofrecida por los franceses, por no más número de sesenta días, sin dar cuenta al Rey católico, al Ministro ni á los Consejos de Estado y Guerra, por los poderes ámplios que tenía en el gobierno y manejo de las armas, con el parecer de algunos, aunque no todos, si bien hay opinion que el príncipe Tomás no vino en ella, al ménos así se paliaron los unos y los otros; pero de acá se tuvo por yerro verosímil para la reputacion y honra á que habian llegado nuestras armas en Italia, cuando se fallaba en Flandes, y pudieran apretar á que se hiciese universal la paz, no consinténdola de otra manera; aunque le hubieran persuadido no poderse tratar de ella ni de tregua sin haber entrado primero en alguna suspension de armas: y aunque esto fuese así, las empresas conseguidas en el Piamonte, y tan recientes, pedía no admitir descanso ni darle á los enemigos, ántes fatigarlos, molerlos y dar calor á la expulsion de aquella nacion, consiguiendo quizá se concluyera la restitucion de las plazas de Flandes, de la Lorena, de Alemania y otras ciudades que despues, y en breve tiempo, sacó el príncipe Tomás á los franceses, volviendo la casaca; pero á todo esto se cerró los ojos, y capitularon de ambas partes en esta forma:

Capitulos que se hicieron entre las dos Coronas de España y Francia sobre la suspension de armas en Italia, entre Madama la Duquesa de Saboya y los Príncipes de ella, desde los 14 de Agosto hasta los 24 de Octubre de este año, y sobre los lugares del Piamonte que han de quedar á la disposicion de cada una de las partes.

«Las tierras del territorio de Aste, entre el Póo y el Tanaro, hasta las tierras del Monferrato, quedarán á la disposicion de los Serenísimos Príncipes, comenzando desde Santa

Ena, Casanova, Ternalas, Páloreno, la Mota, San Damian y San Gobon hasta el Tanaro, juntamente con San Estóban, en el cual lugar ninguno se alojará, y la venta que está de esta parte del Póo quedará neutral; y todas las tierras de la parte del Charasco y Carmañola quedarán á la disposicion de Madama: todas las tierras del territorio de Aste, de la otra parte del Tanaro, á la parte de Niza de la Palla y de las Langas quedarán asimismo á disposicion de los Serenísimos Príncipes, comenzando para ir de Aste á Zeba, Castillon, Calozo, San Estéban de Verbo, Casano, Casto, Mombere y Molazano; Zeba y Castano quedarán neutrales; y todas las demas tierras de la parte de Alba, desde las tierras arriba escritas hasta el Tanaro, quedarán á disposicion de Madama; y asimismo queda ajustado, que el dicho Casano y la Riva de Casano quedarán neutrales para el paso desde Alba á Rovio y Besne: las tierras de Ecuá, ya junto de la parte de la montaña, quedarán asimismo á la disposicion de los dichos Serenísimos Príncipes, comenzando desde San Mignol, Visanova, Moroco, la Margarita, Montaner, Casteloto y Cuneo, para ir desde Cuneo á Rebe-lló, quedará á disposicion de los señores Príncipes; y el lugar de Carde quedará neutral para el paso; y para ir tambien desde Cuneo á Bronco y valle de Matra, Vernez y Corafia, quedarán de la manera referida á la disposicion de los señores Príncipes; y todas las tierras fuera de las susodichas de San Miguel, la Margarita y las demas nombradas, que están á la parte de Benofosano, Savillano y Saluzo, juntamente con el valle de San Peire, quedarán á la disposicion de Madama, con lo restante de las tierras del Piamonte; y todas las tierras de Ibrica, Amase y Douase, Alaflet, por la parte de la montaña, que quedan entre la Dora, Valeta y el rio Horeo, quedarán á la disposicion de los Serenísimos Príncipes; y para ir desde el dicho lugar de Maso á Erin, Folizo y Leyoni, quedarán neutrales para el paso, juntamente con Borgaro y Sestimo para ir desde la ciudadela á Turin, á Chivasso; y todas las demas tierras desde Maso á Chivasso, y desde allí á Flot, y juntamente con las del rio Horeo hasta Susa, quedarán

á la disposición de Madama, como tambien Cimena y su contorno, San Rafael y Castanetro, y por el valle de Sanzo, comenzando desde el dicho lugar, quedará libre sin alojamiento alguno; solamente contribuirá á la gente de la caballería de Madama que estuviere alojada en Vin, para que pueda el dicho valle proveer y llevar víveres á la ciudadela de Turin, adonde podian los moradores del dicho valle llevar á vender los víveres como les pareciere; y se ha acordado que en las tierras de la abadía de San Benigno no se aloje persona alguna, si no fuere de paso; y en las tierras de Venasco, Erollasco, Colleno y Ultesano ninguno se alojará, ni tampoco se alojara persona alguna cerca de cada una de las plazas, así de esta parte como de la otra, en que haya presidio junto á ellas, dentro de los dos meses; y prosiguen:

»Habiéndose juzgado necesario que para facilitar las proposiciones hechas entre Madama y los señores Príncipes de Saboya, y por evitar la ruina del Piamonte, se hiciese una suspensión de armas entre las dos Coronas y entre Madama y los señores Príncipes, así en Italia como en todos Estados, de S. A. de Saboya, ha sido acordada la dicha suspensión para la quietud y bien público, y en consideracion de los buenos oficios hechos por Monseñor el Arzobispo de Santa Severina, Nuncio Apostólico por parte de Su Santidad; hasta 24 de Octubre próximo de este año 1639, para poder avisar á SS. MM., y dentro del dicho tiempo haber respuesta de su voluntad, durante el cual tiempo cesarán las hostilidades de todas partes, y esto con las condiciones siguientes:

»Que la ciudadela de Turin quedará en poder de Madama y de los franceses, como hoy se halla, y la ciudad de Turin en poder de los dichos señores Príncipes de Saboya, como al presente está y con el número de gente que se hallare á proposito para la guarda de dichas plazas: los unos y los otros podrán trabajar en las dichas plazas durante el tiempo de dicha suspensión, ó como ajustaren entre los que fueren para ello señalados, y como se podrá ver por las conveniencias hechas y firmadas: este mismo día, los dos ejércitos se retirarán, cada

uno á la provincia y tierras de su partido, y en sus plazas, como más particularmente ha sido acordado, y ajustado por otra escritura de la fecha de ésta, sin que se hagan correrías ni hostilidades algunas; y aconteciendo alguna contravencion se reparará el daño dando satisfaccion á las quejas que sobre ello se dieren, sin que por esto se siga rotura alguna de la dicha suspension.

»Que en las plazas ocupadas por las dos Coronas y por Madama, así como por los dichos señores Príncipes de Saboya, los Ministros, ni una ni otra persona del un partido no podrán sin pasaporte ir á las plazas del otro partido, ni entrar en los ejércitos, ni tampoco en los lugares donde fuero acordado que ellos se retiren.

»Y en cuanto al Casal, quedarán las cosas en el estado que al presente se hallan, sin que haya hostilidad alguna de una ni de otra parte.

»Podrán los Mariscales de campo, los Ministros de justicia y hacienda y los demas oficiales de los ejércitos de S. M. cristianísima, de méuos calidad, ir y venir á la dicha plaza del Casal y á las demas plazas del Monferrato, donde la Majestad cristianísima tiene presidio, como tambien los que fueren enviados por los Generales, Ministros de S. M. cristianísima, ó del Gobernador, ó de otra persona que gobernare la plaza de donde ellos salieron; los cuales pasaportes serán, así á la ida como á la vuelta, vistos por los Gobernadores ú otros que gobernaron las plazas ocupadas por S. M. católica y por los señores Príncipes de Saboya, estando obligados á dejarlos ir y volver libremente sin molestia de la una ni de la otra parte.

»Los oficiales que fueren del dicho presidio del Casal y de presente están en él, y los que entraren en él mediante la dicha suspension, estarán obligados á salir ántes que ésta se acabe, segun la órden que para ello les será dada por los Gobernadores de la dicha Majestad cristianísima, so pena de que los oficiales que contravinieren á esto serán tratados como quebrantadores de dicha suspension y de este tratado.

pus, y en Niza, Saboya, seis despues: entendiéndose que desde hoy, los ejércitos que están en Turin no podrán hacer ninguna hostilidad, de una ni otra parte, á cualquier lugar que sea, y habiéndose hecho se dará satisfaccion.

«Para en cumplimiento de lo cual, los infrascritos se han obligado y obligan con buena fe y con toda sinceridad, y en fe de ello han sido firmadas dos copias, la una en español por el Serenísimo Príncipe Tomás y el Excmo. Sr. Marqués de Leganés, y la otra en francés, por los señores Cardenal de la Valota y el Duque de Longavila, á 4 de Agosto de 1639.»

Firmáronse los capitulos de una parte y otra, el príncipe Tomás y el marqués de Leganés, el cardenal de la Valota y el duque de Longavila, que en nombre de la Duquesa dijo las aprobaria. Y esto hecho, siguieron los franceses su natural condicion en mentir y en no guardar la tregua ni ninguna cosa de lo tratado, como quien entendia á Tomás, haciendo la Duquesa lo mismo, porque á la sombra de la cesacion de armas metieron en la ciudadela de Turin todos cuantos bastimentos y municiones pudieron, y gente de secreto, y esto no habia que dudarlo, que para eso se hizo el arbitrio, digno de reparo por el marqués de Leganés y los otros cabos, como se imposibilitó despues el poderla tomar, y Turin no se pudo conservar con aquel seguro que era necesario; y el príncipe Tomás perdió, ó quiso perder aquella corte y ciudad el verano del año siguiente, sacándose de las manos.

Finalmente, por más que sacó fortificaciones afuera (como se verá en su lugar) la perdió, y tambien mucha parte de la esperanza que tenia de enseñorear el Piamonte; si bien decia que el marqués de Leganés no le habia querido socorrer, y él que no lo habia querido mantener; con lo que entraron todos en discordia, aborrecimiento y desunion, dándole á sentir la princesa de Caribia en la corte de España al Rey y al Ministro; con que se comenzó á entrar en quiebra con la solicitud del Richelieu: lo mismo hicieron en el Monferrato, con la misma permission, por asegurarle de las sospechas por

«Los enfermos y heridos del ejército de España podrán ser libremente llevados de Turin al Estado de Milan, por el Pío, con los pasaportes que se darán por el que gobernare la ciudad de Turin, juntamente con los que llevarán á los dichos enfermos y heridos, con sus bienes y bagajes, enseñando los dichos pasaportes á los gobernadores del Casal y del Chibasso; y los barqueros podrán volverse hácia Turin con sus barcas vacias, en que hubieren llevado á los dichos enfermos, sin que tengan necesidad de otros pasaportes más de los que hubieren enseñado á la ida, los cuales volverán á mostrar á los dichos gobernadores del Casal y Chivasso á la vuelta, sin molestia de una ni de otra parte. Y en cuanto al presidio del dicho Casal, podrá renovarse hasta en cantidad de seiscientos hombres durante la dicha suspension, sacando de allí otros tantos en presencia de un Comisario de cada una de las partes.

«Podrán los Ministros de S. M. cristianísima hacer sacar de la dicha plaza todas las demas cosas que quisiere, y hacer las llevar donde le pareciere. Los prisioneros de ambas Coronas, por esta vez serán trocados, capitán por capitán, y los demas oficiales por oficiales de la misma calidad, y soldado por soldado; y en caso que haya mayor cantidad de prisioneros de la una parte que de la otra, serán libertados pagando por rescate un mes de sueldo con las costas, excepto los Coronales, cuyo rescate se ajustará particularmente entre los Generales. Y en cuanto á los prisioneros de guerra que están en poder de Madama y de los señores Príncipes de Saboya, del uno y del otro ejército de las dos Coronas, tendrá lugar la misma convencion escrita en el capítulo antecedente; y en cuanto á los demas prisioneros que son de Madama ó de los señores Príncipes, se trocarán unos por otros, y si hay más de la una parte que de la otra, se tratará de ello particularmente entre Madama y los dichos señores Príncipes.

«Y con los dichos capitulos ha sido acordada la dicha suspension, comenzando desde el presente dia hasta 24 de Octubre de este año de 1639: la cual comenzará en Turin el dia de su fecha, y en el Piamonte y Monferrato cuatro dias des-

los muchos puestos que habíamos ocupado en torno de él, apoderándose de muchas plazas que ántes no tenían.

Mas el Marqués, reconociendo la astucia y el trato inconstante y comun de los franceses, imposibilitó el que se hiciese el truco de los seiscientos hombres en el Casal, como se habia capitulado; y esto, entendido por el cardenal de Richelieu, se exasperó y lo sintió, y escribió una carta en pocos renglones al Marqués, llena de artificios, simulaciones y engaños; lo primero, cubierto con las pieles de la malicia, se entró por ella alabando al Marqués, suspendiéndole con la lisonja y los colores retóricos, dando á entender que de orden suya se hubiese impedido el trueque, y que entendia remover para obligarle al cumplimiento: defendia á la Duquesa por no haber hecho la ratificación de los tratados y haberla enviado luego que supo que no la habia recibido; y en la mudanza de las guarniciones de Susa y Avillano interpretó los capítulos como no le embarazase á su parecer; esforzó sus razones y pensamientos con el ejemplo de lo que hicieron los españoles en Niza, calificólos con otro; arguyendo de caso más apretado; mostrando que el arresto que ellos dieron en Turin contra la duquesa Cristina era de naturaleza en todo diferente, cobrando contra ello un partido con el otro; y despues de haber mezclado todos los términos cortesanos y ambíguos en la carta para persuadir y vencer, reservó á lo último los ódios para atemorizar, y despues los mitigó con no más de insinuarlos dulcemente, como de mano de tan grande artífice; y ya avisando, ó pronosticando, ántes que amenazando, los daños que se seguirian de no guardar lo concertado.

El Marqués tenia en su apoyo y en su confianza tantas y tan grandes razones que presentar, que si bien fué urbano igualmente en el modo y en las palabras, decia que daba las gracias á su Eminencia de lo que le alababa, y más de la buena opinion que tenia de los Ministros de S. M.; y que siendo él el primero le engañaba su gallardía, haciendo demostracion de su prudencia, y que se alegraba mucho haber de tratar esta materia con Ministro tan grande y de tanto valor,

con lo que se facilitaria la paz y el cumplimiento de todo; que la ratificación de Madama se habia prometido con limitado tiempo, y que no se habia cumplido dentro de él ni recibidola en el tiempo prescrito; que aunque se le hubiese hecho como se prometió aguardando, como dijo, órden del Cristianísimo; habiéndola pedido ellos, como era notorio, que esta cláusula no cumplida venia á excluir á Madama de la suspensión, incluyéndose en ella el rey de Francia; hallándose obligados por esta ocasion á dividirle de los intereses de su hermana, y á reconvenarle que á los Ministros de aquella Majestad, en rigor, hubiesen faltado á su obligacion no quitando las armas en todos los lugares en que las tenia en apoyo de Madama; porque habiendo tregua con el rey en Italia no podian defender las de sus enemigos: que de aquí se podia considerar cuál fuese la falta del cumplimiento en lo concertado con haberse entrometido en las plazas de Susa, Abilano y Gabor, como si fuese lo mismo mudar presidio y el transferir la posesion, y fuese compatible el tener tregua y el mejorarse con la ganancia de tres plazas; cosa que, aun cuando la Duquesa hubiera ratificado la capitulacion y hecho de dos partidos uno sólo, no se podia defender que no fuese rotura; mayormente que no se admiraba que su Eminencia pasase en silencio lo de Gabor y aquella plaza, porque no hallando razon, ni verosimil ni aparente, para defender la ocupacion de las plazas, disimuló la noticia mientras de ella habia conocido el Gobernador, ántes de la tregua, con carta suya, firmada por los capitanes, y hecho reconocimiento de la guerra, de los príncipes, Cardenal y Tomás; y lo que en contrario traía su Eminencia como semejante: que se hubiesen introducido españoles en los presidios donde estaban piamenteses, no haberse ni aun practicado, que si se hubiese tratado seria muy diferente; haciendo el Rey, su señor, con los Príncipes un solo partido, cuando el de Francia y la Duquesa formaban dos: la plaza de Niza era verdad que trocó de dueño; pero fué mucho ántes que se capitulase la tregua: mas los franceses, haberse mejorado despues debajo del castillo de

Villafranca, y contra lo expresamente capitulado, era notorio haber faltado á la fe y á la religion del juramento: que el arresto publicado en Turin no fué acto de hostilidad, y que se podia hacer contra la Duquesa, con quien no se tenia suspension de armas: que su Eminencia debia ponderar el haber los Ministros del rey de España guardado la tregua como si se hubiera ratificado, cuando los del Cristianísimo la habian roto; y que en cualquier caso el defecto de la ratificacion cerraba la puerta á los más sofísticos ingenios para no poner en duda las faltas de una parte y las finezas de la otra, que le excusase su Eminencia si no le agradaba en la peticion: que el oficio de buen Ministro era, no sólo guardar lo concertado, sino tambien hacer que se guarde, porque no podian ellos remediar los inconvenientes, ó darse por entendidos de otra manera: que impedir el trueque de los seiscientos soldados en el Casal tenia su enmienda, y que este artículo tampoco le estorbaria cuando la Duquesa la ratificase y el rey de Francia dejase las plazas que sus ministros y capitanes habian ocupado: que para el desempeño pasaria en breve con el ejército, no apretándolos con tanto rigor que no les diese algunos dias de tiempo más despues de la tregua, para corregir el desacierto. Acabó con agradecimiento el Marqués la carta, que estaba llena y colmada de cortesias y lisonjas, á propósito de no faltar á ninguna de las obligaciones del decoro de la república de las armas del Rey católico en Italia, ni dejándole de obligar por venir en algun acuerdo de concordia para la reparacion de su paciencia y de sus Principes, y aún hasta á los que se mostraban más parciales, deseando recogerlos á todos en un lazo y en una union, aspirando á la tranquilidad pública.

A esta hora llegó D. Luis de Alencaster con los tratados de Madrid: descifráronse las cartas para el Rey y para el mayor Ministro, y para los Consejos de Estado y Guerra, y despues de leidas y consideradas hicieron notables demostraciones de sentimiento sobre este hecho y de haber dado orzjas á una cosa semejante, cuando era tiempo de reducirlos á los franceses á la salida de Italia, con las victorias conseguidas y plazas

ganadas. Fueron muchas las voces que dieron y los extremos sobre el caso, acusando al Marqués de desacertado en que hubiese, estando tan ventajoso, concedido tregua á los franceses (y asian de aquí), dándoles tiempo para armarse, y no con otro fin que para volver con más brío y más gente á la guerra, introduciendo tiempo donde no habia de concedérselos un instante. Esto se decia en público cuando aún no teniamos conseguidas tan árduas empresas de que podernos alabar ni jactarnos; porque á Flandes, que era donde se habia de haber hecho mayor esfuerzo, se iba haciendo la guerra poderosa — mente y se le reducía con durísima obstinacion y perfidia de los enemigos á su total ruina y desolacion, que es la que se ha de ocasionar á lo demas de la Monarquía. Hablábase públicamente de este hecho en la Corte, particularmente los políticos y estadistas; quién culpaba, quién defendia: sin embargo, no parecia de poca admiracion que á los franceses, que estaban en tan alta fortuna y reputacion, se les hubiese traído á tiempo que nos pidiesen alguna concordia, cuando por ningun camino se les habia podido obligar á la paz, ni la querian admitir si no es quedándose con lo tomado en toda Europa, y ni aún de esta manera la querian; deseando ver el fin de nuestras prosperidades y acabada la majestad que nos dejaron nuestros Principes: quién, si bien defendia al Marqués que la hubiese admitido, quizá por la misma falta de gente y fatiga de los soldados, como los de los enemigos, ya cansados de tan larga campaña, aunque victoriosos, tantos sitios, tantos asaltos y subpresas, cosa que á ellos no dejó de causarles y aún doblar el odio de que se hicieron tantos ascos en España de haber concedido una moderada tregua. Finalmente, el mayor Ministro, por la gravedad y peso de su condicion le reprendió ásperamente; culpó y cargó que hubiese dado una imaginacion de tregua ni de reposo á los franceses; y en sus cartas, con pesada nota, decia que él no era para tan gran manejo y regencia como el de Gobernador y Capitan general del Estado de Milan, ni para mandar las armas del Rey en Italia, ni ser cabeza de ellas; mas que donde se habia

hecho tanto bien hacían muy poca mella las pesadumbres, habiéndole dado tan grande escudo para reparar, ó escudos, que le sobraban defensas para muchos denuestos y calumnias. El tiempo era poco y tan limitado (y estaba ya tan á los umbrales el invierno), que la tregua concedía á los unos y á los otros, para tomar aliento de las fatigas contraindas. El Marqués dió oídos á ella y la admitió por ver si podía sacar alguna esperanza para las demas y para los ciudadanos que afligian y amenazaban ruina. Esto se decía en público; pero en secreto quién sabe si holgaron de ello por alfojar la cuerda del arco: las razones que militaban por la una y otra parte ya las hemos referido, y el ceño que se mostró, falso ó verdadero; pero afectoso que la jornada de D. Luis de Alcañester no fuese muy favorecida, ni avisaron al Marqués que pasase adelante con ello: consintieronla, y Dios sabe si la tomaran por más tiempo que por lo que se capituló gran parte del Piamonte y lo más principal debajo de la mano del Rey Católico, de sus armas y de los príncipes de Saboya, no sé aun todavía si con gusto suyo, aunque salieron á ello; pero en lo que aquí se habla de hacer más reparo, es en que se dió tiempo á todos y al príncipe Tomás para entrar en nuevos acuerdos y mudanzas.

Con la posesion que los franceses tenían tomada en la plaza del Rosellon y con la presa de Salsas se iban extendiendo por aquel Condado, ocupando lugares y puestos á su satisfaccion, haciéndolos contribuir forzosamente, y ejecutando otras ofensas y estragos sobre los catalanes, indignos de hacer memoria de ellos, por los ejemplos tan nefandos que se cometian en tierras tan fieles: quién decía que habian llegado con las correrías hasta los Obisposados de Solsona y de Urgel, cometiendo robos y otros maleficios, haciendo ultraje enormísimo á las iglesias, imágenes y lugares sagrados. Los catalanes habian conducido hácia aquella parte, y á la frontera de Perpiñan, casi dos mil infantes con alguna caballería, debajo del gobierno del conde de Santa Coloma, Virey y Capitan general de aquel Principado; pero con tanta suspension y tardanza, sin darles

cabos ni capitanes, que mal sufridos del rigor de la campaña, y del estar fuera de sus casas, muchos se desbandaron y volvieron á ellas; con que los franceses crecían en brio y en esperanza de ser señores largo tiempo de aquella tierra, sin embargo de que el castillo de Perpiñan y fortaleza les hacia caer en desconfianza de conservarse ni afirmarse en ella, y los hacia tener á raya. Eran, pues, por esta causa los catalanes ultrajados de poca consistencia en un caso tan de sus puertas adentro y que tanto les tocaba, y quo era causa suya: quisieran que hubieran acometido á los franceses y echádolos de aquel Condado. Decíanlos que eran cobardes, gallinas, y aun pasaban más adelante, pues los culpaban y llamaban traidores, poco fieles al Rey, á la patria y á sus obligaciones. Ellos se disculpaban y daban en escritos sus defensas; y de las calumnias que so les imponian, como se dirá; recreciéndose de aquí, y lo de los años pasados y de los principios de las Córtes, para lo de adelante, materias perjudicialísimas á la seguridad del Estado, tanto, que anunciaban rumores pesadimosos, sangrientas connoçiones y discordias dificultosas de extinguir y de apagar. Ibase juntando nuestra gente muy despacio tambien, por el largo camino como va de Vizcaya y Navarra, que para el marqués de Mortara, de Torrecusa y el duque de San Jorge, su hijo; la de Aragon, Valencia y Castilla, que conducia Juan de Arce; la de Módena, la dal Tolonés, con sus cabos, y de otras partes, con lo que se dió prisa al marqués de los Balbases y se le pusieron paradas de coches en el camino para que llegase y recobrase á Rivas Altas, sitio fuertísimo y en colinas muy elevadas y eminentes, pero de ninguna consecuencia, y sin embargo de la dilacion desochar á los franceses del Condado, desalojarlos y resarcirlos de Salsas. Habia, con la poca gente junta y los pocos catalanes, algunos reencuentros entre unos y otros, con pérdidas, ya de una parte ya de otra, y tambien sobre querer ellos ocupar los lugares y defenderse los nuestros: no obstante, procedia todo con remision por la falta de gente. La que habia llegado de Navarra pidiendo alojamiento á la villa de Perpiñan, se les

dencó y vinieron á las armas sobre ello, con escándalo público de todo el Reino: hubo en esta refriega muchos heridos y muertos de ambas partes, meliéndose todo aquel Condado, así de los enemigos como de los forasteros y naturales, en una guerra civil y prolija. Decían que se espantaban mucho de que una nación de tanta honra, valor y nobleza, y que en todos los acaecimientos, así antiguos como modernos, habia dado tan buena cuenta de sí y señalóse en las armas y en las otras buenas partes, no sólo en la propia tierra sino en las extranjeras, en lo que tanto les importaba no saliesen á ello cumpliendo con las obligaciones que les corría, ántes que volvian las espaldas á la defensa y á la impugnación de los franceses que tenían dentro de su casa; ántes volverse y volver las armas contra aquellos que los venian á defender, negándoles los alojamientos, tan debidos á su misma conservación, no tomándolas contra los ofensores; que insinuaban por aquí el natural perverso de su condicion, con aborrecimiento público á los castellanos; que lo hacian de intencion, no queriendo atender como era justo al servicio del Rey, á la honra de la patria y de la nacion española, haciéndose pusilánimes, flacos, cobardes; que todos habian dejado la campaña, no quedando en ella sino algunos pocos nobles. Estas quejas de los nobles, introducidas en los oídos de los catalanes y en la ciudad de Barcelona, y que pública, aunque indiscretamente, los llamaban traidores y los vejaban, y los amenazaban nuestros ministros, hizo dar sus disculpas al Rey y á ellos en este papel:

«Don Juan Grao y Monfalcon, agente del Principado de Cataluña y Síndico de la ciudad de Barcelona, en nombre de los Diputados del General del dicho Principado de Cataluña dice: que la exorbitancia del agravio que los Diputados del General y de él han padecido ante V. M. y sus Ministros, con nota de poco diligentes, de remisos y tибios en la ocasion más viva, en el trance más fuerte que se podia representar á la injusticia, ó á la obstinacion, ó á todo, con la invasion de las armas de los franceses por el Rosellon y Cerdeña, trance si

doloroso, inevitable la defensa, y forzosá si apresurada la satisfaccion; como no hay ojos para llorar cumplidamente este desercéitio, no hay desahogo para desembarazar desnudamente sus empeños injustos; que cuando en los malos sucesos se busca el culpado, suele ser la desdicha del que sirvió más, y ménos atendida su defensa: no se representa á V. M. la fidelidad, diligencia y gusto con que en ocasiones mayores sirvió este Principado á los señores Reyes, progenitores de V. M., porque no se pretende soldar lo que dicen que se dejó de hacer ahora con lo que se hizo otras veces, ni se pretende exajerar lo que se ha hecho, ni la brevedad con que se ha hallado, porque se pelea por Dios, por V. M., por la patria y por el honor de la Nación, galardón que trae de contado en singular cada cosa de estas; ni se desea manifestar que hoy se ha hecho todo lo que otras veces, y que si es forzoso mucho más, á vista del riesgo y al calor de los deseos de rebatirle y de servir á V. M.

» A las primeras noticias que tuvieron los Diputados de los designios franceses, salió la Diputacion á la prevencion del peligro: trataron luego vivamente de una leva á cuenta del General, y para que fuese numerosa como se deseaba, y aventajada á las que entónces se hicieron, y que se juntasen más brevemente, sobrepusieron y resolvieron dos cosas; que los oficiales se eligiesen de entre las personas de más valor, prendas, obligaciones y amigos, para que asistidos dispusiesen los ánimos de muchos y advocasen así más copia de soldados; y que las pagas y sueldos creciesen considerablemente.

» A las villas y universidades de la provincia que tenían mandamientos para prevenir á las armas y con quien se trataba de la designacion del número de los soldados que cada uno podria alistar, dieron dichos Diputados tanta copia de armas, que los mosquetes y arcabuces pasaron de diez mil, sin descuidar por esto de reservar á mucho número de ellos para los que, ménos apresurados y de resolucion más tardía, se podian ofrecer á la militia.

» Y porque no pudiesen faltar armas con que proveer á los soldados, aunque el número excediese lo imaginado, die-

ron orden para que á costa de la generalidad se fabricasen nuevas armas, mosquetes, arcabuces y picas, y lo mismo se dispuso acerca de las municiones, pólvora, cuerdas y balas, con lo que brevemente se consiguió el intento; de manera que han faltado soldados á las armas y no armas á los soldados.

«Supose la entrada de los franceses, y cesando el embarazo de la disposicion del capítulo del Rederec del año 1599, domingo, 12 de Junio, hicieron enarbolar el estandarte de San Jorge, tocar cajas, dar pregones, esforzando la leva con el nombramiento de Teniente coronel, Sargento mayor y Capitanes, que con sus oficiales lo solicitaron apresuradamente; y porque á este tiempo la ciudad de Barcelona, declarada ventajosamente en el servicio de V. M., como acostumbró en semejantes ocasiones, con incansables fatigas y gastos sin limitacion, buscaba y solicitaba soldados para sí, y se hacian otras muchas levas por otras muchas ciudades y villas del Principado; y para facilitar y crecer el número de soldados, los Diputados ofrecieron y dieron á cada soldado 40 reales más de ventaja de lo que daba á los suyos la ciudad; diligencia con la que en trece dias fué efectiva de seiscientos hombres, sin los de la primera plana: con lo que á 19 de Junio se podía despachar toda esta gente al ejército que se juntaba en Figueras, con orden expresa de que se agregasen á él, y asimismo de que fuesen recibiendo todos cuantos soldados se ofreciesen en el camino y se pudiesen buscar, como lo hicieron; y así, cuando llegaron á la villa de Figueras, plaza de armas del Condado, se contaron ochocientos soldados.

«Hácese ido continuando la leva, porque siempre han estado y estarán las banderas de la Diputacion enarboladas, recibiendo, sin limitacion de número, todos los que han querido alistarse, y buscándolos para la lista con ruegos y dineros, mas vista la dificultad de hablar gente, así porque al mismo tiempo hacian esto Barcelona y las mismas Universidades de la provincia, como porque los naturales de las fronteras que corren desde el castillo de Valencia hasta Rosellon, que son más de treinta lugares, están atendiendo á la defensa de su

tierra, previniendo las invasiones de la gente del conde de Boran, que se teme ha de acometer por allí; tomaron los Diputados por arbitrio, no atendiendo al gasto aunque pudiera, sin embargo, lo ejecutó de las rentas de la Diputacion, que como tiene sus réditos y los derechos del comercio, y estos han cesado con la desunion de Francia con España, está todo consumido y sin remedio. Ofreciéronse 420 reales de ayuda de costa á los que se alistasen debajo de sus banderas, cebo que en veiníen dias pudo juntar ciento veintinueve soldados, que conducidos de D. Jacinto de Ibarra y Lanza, capitán de la compañía de estudiantes de la Universidad, y despachados á 13 de Junio, están allí con los demas. Esta continuacion de la leva delibéraroula los Diputados con consulta y parecer de los más ejercitados de la milicia: se juntó otra compañía de mosqueteros, que ejecutado luégo, fué su número de ciento diez, y se envió al ejército; y se va continuando con la leva.

«Estas tres levas y remisiones de soldados han sido diligenciadas con tantas veras y con tanta vigilancia, en tiempo tan breve y tan sin limitacion del exceso de la costa, que parece que se hace dudar por muchos, lo que la pasion ó la calumnia, ú otra luz, pretende oscurecer con nombre de poco y tarde. Lo cierto es, que sin mucha diligencia y mucho gasto no se pudiera haber juntado tanto número de soldados en medio de tantas levas, donde á un mismo tiempo obraba el orgullo, la amistad, la competencia y el interés: á doce mil llegó su número, y estos efectivos, que están hoy en el campo pagados, armados y municionados por cuenta de los Diputados, ciudad de Barcelona y otras ciudades, villas y lugares del Principado; y es, sin duda, que el descao de los Diputados ha sido y es tan fervoroso en el servicio de V. M., á pesar de la más mal intencionada emulacion, que si á costa de sus haciendas y vidas pudieran multiplicar el ejército á innumeros tropas, las enviáran, ofreciéndolas al servicio de V. M. de muy buena gana á este empleo, sin reservar nada á la comodidad del vivir, ni á los deseos de su conservacion. Y así, los dichos Diputados suplican á V. M., que pues el Principado

ha servido en la ocasion presente con número de soldados tan copioso que pasa de doce mil, como se ha referido, y ejército no fantástico ni de sólo nombre como otros, sino verdadero y real, y que pocas veces le pudo juntar una provincia sola, y por esto mercedora de la Real atención de V. M., y de el acuerdo de sus favores, sin los muchos caballos y aventureros que con sus amigos se han ofrecido, y sin los que de los Condados de Rosellon y Serdaña ha juntado esta invasion tan numerosa, que con los doce mil de Cataluña pasaron todos de veinte mil, y unos y otros alentadamente, ganosos de ver la cara al enemigo, y probar con él las fuerzas, sea V. M. servido de que no se entorpezcan ociosos, como hasta aquí, ántes bien se les conceda licencia para defender liberalmente la patria, como la han hecho otras muchas veces, rechazando á estos mismos enemigos con ménos defensas y gente, como se lo promete hoy, con el favor de Dios y con el de tantos valerosos auxiliares. Duéxase V. M. de los suspiros y ansias que sobre las molestias de la campaña les tienen de costa, y el ver por otra parte destruir la patria los enemigos que tantas veces han venido y ocupado las plazas y fuertes, saqueado y quemado los lugares abiertos, profanado los sagrados templos, robado lo más precioso de los santuarios, ultrajado lo más venerado de las imágenes; y, por otra parte, y lo peor de todo despues de mal admitidas las obligaciones, el valor de estos y fuerzas, atadas las manos á la defensa de todo por falta de órdenes; y sobre todo, que no les valen las instancias que por instantes hacen al Capitan general sobre el punto de pelear; y lo que no es ménos sensible, ver desfavorecida la opinion adquirida en tantos siglos, con tan ilustres hechos, continuados con tanta frecuencia y señaladas hazañas y victorias; sonbrando al número el valor y á la multitud los esfuerzos. Por falta de órdenes y de cabos parecen los soldados en la campaña, y los enemigos son los testigos de su afrenta y menoscabo de su reputacion.

»Por lo cual suplican á V. M. humildemente, que atendiendo al crédito y honor de aquel su Principado, y á que no

prevalezca contra él la envidia y la calumnia, que han deseado, por respetos apasionados, reducir la lealtad á mengua de valor, la obediencia militar á encogimiento bisoño; sea servido de mandar informarse de todo de personas desapasionadas, para que ya que no alcancen lo que les prometia su diligencia y su lealtad, que era que V. M. se diese por bien servido, no pierdan el consuelo de que V. M. quede enterado de que le han servido cuanto han podido, y de que como deben le han de servir siempre, con todo el afecto, con toda diligencia, con toda fidelidad, no atendiendo en esto tanto á la defensa de sus mujeres, hijos y haciendas, como á la de un Reino, de un Señor tan amado y de un Monarca tan temido.»

Daban sus disculpas los catalanes á las calumnias que les imponian al cuidado de sus aprestos y de las levadas de gente, y parecia que este memorial insinuaba más lo que podian hacer para cualquier trance, en que pareco que entraban presumidos, ántes que á descargarse de sus culpas; pero no eran admitidos, ántes desdenados y mal afectos, siempre motejándolos de traidores: voz que hizo en lo de adelante no sólo extremecer aquel Principado y hacerle tumultuar y deseslabonarse del Señor, sino, consiguientemente, hacerse un Reino de todas maneras importantísimo, que fracasó al peso de la misma injuria, indigna de caer sobre el rostro de vassallos tan encarecidos, de tanta calidad y grandeza de ánimo, ni que hombre humano se aireva, y éste, áun con falta de seso, á imaginarla, cuanto más á arrojarla de la boca. Á las instancias que les hacian de que saliesen á la defensa, dijeron que aquel Principado era muy corto y de moderada calidad para oponerse cada año al opósito de un enemigo tan poderoso como el rey de Francia; palabra que les cogieron despues cuando no quisieron admitir guarniciones ni defensas de Castilla, que ya que confesaron que no podian, por qué no recibieron las que eran en su favor y conservacion del Principado, y que se les daban á costa del Rey; ó bien que ellos cumpliesen con la promesas referidas en tantas instancias, de que

ellos solos sin ayuda podían defender la tierra, y que saldrían á los enemigos y los echarían del Principado.

Refirieron que era tan grande el odio que tenían á los soldados castellanos, que en toda aquella plana del Rosellon, cuando los veían salir al campo apartados de las tropas, en la soledad los arcabuceaban y mataban, y que de esto se hallaban muchos cadáveres entre las peñas, y que se supo de un catalan que de esta manera habia muerto treinta ó cuarenta castellanos.

Ibanse extendiendo los franceses por la tierra, discutiendo por ella libre y licenciosamente: acometieron á un lugar puesto á dos leguas de Salsas; acuchillaron una imágen y á un Cristo, y arrastraron el estandarte del templo.

A 17 de Julio tuvo el Rey aviso de la llegada de los galeones y flota de las Indias (que ya es menester hacer memoria de esto, lo que no se hacia en la era pasada por no sentirse tan grande dificultad; tesoro que no servia á los propios que le conquistaron sino á los extraños y extranjeros, porque como entran las barcas por el Andalucía salen para Génova, y fuera más acertado labrar la plata en España y pagarlos en ella, como lo hicieron los reyes Don Felipe II y III, porque la resultara alguna utilidad, y de lo contrario se deja argüir que es causa eficientísima de su notable necesidad; habiendo pasado más de diez ó doce años que ninguna casa de moneda del Reino labra un real de plata, sino la de Sevilla, y esa por el interesado que ha obtenido con el valimiento las rentas de la labor de aquella casa); é iba ya llegando la gente á Perpignan para tentar la recuperacion: reforzó el Rey con galeras y con navios toda la ribera, ó parte de ella, de Cataluña, desde Colibre á Barcelona. Pasó allí el duque de Maqueda y Nájera, y D. Carlos de Ibarra, con armada, y éste por Almirante, con merced de título y oferta de otra, acabada la guerra del Rosellon; pero la muerte lo atropelló todo, sin dejarle gozar la plata que habia traído de las Indias, porque estas son las riquezas humanas, que cuando más prósperas entónces nos desvanecemos como humo, y pára todo, y se resuelve en ceniza.

Los cuidados de nuestros Ministros eran siempre vigilantísimos en prevenir el riesgo en que estaba metido el Condado de Rosellon; y descansando divertir el curso de los franceses y acortarlos los socorros, se discutió si seria á propósito tomarles algun lugar en el territorio narbonense. Provinieronse algunas galeras, y dieron órden para ver y descubrir á Veguera, si era á propósito para el intento, para fortificarle y hacer á los franceses algun estorbo á la posesion de Salsas y hacérsela dejar, y sacarlos del Rosellon. Pasó allí el marqués de Villafrauca: hallóle corto y de ninguna consecuencia para la faccion; quisieron huir los vecinos, é hizo el Marqués llamarlos y detenerlos, asegurándoles del miedo, y díjoles que las armas del Rey católico no entraban ni molestaban los lugares abiertos: con lo que les dejó y se volvió á Barcelona, avisando al Rey y á los Ministros que no era empresa en que se podia fundar esperanza de diversion.

Estaba ya junta toda nuestra gente en el Condado de Rosellon, en número de veinte mil infantes y tres mil caballos, para acometer á los franceses, tomar el castillo y echarlos de la tierra: con lo que, reconocido por ellos, por el principe de Condé, el duque de Laina y los demas cabos, no con poco recelo y aun mucho miedo del ejemplo de Fuenterrabía, y de otra tanta infelicidad, comenzaron á recogerse y estrecharse á los contornos de Salsas y dejar los lugares del Rosellon, y prevenir sus cosas, ó para quedar ó para huir. Pusieron en la plaza dos mil infantes y quinientos caballos, y por Gobernador á Mons. de Espernan, soldado muy aventajado en valor, prudencia y consejo: pusieron en Opolí y Tartaud quinientos hombres en cada puesto; y todos los demas se atrincheraron alrededor del fuerte, resueltos á esperarnos y aguardar el combate.

A 4 de Setiembre marchó el ejército con mucha y muy lucida gente, de mucha nobleza, caballeros, hijos-dalgo de Castilla, Aragon, Valencia, Navarra y de los demas Reinos, que pasaron á señalarse. A esta hora comenzaron á marchar en busca de los franceses, ocupando los puestos que les iban dejando; el

marqués de Torrecusa, á quien se cometi6 la primera acometida, como en Fuentesblanca, sali6 con tres mil mosqueteros escogidos y dos mil caballos de Rivas Altas, donde estaba nuestro ej6rcito, y hecho frente de banderas, y marchando á Salsas y afrotándose á las trincheras, acometi6 á los franceses, que estaban repartidos en algunos puestos; los desaloj6 6 hizo retirar más adentro á unos reductos y fortificaciones que tenian pegados á la plaza, haciendo que muchos de ellos desamparasen sus cabos y que se entrasen huyendo por la Francia, metiéndose por las trochas y pasos angostos de aquellos montes. Sigui6 al de Torrecusa todo el resto del ej6rcito, y el día 21 amaneci6 á vista de Salsas. Tom6 casi todos los puestos de afuera y siti6 todas las fortificaciones del enemigo por todas partes; pero embarracada nuestra gente, y descosos de combatir, á la mitad de aquel día embistieron todos con tal ardor y denuedo, que pusieron á todos los franceses en huida, acorralándolos en la plaza, si bien á muy pocos de ellos, porque el príncipe de Condé y el duque de Luina pasaron á salvarse á Leocata, si ya ántes no lo estaban por la desconianza de perseverar allí, y esperar más de lejos el ímpetu y el golpe de nuestros españoles. Señáláronse este día muchos cabos, particularmente el marqués de Torrecusa, el de Mortara, Juan de Arce, los valones y modeneses, y otros muchos hombres principales, de suerte que ya tenian rodeada la plaza; pero el cabo que estaba adentro, no desconfiando de defenderla, y aún de deshacer allí nuestro ej6rcito, púsole cuatro ataques más el enemigo con todo lo que pudo, y su gente abrió trincheras para entretenernos y cansarnos por de fuera, dándose á fiar que el tiempo, que ya se prometia riguroso, estaba sobre nosotros, y que habíamos de sufrir mal la consuelacion y consistencia de aquel aire y de aquel campo, y en un clima y cielo riguroso, donde el hielo, la nieve y los vendavales habian de ser nuestros enemigos, no de otra suerte que las balas, los ingenios y artificios que nos habian de tirar y arrojarse continuamente; faltos de todos los forrajes, leña y árboles para cubrirnos en una campaña pelada, y de du-

rísimo terreno para abrir trincheras y abarrancarse, como lo reconocieron todos. Hacían los franceses sus salidas y acometidas á nuestra gente: sin embargo, eran rechazados por el marqués de Mortara y Juan de Arce, por ser hácia sus cuarteles, retirándolos al foso y aún desalojándolos de allí; de suerte que les dieron avilantez para avanzar á ellos y encerrarlos segunda vez en el castillo, como lo hicieron, sin esperanza ó muy poca de hacer salida; pero los franceses, usando de sus estratagemas y artificios, hicieron algunas corraduras alrededor de la plaza y comenzaron á fabricar seis minas y tres hornillos para volar los cuarteles y otros puestos que les hacían embarazo, y con ellos todo el ej6rcito, y teniendo ya todo aprestado y lleno de barriles de pólvora, acometieron una salida falsa, para que esperánderos y embistiendo nuestra gente, dar fuego á las minas y volarlos á todos y acabar con el sitio. Arremetieron, pues, por todas partes, y haciendo los franceses su retirada fingida y siguiéndolos de veras, dieron fuego á las minas; pero no aprovecharon, pues volaron los hornillos y no fueron de efecto: con que, resguardándose los franceses del fuego y los nuestros siguiéndolos á viva fuerza, llegaron á la muralla, alojáronse en ella y comenzaron á picarla por tres partes, encaminando algunas máquinas y otros ingenios que proseguían con fortuna, si bien recelosos del tiempo que los habia de desayudar con los malos temporales y las muchas lluvias. Valiéronse de la pólvora de algunas minas que quedaron inútiles, adelantándose en el foso los españoles con ánimo de minar el muro; avisaron de Esperman el estado que tenia y el apricto en que se hallaba al rey de Francia, al cardenal Richelieu, al príncipe de Condé, su General, encerrado en Leocata, y al duque de Luina, Gobernador de la provincia de Languedoc, y diéronse todos á la diligencia de socorrerle. Juntaron un ej6rcito de infantería y caballería, y llegaron á la vista de Salsas á tiempo que el ej6rcito católico aún no estaba bien cercado de trincheras, con recelo de poderle entrar por no ser el terreno á propósito para levantarlas ni abrirlas; pero nuestra gente les

esperaba con las armas en las manos y con ánimo intrépido de rebatirlos: llegaron al recinto ó circunvalacion delincada, aunque no defendida, y rechazáronlos haciéndolos volver con desmayo y desconfianza de poder hacer faccion considerable; y hubiera sido muy posible, si no lo estorbara nuestra gente, haber entrado por las partes más flacas, abierto portillo y socorrido las plazas. Valtaban los bastimentos, y los soldados tenían sobre sí la inclemencia del cielo, expuestos á las heladas y las nieves: sin embargo, acudían todos vivamente á la expugnacion con máquinas y con ingenios; pero decia el marqués de los Valvases que todo cuanto se podia hacer de galerías y otros artificios no habia con que hacerlos, ni materiales con que obrarlos; no tenia minadores ni instrumentos con que hacerlos, y aún era de parecer se levantasé el sitio; cosa que el marqués de Torrecusa y el de Mortara no lo podian sufrir. Habia dentro de la plaza, si bien la constancia del Gobernador era invariable, no mucha necesidad ni falta de lo necesario; descolgábase los franceses de las murallas, que cogidos de nuestros soldados y llevados á los cabos y á los Generales, los examinaban del estado que tenia; decian no haber qué comer en ella para diez dias, que moria la gente de hambre y mostraban el bizocho mohoso, deshecho en polvo parte de él; con cuya confianza, así en el ejército nuestro como en Casilla, se dieron á fiar que la rendicion seria breve, y así no se hacia de nuestra parte demostracion alguna, ni se trataba de tentar la plaza ni de embestirla, remitiéndolo todo al tiempo y al hambre que pelease por ellos para evitar el derramamiento de sangre y dar algun alivio á los soldados en una campaña que ya tenia sobre sí la aspereza del tiempo, sin tener ni un árbol ni una tabla con que cubrirse.

Volvió otra vez á sculirse nuevo socorro y nueva avenida de franceses á porfiar y á resarcir nuestra gente: enfermaban los soldados con la destemplanza del aire: pasaron diez dias sin hacer los de la plaza movimiento ninguno, con que se tenia á engaño y estratagemá efectuada por soldados echadizos para hacer confiar ó descuidar demasiado á los Generales y volver

á tentar fortuna con otro ejército, ó deshacer allí el nuestro, expuesto á las necesidades del tiempo ó á las calamidades de la tierra, porque los catalanes totalmente habian desamparado las banderas, sin enviar un socorro á los sitiadores: con que de hora en hora crecian las calumnias y el llamarlos traidores, foragidos y otras palabras no ménos feas que estas. Atribuíase la constancia de Mons. de Esperman á ostentacion, y alabábase de buen soldado: algunos de los cabos y oficiales de más valentía y coraje, y aún casi la mayor parte de la infantería blasfemaba de la paciencia de los Generales, y querian que se embustiese la plaza, y aún que se hubiera llevado por fuerza y concluido, y no esperar á que la hambre lo hiciese, y más cuando se podia presumir engaño del exámen de los que afecciaban hacer fogá, sino venir á las puñadas, á las balas, á las picas y á las espadas, y cada dia daban voces sobre ello. Reconocida la tardanza y la persistencia de la plaza, y que se habia reducido al sufrimiento y á proceder con demasiada en la paciencia, pedian los soldados, para poder cubrirse y esperar, tablas, vigas y otras cosas, y pidiéndolas á los catalanes, y diciendo ellos que no las tenían, pasó el conde de Santa Coloma, Virrey y Capitan general del Principado, á los lugares vecinos, y comenzó á destejarlos y quitóles lo que tenían; irritando de nuevo á los catalanes contra los castellanos, dejándolos puestos á la ira del tiempo y cubiertos de injuria para lo de adelante y convirtiéndola en venganza, como sucedió. Finalmente, cubriéronse é hicieron casas y barraeas, formando un nuevo lugar y colonia en el recinto, y redujéronlo á término más breve y cerráronse en él; levantaron mayores y más gruesas trincheras para esperar á los franceses y tendir la plaza con la porfia y el teson de la esperanza.

El marqués de los Valvases, con su natural condicion, flaqueaba y decia no ser posible tomar la plaza por este año, por el tiempo recisimo que hacia, y porque el Mons. de Esperman debia de tener dentro sobrados bastimentos, y que esperar tantas veces á los enemigos y sus socorros, podría ser que alguna se torciese la fortuna, se arriogase todo y se perdiese

aquel ejército, siendo mejor retirarlo á Perpignan y á puestos más fuertes, y conservarle para el verano siguiente, y acrecentado, sería más posible conseguir la rendición. A esto, dicen, se juntaron los cabezas, dando todos sus pareceres, unos en favor y otros en contra del Marqués: el de Mortara y Torrecusa persistieron en que se porfiase y se concluyese la facción, que no se esperase al verano, pues era muy verosímil revolver el rey de Francia más poderoso, y ser muy contingente pasar adelante en la disipación del Principado, y no estar nuestro ejército entero ni socorrido, ántes menoscabado y sin fuerzas para hacer opósito. Con lo que aquella resolución prevaleció por el parecer de Mortara y el Torrecusa; y entendido esto en el Consejo de Estado de Castilla, los alabaron y esforzaron al marqués de los Valvases á perseverar en la expugnación y en la consistencia de causa tan importante.

Habíase separado el ejército de los franceses, en Flandes, en dos trozos: el uno, á cargo del marqués de Castillon; y el otro, al de La Millere. Hizo opósito el infante D. Fernando al primero con el conde Picolomini; y al segundo con el marqués de Fuentes.

A 4 de Agosto intentó el enemigo pasar la ribera del Volburgo por el Casar de San Nicolás: opúsose la gente que estaba á cargo del marqués de Fuentes; adelantose D. Andrea Cantelmo con sesenta mosqueteros; cobaron puente y pasaron de la otra parte, donde estaba el enemigo emboscado, formando sus escuadrones, y empuñando con esto al marqués de Fuentes, trabó con ellos la escaramuza réciamente, de suerte que obligó al Marqués á socorrerle porque le vió muy apretado y cercado de los enemigos. Fortóse el Marqués con todo valor, siéndole forzoso: andando mezclado entre ellos, dos que al parecer daban muestras de ser gente noble, le embistieron con sus pistolas por la espalda; advirtiéronsele, y volvió con la suya y mató al uno y el otro escapó, y á cuchilladas mató á tres que le querían prender, desembarazándose con gallardía de todos é hiriendo á muchos; lo que fué de aliento para los demas, oponiéndosele y refrenando el orgullo de los france-

ses, que eran sin duda ninguna más numerosos que los nuestros. Con este mismo ardor y coraje se avanzó con dos tercios peleando pica á pica, y haciéndolos retirar con pérdida de mil hombres, y alguna de nuestra parte, como de doscientos hombres entre muertos y heridos.

Concluida la facción reprehendió el Infante con palabras de suavidad al marqués de Fuentes, y despues á Cantelmo por haberse arrojado, pues hubiera sido muy posible perder el ejército y la campaña.

El príncipe de Orange, que á todo estaba, y sobrado de avisos por sus espías, deseaba tambien obrar algo en aquella ocasion y divertir nuestras fuerzas á la sombra del confederado y protector, y para esto corrió con velocidad á embarazar el paso de Gante, á lo que acudió el conde de la Fera, caudillo de valor y vigilancia. Fortificóse al contorno de la Filipina, y mal hallado allí por no poder salir con nada para arrastrar parte de nuestro ejército, con aquella segunda ánsia, despues de la codicia de Amberes, marchó á la empresa de Gueldres. Siguióse el Infante á largas jornadas; y afrontado en aquella plaza, le retiró en lo más bajo de la noche de aquel día; con afrenta suya y pérdida de gente. Dió vista S. A. á Eimbergue y quiso cargar á Ults; pero sacándole de allí y de sus motivos el príncipe de Orange, y desembarcando en el Poldre con resolución de ocupar aquellos puestos, sin embargo de ser rechazado por el conde de Fontana, no le perdió de vista S. A. y le necesitó á desamparar sus propósitos, no dejándole salir con ninguno: con que despechado de no poder hacer nada en este año, aunque el rey de Francia le soliciaba á que tentase grandes cosas para ejecutar las suyas; pero el Orange, siguiendo sus materias, se halló obligado, al parecer, á obrar tíbamente, entendiendo la falsedad con que campeaba el vecino, habiéndoselo olvidado el sitiador, por no verte tan cerca ni tan poderoso, armado y fornecido, y señor de la tierra; recelando accidentes que son muy posibles de acontecer aún á los más sabios y estadistas, y á los mayores soldados y más encarecidos en hechos y en opinion.

Corrían las fragatas de Donquerque aquel mar Océano germánico, pasando con velocidad hasta el Canal de Inglaterra; encontraron la armada de Holanda, en la que se contaban veintinueve buques de guerra; diéronla caza, y recibíendola los nuestros, y con las fortunas de aquel mar y el arte de nuestros pilotos las separaron; y en aquellos rumbos encontraron una flota de siete zumacas y una charrúa, convoyados de dos navíos de guerra, el uno de treinta piezas, las catorce de bronce y las demás de hierro, y el otro con veintiseis: fueron embestidos y rendidos los dos, y con toda la flota entraron en Mardique: acción digna de memoria y de premio, pues navegando una armada tan poderosa en aquel mar, y enseñoreándose con notable arrogancia los holandeses, con que los parecía que tenían asegurada la contratación, les sucedió perder tan grandes y gruesos intereses, que se valuaron en 800.000 florines.

Miércoles, á las diez y media de la mañana, á 10 de Agosto de este año, se quemaron doscientas cuarenta arrobas de pólvora á la puerta de Fuencarral, con daño de algunas casas, muerte de tres niños y tres mujeres: presagio que predecía rumores de guerra en España, que apenas la dejaron descansar en cien años.

Felipe y Maximiliano, hijos de los Emperadores Fernando tercero y Maria, murieron en Viena en un más espacio de tiempo que de ocho dias; el uno el dia de San Pedro, y el otro á 7 de Julio: hallábase en aquella sazón los suecos y protestantes más poderosos que los imperiales en el reino de Bohemia, á las puertas de Praga y señores de la campaña, haciendo instancias al Emperador para que pasase á allá el conde Piccolomini con alguna infantería y tropas de caballería del País-Bajo.

Portábase Mons. de Espernan, gobernador de Salsas, con grande sufrimiento en el asedio que tenía sobre sí, sin dar muestra alguna ni señal de rendirse: con lo que el marqués de los Valvases, más que otro cabo alguno, mostraba la impaciencia de asistir allí; no los faltaba á los demás la cons-

lancia; pero quisieran que aquel tiempo que se gastaba ocioso y en materias de Guerra y Estado, se empleara en pelear. Afligia mucho el tiempo á nuestra gente, y molestábales con perpetuo hielo, nieves y frios, y lo más continuo las lluvias, que eran pesadas y menudas: no faltaban enfermos y no sobaban los basamentos; con lo que muchos soldados se desbandaban y huían desamparando el sitio. Escribía al Rey y al mayor Ministro cuán á pié que estaba aquello de acabarse, no el sitio sino el ejército, y quedar el francés por este año señor de Salsas; y además de esto pedía gente, menestrales, artificios y otros instrumentos, más para dificultar que para proseguir. Y en estas demandas y respuestas, aunque lo animaban, por esta causa persistía en mantener el sitio unas veces, y otras alojaba por los imposibles que cada día sobrevenían. El marqués de Mortara y de Torrecusa perseveraban en no hacer ni venir en cosa tan sea; pero, compuestas las controversias de los venecianos y el Turco, como lo avisó en la corte al Rey católico el embajador Contarini, se dió orden al duque de Maqueda y á D. Carlos de Ibarra, Almirante de aquella armada, que con toda la gente que tenían, que sería hasta cinco mil hombres, artillería, municiones y bastimentos, pasasen al sitio de Salsas con ellos y se incorporasen con el ejército. Hizolo el Duque; echó gente en tierra, y ordenada la llovó, resuelto á servir en aquella guerra con una pica y como soldado particular: ejemplo que alentó mucho á los desmayados, y los confirmó en la confianza de persistir, que así no en todos, la había en algunos. Faltaban víveres y forrajes, y los lugares vecinos no los tenían ni era posible esperarlos de su poco caudal é inclinación: los mayores, como Barcelona, cerraban las orejas, y á éste seguían los demás, pareciéndoles que habían dado cuanto podían y que lo demás era supurarlos con tanto ó mayor rigor que los enemigos, y excusábase á las importunaciones, que eran siempre continuas y generales: con que no los podíamos curar de ser desatentos y pusilánimes, culpando á su condicion. Estaban, pues, aquellos destochos y quemados de la ira y rigor de los franceses, de

los días que los ocuparon: la necesidad hacia crecer la desesperación por la poca prontitud y diligencia que se hacía de Castilla: supieron esta falta los reinos de Aragón, Valencia y la Isla de Cerdeña, con que en muy breve espacio se vió aquello muy mejorado.

Estaba nuestra caballería debajo de Salsas, y avisaron que en un castillo de Francia, puesto en aquella frontera, se habían juntado forrajés y víveres por los enemigos, sin bastante defensa para guardarlos, para algún asalto repentino sobre nuestras trincheras; lo cual, reconocido por personas de cuenta, por espías y corredores, con parecer de los Generales se dió orden al duque de San Jorge, hijo del marqués de Torrecusa, que con ochocientos caballos y quinientos mosqueteros corriese con velocidad á quemarlos: fué el Duque; y sabido por los enemigos, que siempre estaban sobrados de centinelas, lá salida de nuestra gente, encaminaron hacía aquella parte, puesto en batalla un grueso de caballería, de mayor y más superior número que el nuestro: el duque de San Jorge envió la infantería á tomar los puestos y los pasos, y asegurar la retirada por si acaso había más número de gente. Concluido esto, aquel jóven valiente, y en los primeros años hecho soldado con el admirable ejemplo del padre, embistió la caballería y desordenóla con muerte de muchos franceses, y volvió victorioso al ejército, aplaudido de ambos Generales, marqués de los Valvases y conde de Santa Coloma, y de los demas cabos y capitanes.

A esta hora venia marchando con gran brio el socorro de Francia que tanto se nos había encarecido y de que tanto se había hablado, y era opinion que se componía de veinte mil soldados entre infantes y caballos, haciendo demostracion del disño, más en pompa que en valor, porque de la opinion sola querian hacer levantar el sitio, como si los españoles hubieran tenido alguna vez miedo de los franceses. Ordenáronlos en la-cidos escuadrones, haciéndolos descender por una colina, esparciéndolos y dilatándolos para que la disposicion y la vanidad los hiciese parecer á los nuestros más numerosos que los ejérci-

tos de Jerjes; de cuyo artificio corrió voz que á la gente baja los habían puesto capotes de grana para que los nuestros pensasen que eran caballeros, que venia grando nobleza y gente de importancia y de corazon, para meter algun pavor en ellos; como si las balas de nuestros mosqueteros en Pavia y en todo lo demas de la Italia no supieran postrar y derribar sus Monsieures por el suelo. Los nuestros, puestos á punto, revestidos de ánimo, intrépidos, asiendo las armas acudieron á sus puestos, se afirmaron en ellos para defenderlos y no dejarlos pasar á Salsas, teniéndola ellos en la red para asirla. Llegaron los franceses, más orgullosos que valientes, y dieron vista al recinto para tentar el socorro: de esta manera, sin hacer movimiento hasta el anochecer de aquel dia, reservándolo para hora más baja, creyendo les sucedería como en Leocate; pero engañáronse: y con esta resolucion, á la entrada de la noche, tenebrosa y oscura sobre manera, se les acercó una tropa de caballos. Estaba la tierra pantanosa en unas partes, y en otras muelle y resvaladiza; el cielo comenzó á obrar conforme el tiempo y la vecindad y aspereza de aquellas montañas, donde fenece los Pirineos, comenzando desde el Océano en Fuenterrabía. La lluvia era grande, impelida con furiosa tempestad de vientos, truenos y relámpagos, necesitando á los enemigos á dejar los caballos metidos en el lodo y atolados, y á otros á retirarse: cayó en medio de ellos un rayo que los asombró é hizo estremecer; y sin embargo de tantos astros enemigos, que tambien combatian á los nuestros, se tocaba un arma muy viva en los cuarteles, con ánsia de llegar á las manos con los franceses; y viendo que el agua mojaba la pólvora, los frascos, los mosquetes y los arcabuces, los abandonaron, esperándolos con las espadas y las picas; y se vió aquella noche en las puntas de ellas lo que los marineros en los árboles de los navíos en las noches tormentosas, que ellos dicen que es San Telmo que los viene á guarecer en aquella angustia, pronosticándoles bonanza. Embistieron, finalmente, á las fortificaciones de los valones: nuestra gente callaba y esperaba; mas despues dieron todos juntos y esfor-

zaron una gran vocería para que entendiesen que no estaban aquellas trincheras desamparadas ni dormían los capitanes, ni estaban desnudos de cuidado, sino llenos de atención, vigilancia, valor, ánimo y providencia; pero, en la verdad, la remisión de los enemigos no carecía de miedo, y las tinieblas que habían elegido los acobardaba, porque su vano número de gente era verosímil opinión que era forzada, colecticia, nueva, medrosa y sin noticia de la guerra ni disciplina militar, y de todas maneras de la más envilecida de la Francia. No cesaba la tempestad ni la lluvia, siendo ya casi á los fines de Octubre; y mal concertados y avenidos, ciegamente perdido el ánimo, por todas las estradas, sendas y trochas de aquellas asperezas huyeron. Procuraban los capitanes detenerlos con las espadas, dándoles de cuchilladas, cortando brazos y cabezas; pero todo era falso y aparente, porque todos deseaban huir, embestidos y ocupados del miedo; y sobreviniendo el día, nuestra gente, que con el mismo ardor y constancia estuvo sobre las trincheras sin haber dejado un instante las armas, no vió el ejército ni aquella bizarria que el día ántes, aquella orden, aquel fausto, aquellos escuadrones ni aquellos capotes de grana, que ya la llevaban en el rostro: descendieron algunos de los nuestros de las trincheras á explorar y discurrir por el campo, y halláronle lleno de despojos y de armas; tomaron muchas, y encontraron los carros del bagaje atascados, ó dejados, que tan bien se sirvieron de ellos, y pillaron las municiones, y las tiendas de campaña, no de otra manera que á la traza y poco ménos que en lo de Fuenterrabia.

Era el orden de la empresa socorrer la plaza por tierra y por mar: para esto último traían bergantines y otras barcas con gente, municiones y víveres, habiéndolos tenido ántes encubiertos y abrigados debajo de Leocata, en el Estiáno, en un trinchero guarnecido de mosquetería. Juzgóse entre nuestros cabos por cosa conveniente quemarlas, con lo que se puso alegre y regocijado nuestro campo del suceso. Llegó á San Lorenzo el Real, donde á la sazón estábamos en la caza

de los vanados, la nueva, y el fracaso de los franceses, y dióse aliento al marqués de Espínola para proseguir, y alabanzas á los cabos, capitanes y soldados por el hecho y por la prontitud con que se opusieron al enemigo. Salíó vano el intento de querer quemar las barcas, pues por hacerse de noche se perdió el rumbo; y tentóse segunda vez con pilotos diestros, encargando la facción al alférez D. Diego Sanchez de Prado, como lo sintió el marqués de Villafranca y fué de su parecer: quiso éste ántes tomar las barcas que exponerlas al fuego, y llegado al paraje echó en tierra alguna mosquetería, que trahándose con la que asistía en el trinchero, para que los divirtiese, se apoderó de las barcas y volvió á recoger la gente, y embarcándola y valiéndose de toda la vela y remo, llegó al campo victorioso. Intentaron los enemigos de nuevo socorrer á Salsas por el Estiáno, que es una laguna ó ensenada de mar, donde se les tomaron las barcas, y fueron rebatidos. Las fortificaciones que habían encaminado al fuerte, se destruyeron con el agua que caía continuamente del cielo, é inundóse el foso, y se entendió les había entrado mucha agua en los almacenes, deshaciendo el bastimento y pudriéndolo, sin poderse servir de ello. Esto en cuanto á su defensa; en cuanto á la expugnación, á esta hora se entró en total desconfianza de rendirla con las minas, galerías y aproches, resolviéndose, de comun parecer, á tomar el castillo por hambre, porque para lo demas no se hallaba camino ni los artificios aprovechaban, deseando mucho el asalto. Daban gracias á Dios porque permitió con aquella tempestad deshacer y desarmar á los enemigos, pues segun el parecer de algunos de los que asistían á nuestras fortificaciones, decían que si embistieran y les fuese el tiempo favorable, los franceses socorrieran la plaza, por no estar por algunas partes cerrada del todo por la dureza y grosería del terreno, pedregoso, fulto de árboles y de vigas para poderlo hacer, ni se las podían pedir á los catalanes, que ya estaban enfurecidos y desatinados de lo que se les pedía, porque áun cuanto quiera que publicaron papeles de sus servicios diciendo que estaban prontos para pelear en la ocasion, no lo hicieron;

abandonaron la obediencia y las banderas, y no solamente esto, sino que en Perpiñan llegó á tanto la maldad, la tiranía y la poca cristiandad de aquella nación para con los soldados, que les defendían la tierra, si ellos lo entendían así, y las demás cosas; que los que enfermaban en el sitio y los heridos, llevándolos á Perpiñan á curar, los trataban mal, y los clérigos no los querían confesar ni absolver si no daba cada uno seis reales: de que, sentido el Rey del hecho y de la noticia, con justa razón mandó escribir á la ciudad de Barcelona y á los Obispos del Condado de Rosellon y Cerdeña, que proveyesen de religiosos y de clérigos pios para que acudiesen á aquella forzosa y más precisa necesidad; y dióse orden, según lo avisaron y trataron los Ministros, se procurase tomar la plaza por hambre, ya que el tiempo no dejaba vigor á la fuerza, al arte ni al ingenio para ejecutarlo.

En París daba sus disculpas el príncipe de Condé para con el rey de Francia y aquel Ministro de no haber podido echar á los españoles, valones, modeneses y los demás italianos del sitio de Salsas por la tempestad pasada y otras dificultades. Tuvo orden de volver á juntar ejército, asistiéndole en persona, y pasar otra vez á tentar fortuna, si en alguna hora la tuvo, porque dando mala cuenta de esta facción, hasta hoy, que es el final del año de 44 que esto se está copiando, no le han ocupado en otro cargo, ni aún después de la muerte del Rey. Finalmente, volvieron tercera vez á Salsas; descendieron por la misma colina, renovadas las coronelías y las tropas de mejor y más lucida gente; bajaron al llano abrigados de la caballería, y por caudillo el duque de Luina, con ánimo y avilanteza de embestir con las fortificaciones por dos partes: llegados á ellas, las combatieron con aquel su primer orgullo y las asaltaron valerosamente; pero fueron rechazados de nuestra gente tres veces, estando admirables aquel día en pelear y en hechos dignos de memoria. Subieron algunos franceses de los más osados por el cuartel del marqués de Torrecusa, esforzado y maravilloso capitán; animó la gente para volverlos á echar, y viendo que alojaba-

ban, ó por el mucho cansancio y largo toson del pelear, ó por que los enemigos los aprataban rícidamente y querían pasar al socorro de la plaza, no sufriendo su corazón, y por la honra del Rey, tomó una pica, por cuyo denuedo grande y generoso espíritu, no pudiendo resistirle los franceses, volvieron á bajar rodando de las trincheras por los botes de pica que los dió, hiriendo y matando á muchos, de suerte que no pudieron forzar ni arribar á los cuarteles, y desistieron. Halláronse en el campo quinientos caballeros muertos: señaláronse de los nuestros los Macses de campo Moliuguier, valon de noble sangre; Juan de Arco y otros muchos cabos, capitanes y soldados particulares de la nobleza de Castilla, y de los otros Reinos y naciones. Retiróse el duque de Luina y el príncipe de Condé, con el ejército destrozado, á Francia, totalmente desahuciado de salir con la empresa ni de introducir el socorro en Salsas, dejando en el último desmayo al gobernador Mons. de Espernan. Los franceses que estaban dentro, poniéndose en las murallas, hablaban á los nuestros con más humildad, y aunque tenían ocupados los corazones de odio y envidia, no la pudieron disimular y les dijeron aplaudiéndolos: «bravamente peleásteis ayer;» pero esta lisonja no carecía de aflicción y necesidad suma en que todos estaban, porque apenas tenían un poco de bizcocho podrido que comer y agua. Habían muerto más de mil hombres dentro, del trabajo y de la inclemencia del cielo, del sitio y del hambre; desalojaban al enfermo para acomodar y conservar al sano, y no tenían bastimentos, hasta que el día de Santa Catalina, viernes, 29 de Noviembre, en que ya desesperaba de socorro la plaza, el príncipe de Condé alojó el ejército en Leocata y en los lugares de la tierra adentro.

Era ya por este tiempo acabada la tregua en Italia entre el Rey católico y el cristianísimo, entre los Príncipes de Saboya y la Duquesa Madama Real, mal guardada y peor atendida por los franceses, porque orgullosos siempre y faltos de fe á los tratados, habían asistido solo á reforzar sus puestos, apoderándose de Cleri, lugar corto, sin gente y sin muralla; pero

así en aquella parte como en Flandes, en hora de alojarse la gente y remitir algún tanto del ardor de la guerra y meterla en guarniciones. Mas viendo el Marqués introducidos los franceses en Cheri, se afrontó con el ejército sobre ellos y los impidió que tomasen los puestos sobre Turin, queriéndola sitiarse: rompió un convoy de mil soldados, y representóles la batalla muchas veces, que no aceptaron, forzándolos á desamparar los muros de la ciudad y la campaña, retirándose por las colinas. Fuéronles siguiendo, alcanzándolos en muchas partes y haciéndoles mudar por cinco veces la plaza de armas, ocupándose y ganándose la siempre: fuéle corto el día en un reencuentro, y tan apretado para el enemigo, que á pararsele el sol como á Josué, Capitan y Caudillo del Pueblo de Dios, fuera aquel su postrero día para dejar el Piemonte, el Monferrato y salir de Italia. Perdieron mucha gente, algun bagaje y municiones, quedando tan destrozados que no se hallaron con fuerzas para impedir al Marqués la ocupacion de los castillos de Bubio y Besme, situados en las Langas: de suerte que las armadas del Rey católico, sus capitanes y soldados habian llegado este año á sojuzgar en Italia, desde el Milán á los Alpes, por Ibreá y por Turin, y hasta la orilla del mar Mediterraneo, por el Monferrato y por las Langas: con lo que dejáremos por ahora fenecidos los progresos de Flandes y de Italia, volviendo á hacer lo mismo en el Condado de Rosellon.

Aguardábase por horas la recuperacion de Salsas por la necesidad de bastimentos que el buen discurso daba á creer á los de más mediano ingenio, cuanto más á los grandes, en materias militares. Velasces desesperados de ningun socorro ni favor humano; sin embargo, persistia Mons. de Espernan tenazmente en no rendirse, y aún se creyó que se habia de dejar morir dentro por obedecer y servir á la opinion y á la honra, y á las órdenes del ministro de Francia. Resistia, finalmente, á cuanto era de potencia y desesperacion; echábanse los soldados por las murallas, acosados de la hambre; venian á rendirse y se daban por prisioneros: decian que bobian del agua corrompida de la cisterna, y que comian por muy limi-

tadas onzas el bizcocho, podrido, mohoso y hecho polvo; que no tenían leña ni sal; que los más de ellos estaban enfermos, y todos hambrientos y para espirar. Con todo esto era notable en todo el ejército la admiracion de la resistencia, y sospechaban si por algunos conductos, ó en lo más bajo de la noche les metian algun refresco; con lo que se pusieron todos los cuarteles en vela para reconocerlo, de donde resultó tal accidente entre los cabezas del ejército, que fué gran dicha no ponerse las cosas de peor condicion y perderse todos, temiendo de la nacion italiana. De aquí pues, y de investigar prolijamente el castillo y los cuarteles, envió á decir el conde de Santa Coloma al marqués de Torrecusa, sin más embozo ni reparo, para un hombre de tanta reputacion, que por su cuartel se socorria la plaza y se le metian bastimentos: él le respondió que le enviase á decir quién lo decia, y que cualquiera que lo dijese mentia, con lo que se comenzó á encender de ambas partes la controversia; y para tomar alguna ocasion el conde de Santa Coloma y ajarle, le porfió en enviarle á pedir las acémilas que tenia para traer viveres al ejército; y reconociendo que era para irritarle y mandarle, ofendido de lo primero, dijo que no se las queria dar. Entendido esto entre todos los cabos y el marqués de los Valvascos, por el conde de Santa Coloma, otro día pasaron ambos á buscar al marqués de Torrecusa, y hallándole y tomándole la mano el de los Valvascos, en vez de apartarlo ó componerlo, que pocas veces los soldados que no son valientes son amigos de los que lo son: finalmente, le dijo que por qué no habia obedecido al conde de Santa Coloma en la órden que le envió de las acémilas; y el conde de Santa Coloma, prosiguiendo entónces, se alargó y le dijo que por qué no le habia obedecido, que era su General y le prenderia: el marqués de Torrecusa, acortando las razones, le dijo que mentía. Refirieron que, embravecidos todos y metidos en cólera, el conde de Santa Coloma le descargó con el baston; si bien aquella insignia es apta para semejantes casos por ser baston y no poder hacer ni deshacer agravios; mas él decia que sí, y se mostraba

satisfecho; y aunque el duque de San Jorge, hijo del marqués de Torrecusa, como gobernador de la caballería, con el bastón que tenía y con la espada ventilaba la pendencia entre los soldados. Matéria bien agena de mi condicion ni de gastar tiempo en ella. Decian que el marqués de Torrecusa no quedaba agraviado por lo que hemos referido, y al de Santa Coloma le pareció que había cumplido bastante, con lo que cesó la controversia, remitiéndose despues del sitio á la decision del duque de Nájera y Maqueda, que prendió al marqués de Torrecusa y al duque de San Jorge, su hijo, con óden del Rey, como se verá en el libro que sigue, por tocarle; pero la muerte, que tambien veremos allí, del conde de Santa Coloma en la rebelion de Barcelona, dividió la decision y dió lugar al Marqués á volver á Cataluña, si bien valerosamente, con desgracia por la muerte de su hijo á las puertas de la infidelissima ciudad, sobre reprimir y castigar sus alborotos y sediciones; y sin embargo, le pareció que, aunque General, fué demasia que un bisoño se atreviese á desazonar á un soldado viejo y de tantas partes como el marqués de Torrecusa, y que en la ocasion más árdua fué el que dió la victoria y la libertad á España en la memorable faccion de L'enterrabía, librándola de la opresion y coyundas de los franceses, y haciéndolo ahora á la sazón en Salsas, digno de grandes loores y de premios. Decian que se ponian una cantidad de panes en un puesto secreto, cerca de la plaza, y que de noche salian los franceses por ellos: dejó la verdad en su lugar. Yo de aquel valor no lo he de creer, porque más parecia esta accion de hombre cobarde que de valiente; aunque tambien la juzgo por de ánimo, y que le habia menester en una tentacion tan grande, donde habia tantos cabos, tantos soldados, avisos y centinelas; y si acaso fué, seria delito de los soldados más bajos de aquel cuartel.

Estaba ya á esta hora casi para espirar el año, por contarse los dias últimos de Diciembre: hizo llamada el gobernador Mons. de Espernan, no sin alguna falsedad y gallardía de co razon para ir introduciendo los tratados de rendicion más honrosos y saludables á su buena opinion; pero, á la verdad,

trabajado y puesto en los últimos lances de tomar su remedio y el de sus soldados. Creyóse entre nuestra gente que ya la plaza iba cayendo y que se queria entregar á la hora, sin más dilacion. Saltó pues, y cuando esperaban ver con qué condiciones, llamó al marqués de los Valvascos y dijo lo queria escribir al príncipe de Condé le diese licencia de rendir la plaza, y que dándosele lo haria luego: quedaron admirados los que se hallaron allí de la flemma del Gobernador, cuando lo esperaban con más cólera para redimir su vejacion, sagudir de sí y de los demás las redes y los lazos en que se hallaba. Pareció demasiada confianza y quiso el Marqués contradecir el aviso al príncipe de Condé, ó que la carta se escribiese en su presencia, recelándose de fraude. Finalmente, de no hallar llana la proposicion se volvió á entrar dentro de Salsas, diciendo tenia que comer para muchos dias, y que esperaba nuevos y mayores socorros, con lo que nuestra gente comenzó á desesperar de nuevo de la entrega, teniendo por cierto el apresto del socorro, y, por otra parte, creyendo que un hombre que habia salido con aquella libertad y aquel desenfado, sin proponerle la rendicion, sino por arte y estratagemas, que era falso que estaba necesitado, sin viveres, soldados ni municiones, ántes que tenia muchas y para largos dias. En esta perplejidad, pues, aún estando para abandonar el sitio de Salsas y dejarle á cargo de dos mil soldados viejos que le proseguiesen, y retirarse á invernaderos más seguros, para volver á la primavera con mejores tropas y más bajeles, más número y más armas, se resolvió el Gobernador, despues de algunos dias, hablando más claro y con más sinceridad, de rendir la plaza con honrados partidos, si no era socorrido de Francia, el primer dia de la Pascua de Reyes, á las nueve de la mañana, y convirtiéndolo en esta forma:

Capítulos concluidos entre los Ercemos. Sres. Marqués de los Valvases y Conde de Santa Coloma, Capitan general de los ejércitos de Cantabria y Cataluña, y Monsieur de Espernan, Mariscal de campo de los ejércitos del Rey cristianísimo, Gobernador del castillo y fortaleza de Salsas, hoy viernes, 23 de Diciembre de 1639, en el campo sobre Salsas.

«Primeramente, se acordó que el dicho Mons. de Espernan saldrá del castillo y fortaleza de Salsas, con toda la guarnicion cabos, oficiales y soldados, y personas de cualquiera condicion que sean, á los 6 del mes de Enero próximo, á las nueve de la mañana precisamente, en caso que la plaza no sea socorrida ese mismo dia y á esa misma hora referida.

«El socorro se entiene, si la armada del Rey cristianísimo forzase la circunvalacion que está hecha contra él, y que obligue al ejército que tiene situada la plaza á retirarse, ó que con viveres la socorra de lo necesario; de manera que faltando algo de lo sobredicho la plaza no se entiendo que queda socorrida, y los sitiados serán obligados á rendirla en la hora señalada, aunque pudiesen ser socorridos un momento despues.

«Los sitiados saldrán seguros de las vidas con toda seguridad de sus personas, sin que se les haga ningun disgusto ni agravio, con todas sus armas y bagajes, tocando cajas, banderas desplegadas, con dos cabos de cuerda encendidos y bandas en boca: tendrán tambien una pieza de artilleria de las de Francia que están dentro del castillo, con su fuste y demas atalajes, y municiones para tirar treinta tiros.

«Los sitiados serán conducidos á Narbona por el más corto y derecho camino, y partirán el mismo dia y hora que se ha ajustado, y han de hacer noche en Santa Justa, adonde se les ha de dar convoy, de manera que podrán llegar con seguridad; y el dia siguiente, 7 del mes de Enero, no obstante que se vuelva el convoy, partirán para Narbona, hasta á

dondo llevarán los rehenes, y se les da la palabra de que irán hasta la dicha villa con la misma seguridad.

«Tendrán obligacion de dar á los sitiados los socorros que hubieren menester para llevar los enfermos, bagaje y las armas si las tuvieren de sobra, y caballos para las personas de Mons. de Espernan y los capitanes.

«El ejército que sitia se obliga á que corra el agua del foso el mismo dia que los rehenes se enviaren, ó se hubieren dado de una y otra parte, quedando á su arbitrio el volver á cerrar cuatro dias ántes que tenga noticia del socorro, sin que los sitiados puedan poner impedimento ninguno para ello, por ningun camino, de cualquiera manera que sea.

«En caso que el socorro se presente la víspera del dia de los Reyes, se romperá la tregua de una parte y de otra, y será permitido que se hagan todo los actos de hostilidad que habian cesado hasta aquella hora; como asimismo todo género de trabajos que se podian hacer de una parte y de otra para ofenderse, cesarán, y los sitiadores no podrán trabajar, si no es en su circunvalacion, como tampoco los sitiados podrán hacer ningun trabajo, ni dentro ni fuera de la plaza, que pueda ofender á los sitiadores; y si llegare el caso que el socorro vuelva rechazado, aunque esté á la vista sin obrar á la hora dicha, la capitulacion será observada y la plaza se rendirá, cumpliendo así con las capitulaciones aquí referidas.

«Será permitido á Mons. de Espernan enviar uno de los suyos á su General para darle cuenta del presente tratado, con condicion que la persona que fuere enviada por el dicho Mons. de Espernan no pueda volver á entrar en la plaza, pero podrá volver á el ejército y hablar á Mons. de Espernan, en presençia de las personas para este caso diputadas por los Ercemos. Sres. Gobernadores, ó escribire lo que tuviere que hacerle saber, viniendo la carta abierta y por mano de sus excelencias, dando pasaporte á la persona que saliere, y un trompeta hasta llegar á las cabanas de Palma.

«Y por más seguridad del tratado, se darán rehenes de una y otra parte, y es á saber: un capitan del ejército de la

guardia que gobierna el señor marqués de Mortara; otro de este tercio de españoles; otro de los italianos, y otro de los valones: y de la parte de Mons. de Espernan se entregarán dos capitanes del regimiento de Monsieur el duque de Engien, y los otros dos de los otros dos regimientos que hay dentro de la plaza: los cuales rehenes serán detenidos de una y de otra parte hasta que este tratado sea cumplido: y con los caballos y carruajes que habrán de llevar los sitiados, en llegando á Narbona, los habrán de volver, y asimismo los rehenes; y en llegando con todo esto á este campo, se les enviarán sus rehenes con seguridad y con trompeta.

»Para cumplimiento de este tratado se firmará de los Excelentísimos Sres. Mons. de Espernan, y de algunos capitanes de caballos de los regimientos que se hallaron dentro de la plaza. En el campo sobre Salsas, á veintitres de Diciembre de mil seis cientos treinta y nueve.»

Concluida la capitulación de la entrega de Salsas, escribieron los Generales al Rey y al Ministro, á los Consejos de Estado y Guerra, y si bien fué de alborozo, no del todo por la cautela y sospecha que de Mons. de Espernan se tenía de que saliese despues con alguna quimera y quedase la esperanza burlada. Tal era la fatiga y el peso de los ministros de los soldados en combatir y afanar, no sólo en este año tan proceloso, sino en lo demas que hemos hecho mencion.

Pero al paso que parece que esto estaba concluido, escribió el duque de Fernandina, marqués de Villafraanca, y escribieron otros cabos, que el enemigo se armaba de nuevo y con mayor ostentacion de gentes, y con el ejército más poderoso que las otras veces, para socorrer antes del día prescrito, y que traía promeditados dos intentos, ó romper las fortificaciones, ó impedir los viveres á nuestro campo para hacerle perecer y dejarle asediado: en ambas cosas se discurren algunas dificultades, si bien se debía vivir con recelo. Por la una parte militaba la brevedad del tiempo para conseguir tanto, y por la otra pareció demasiado, para la rendicion, el

haber admitido echarles agua en el foso, porque siendo nueva la concesion, se discurrió que no carecia de malicia, que tenia falta de ella y no la podia tolerar dos dias, y que con quinco seria darle gran brío para la esperanza del socorro, y que la pedia para conservarse á sí y á su gente y redimir la vejeacion; y, finalmente, se representaba aquí la falta de fo y palabra de la nacion francesa, como se habia experimentado largamente en esta era y en las pasadas, y que por esta causa no se les habia de haber admitido á partido semejante, ántes negádote y restringiéndoles á más breve limitacion de tiempo para no dejarlos obrar. Sin embargo, se tenia por sin duda que áun cuanto más se armasen y viesen reforzados no harian nada, porque se fiaba en el valor y valentía de los que hasta allí habian sido vencedores, y que llegarían presto los dos mil hombres para la seguridad del recinto; y que más imposible que todo era el presumir cortar los viveres, aunque trajesen por designio más principal ponerse entre Salsas y Perpiñan: además de tener en el sitio provisiones para doce dias y áun para más. Sin embargo, que para tomar los franceses el camino de estajol, que no habian de pasar por debajo del cañon de la artillería, se les podia cortar en las asperozas y estrechuras y desacerlos allí; demás de que se podia fortificar á Perpiñan con gente y caballería para resguardar ambas fuerzas de cualquier recelo, y engrosados con la gente de Cataluña, fuese más posible cortarles á ellos los bastimentos y cercar el ejército en medio de aquellas tropas y de nuestras fortificaciones ántes que esperarlos nosotros: que á 24 de Diciembre no habia prevenciones considerables en la frontera, y quedaba poco tiempo, cuanto más para poder llegar á temerse de que juntase ejército, ni las municiones ni viveres, pues para marchar desde Sitjas hasta Ribas Altas, porque ménos no bastaría para el arreo que habian de hacer, forzados de la maleza de la tierra; que se les podían cortar los convoyes, ó quemárselos donde los tuviesen, no obstante que no estaban tan poderosos como los hacian, ni con disposición de juntar tanto grueso, ni llegar al que el Rey católico tenia; razon que hacía fuerza, al parecer,

para esperar victoria. Escribióse á Barcelona y á todas las ciudades del Principado, que ya sabian la capitulacion, se armaron y pasasen á Salsas; pues ya no se les podia asistir, y á más sitio largo, sino de limitado tiempo y el que habian oido. Alentáronse los catalanes, y como sabian era cierto el volver luego á sus casas, tomaron las armas y pasaron allá en número de doce mil hombres; con los que reforzaron las trincheras.

El rey de Francia y su Valido querian á todo rompimiento se socorriese á Salsas. Corrió la voz que queria salir de París con diez mil soldados Monsieur de Poncourli, marqués de Coaslin, sobrino del cardenal de Richelieu: que ya los mayores servicios no lo son si no nacen de la sangre del Valido, y las mayores plazas de armas de que deponen no son otras que del parentesco, pues cada uno se nos vende por Cipiones, y al fin no son sino Catilinas y bisoños, si no es que la noticia y ejercicio no los hacen soldados viejos, para sacárnoslos después, no con otros trofeos que adinerados.

Moviéronse las fuerzas, nuevamente acrecentadas, del Languedoc, las que quedaron de la provincia de Lavoy, cuatro compañías de gente extranjera, el regimiento de lioneses, el de las guardas, y ocho de Lorena, que vinieron por el Ródano; toda la caballería pagada, con mucha nobleza, conducida y dispuesta la voluntaria y la amiga de las cabezas, que porque fuesen iguales á tan gran empresa, carciendo de ellas la Francia, resolvieron remediarlo, necesitándoles en esta ocasion presente, sacando de la prision al baron de Basompierre, para que en compañía del sobrino del Cardenal, el duque de Luina y el mariscal de La Forza, se condujese con mayor potestad y estrépito de armas el socorro, y para doblar el séquito de los amigos, que tras estos corrían muchos por afición y otros por lo que podian esperar del Valido: mas todo paró en llevarlo el duque de Luina y en el aparecose el día ántes de lo capitulado con la vanguardia á cuatro millas de la plaza, con designio de echar la culpa al tiempo limitado con que capituló el Gobernador.

Tenia ya el sitio de fatiga y trabajo cuatro meses, habia sufrido hambre, mortandad, enfermedades en su gente, motivos de soldados, forzándole, por la extrema necesidad en que todos estaban, á que se rindiese. Lo demas y su cumplimiento se verá en el libro que sigue, por tocarle y ser su argumento más natural del año 1640.

Eran continuos los cuidados de nuestros Ministros sobre el peso importuno y molestias de la guerra, introducida por tantas partes, así por mar como por tierra. El poder del rey de Francia sólo, parece que no bastara, ni su caudal, si los confederados y afectos no le prestaran su asistencia y lo socorrieran con dinero. De muchos se sabia ya, y de otros, que las tramas urdidas en este caso andaban paliadas y con disimulo, que en lo aparente lo posponian y en la verdad lo fomentaban. Esto era en cuanto á la diligencia de llegar á la paz y al sosiego de Italia, como en ambas Germanias, y aún en toda la Europa; sin recaer á la paz ni á la esperanza de ella, por la gran fortuna de los enemigos y gravísima mengua nuestra, porque ya España era combatida á un tiempo mismo por ambos Estados, como ya se ha visto, y las empresas y victorias del Piemonte aún no daban comodidad para salir á ninguna que diese puerta á la paz, para extinguir las zozobras, quemar, talas y continuos derramamientos de sangre, con general destruccion de la mejor parte del orbe. Así, los enemigos tenian antevisto que nuestro Estado y Gobierno, por su modo de ser, no era permanente sino momentáneo. No hallaban en el que lo habia de introducir por ser padre de ella, á lo ménos el que lo debia de ser, calor ni aliento para tratarla, valiéndose de las armas espirituales de la Iglesia.

Volase luego al rey de Francia tan pegado á nuestras fronteras, que parecia que era buscar la ruina de España para proseguir en Italia y apoderarse de ella. Tambien se discuria que esto no se podia hacer sin dinero y sin auxilios; y fué sin embargo atrevimiento, y más que osadia entre tan grandes cuidados, por hallar algun alivio en ellos, ponerse á investigar los secretos mayores y más graves del mayor pre-

tendiente y más celoso interesado. Pues procuró y tuvo traça de buscar ó valerse de un clérigo italiano que entraba, ó que entrase, en la casa del Nuncio del Papa, Monseñor Don Lorenzo Campelli: con éste, pues, se tuvo tal traza, que se le procuró con promesas que se introdujese en su casa y en lo secreto de ella, con los más familiares criados y con el Secretario, para que reconociendo dónde guardaba los papeles y despachos de Roma y de la Nunciatura, los cogiese, porque era imposible, y lo decían algunos de nuestros ministros, que el Papa dejase de socorrer al rey de Francia con dineros para la misma guerra, como ya otras veces se había sospechado, y esto se había cogido en correos que lo certificaban; y que aquel Nuncio daba este dinero de lo que sacaba de España de las concesiones y del Tribunal. Finalmente, el clérigo, con el calor de la promesa, tentó el hecho y anduvo tan sagaz, que pudo coger un escritorio, ó escribanía; la llevó á Palacio; la dió al primer Ministro y vióse lo que había en ella; pero no pudiendo trascender nada que pudiera referirlo, disimuló; y sabido el caso por el Nuncio, caído de ánimo y de dolor del suceso, y de melancolía por este hurto, se rindió á una gravísima enfermedad; lo que sabido en Roma por el Papa (si bien lo sintió) calló. Y entendida la enfermedad del Legado, y que por el suceso no podía arribar á la vida y que espiraría, despachó luego otro, á Monseñor de César Fachonoti, para obviar y presidir á la Nunciatura, con recelo no se levantasen algún accidente que empeorase las cosas. Dió orden el Consejo de Castilla, con la noticia que se le vino á dar de los papeles y de las otras materias, que el Nuncio recién llegado no despachase, cerrase el Tribunal, y asimismo se notificó á los oficiales y Notarios que depusiesen del ministerio, porque el Rey decía que aquel Tribunal era introducido por los Nuncios, y que tácitamente se les había concedido en España; que para las causas y litigios de los eclesiásticos había sus ordinarios, nombrados por los Arzobispos, y que no obstante esto, los que salían condenados de aquella resulta por el Nuncio, acudían y apelaban, no teniendo otra instancia, á Roma,

que los dejaba esta salida, que acudiesen allá de los ordinarios; porque también los derechos que llevaban de bulas y despachos eran exagerados y más que excesivos, no queriendo admitir las monedas corrientes y ordinarias, sino que habían de ser en plata y en oro, y que la saca del Reino era grande y era menester remediar éste y otros excesos, quedando sólo el vellón en Castilla, y desustanciándole de la mejor materia, que era lo que tenía para sustentarse y hacer rostro á los enemigos.

Finalmente, el Nuncio, del dolor del caso, y temiendo el juicio riguroso que de él se había de hacer en Roma, y por otra parte que había de ser combatido del enojo y de la ira del Papa, y que sus pretensiones habían de peligrar por poco apto y poco atento á las asechanzas de que siempre se han de cautelar y son asaltados los Embajadores de los Príncipes y de sus ministros, y que la ascension del Capelo, premio de las fatigas de la Nunciatura, para arribar á la Silla Apostólica, dictámen de todos, había de espirar: con que asaltado de todos estos inconvenientes y de otras fatigas, se rindió á la muerte y fué sepultado en el convento de Nuestra Señora del Carmen calzado; y el otro quedó en su lugar, procurando remediar el caso y volverle al estado en que ántes estaba; no sin sospechas, rumores y discusiones contraidas de ambas partes: porque el Papa dió á sentir el enojo y los agravios que se le habían hecho en este caso, de suerto que amenazaban nuevas alteraciones en Italia. Sin embargo, el Papa disimuló y las cosas se compusieron, como se verá en el libro que viene, pronosticando en años ménos afortunados que los pasados, como se experimentó en el de cuarenta y uno, que dieron con sus mudanzas ocasion á nuevos trabajos para tomarla, mostrándose tan favorable en nuestras pretensiones, no careciendo de algun recelo y movimiento por la severísima condiccion del Pontífice armigero, y devoto de la Francia, desuado de todo para las cosas de Italia, en particular para el reino de Nápoles.

Dieron, por la misma causa, á hundir la moneda de vellón

y á cortarla públicamente en el Consistorio de la villa y en las demas ciudades del Reino, tropezando siempre de un peligro en otro, porque en tiempo de necesidad y de guerra es grande yerro deshacerse del caudal, cualquiera que sea, cuando la plata de las Indias, que ha algunos años que entra por Poniente y sale por Levante, siendo Génova la Torre del Oro de Sevilla, y todos aquellos hombres puestos en alta fortuna y favorecidos, señores de los premios y de las dignidades de Castilla. La causa de esto tambien la dirá el tiempo, no sea de utilidad para el resguardo de alguno, que teme el haber usado tanto de la potestad y quiere resguardarse en ella con ingenio y con maña.

Dijose, sin embargo, que el Papa daba al rey de Francia 45.000 escudos cada mes para la guerra, por mano del Nuncio, del dinero que se sacaba de España. Tambien se mandó venir á la corte de Castilla al Nuncio de Portugal, para sacarle de aquel Reino, con este mismo pretexto.

A estas desdichas de la Europa seguan ya las de América, habiendo hallado traza para deshacerla, y como en aquella hemos irritado á los enemigos para su desolacion, de la misma manera los hemos hecho correr con armadas de corsarios á infestar sus mares, senos y calas, dando ocasion con las codicias y con el desabrimento, y mal satisfechos, ni hartos de el oro y plata que nos rinde cada año aquel Imperio, se la ha procurado reducir á una miserable servidumbre como la de Castilla; que para reinos tan léjos y tan celados de los enemigos setentrionales, es grande atrevimiento y falta de prudencia, y querer trastornarlo todo.

A la Ciudad de los Reyes, otros dicen que al Potosí, envió á mandar el conde de Chinchon, virey del Perú, al Gobernador, que introdujese los millones como en Castilla, y de esta manera pasasen á las otras provincias y ciudades, avisando á las demas. Hizo la propuesta el Gobernador, y halló resistencia en el pedido, no sin alteracion y alboroto público, de suerte que estuvieron para levantarse y abandonar la obediencia. Avisado de esto el Virey, sin embargo porfió en

al riesgo, y envió allí un Oidor, un Escribano y un Alguacil, y entrando en la ciudad, ántes que otra ninguna diligencia, embistieron con ellos y los maltrataron; y aún afirman que al Alguacil ó al Escribano le quitaron la vida, enviando á decir al conde de Chinchon que viniese allí á porfiar y á apoyar la proposicion, que aunque por semejante servicio ó tiranía lo hubiesen ofrecido muchas mercedes en España, harian lo mismo de él, de suerte que tuvo por bien el callar. Y enviando despues al marqués de Mancera en su lugar, como él lo habia pedido, creyendo se habia de arriesgar su persona y habia de ser acometido de algun tumulto, cuando los de Cataluña y los de Portugal corrian por el mundo con escándalo y ejemplo perjudicial para la conservacion del Estado; sabiendo que el marqués de Mancera habia ya desembracado y que estaba en tierra; quiso, como es de costumbre, salirse del gobierno y de la corte; no se lo dejaron hacer ni que desamparase á Lima, porque viéndose sin Virey, sin Justicia y sin cabeza no se levantase, y de ella pasase la cononcion á abrasar y cundir todo el Reino, con lo que las Indias porreciesen, y corriese luego á la Nueva España, donde tambien hacian la guerra á los tributos; pues no pudiendo enfrenar á Cataluña, ni teniendo fuerzas para castigar á Portugal, ¿cómo iríamos allí á extinguir el fuego, ni qué armadas bastarian, cuando nos quemaban las nuestras en los puertos de España y los de Inglaterra, cuando ya no hay un Gasca ni está con nosotros la fortuna de César, que lo allanaba todo con su bondad y con la grandeza de su ánimo generoso?

Los Cónsules de Sevilla pedian que el Rey les diese su plata de los galcones y flota de este año, porque si no amenazaban que no cargarian y se perderia el comercio y la contratacion de las Indias, en lo que se fundaba la vida de la Monarquía, estando ahora, y por no dársela, en muy baja fortuna, y para acabarse todo. Avisaba el conde de Chinchon en su vuelta á España, se tuviese cuidado con las Indias y se templase el furor y la tempestad de los tributos, porque cuando se volviesen los ojos á ellos, si no quitaban esta pla-

ga, no las hallarian, y si la miseria de España está tan so-
bradamente pendiente de aquel tesoro, que aún con tenerle
no le basta, ¿qué haría cuando no le tuviese? ¿A qué desdi-
cha ó fracaso no llegaríamos?

Cosa digna es, pues, y de más que digna precisión,
tomar consejo y gobernar con imperio justo y templado,
como lo enseña la buena política, la materia de Estado ver-
dadera y la jurisprudencia cristiana; para cuyo entendimien-
to están escritos tantos libros llenos de erudición y enseñanza,
en todas las más esclarecidas naciones, así en la Griega
como en la Romana. Y aún en las mismas bárbaras, se tiene
esto por derecho natural, y lo observan las buenas costumbres
y es saludable remedio en las cosas adversas; y que contro-
vierte á la firmeza de los imperios mudar de parecer, porque
el enemigo que toma fuerzas de aquí y engruesa su debilidad,
aún mal contento de haber este año entro los demas, infestado
con armadas las costas de España, metido dos ejércitos en
Flandes, llevádose á Edin, tentando en el Ducado de Luem-
burgo á Tiunvila, metido otro por el Condado de Roselion y
de Cerdaña, y asolado y talado la tierra. Los holandeses sub-
prendido, ó si no, infestado á Gueldres y quemádonos una
armada potentísima que tomámos para defendernos y ofender
á los otros. Mal contento con esto, y mal satisfecho de no haber
visto extinguidos los pueblos del Imperio, y de no haber po-
dido meter en destrozo la Monarquía, envió á Constantinopla
y á sus puertos, penetrando aquel Archipiélago, á decir al
Turco que acometiese á Alemania con todas sus fuerzas, que
él acometería á España con las suyas.

¡Fian fuera de toda esperanza estaba la Europa de venir á
algun tratado de paz, y tan encendidos estaban sus Principes
para deshacerse los unos á los otros y de recaer, por sus
mismos consejos y designios, en el abismo de las miserias y
calamidades, castigo de su ambición y de su soberbia!

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO.

Hácese Grandes algunas casas nobles del Reino: ro-
cupérase á Salsas: publícase la jornada para Cataluña á con-
cluir las Córtes: los catalanes llevan mal los alojamientos del
invierno de los soldados forasteros, y quieren tentar contra
ellos: expídese un decreto para que los Caballeros de las Ór-
denes militares se apresten para la guerra: los holandeses
tienen pérdidas y malos sucesos en sus empresas; y los fran-
ceses se arman para emprender mayores cosas que otros años
en Flandes y en Italia: el marqués de Leganés sale con tiem-
po anticipado á sitiar el Casal de Monferrato. Hallábase el
infante D. Fernando con treinta mil hombres en el País-Bajo,
y el rey de Francia con otros tantos: hay algunos razonables
sucesos en Bohemia: el príncipe Tomás se entra en Turin,
córto del Piamonte, para defenderla de franceses, pero no se
sabo si es ésta su intención: líbrase Carlomonte de el asedio
do franceses: el pueblo de Barcelona mata al conde de Santa
Coloma, su Virey; y niega la obediencia al Príncipe toda Ca-
taluña: salen de Francia ochenta navíos, repartidos en dos

escuadras; una para Poniente y otra para Levante: van los franceses sobre Arrás, en el País-Bajo: la armada francesa de Poniente pelea á la vista de Cádiz con los galeones de la plata y flota del Perú: fortificanse los de Barcelona, y casi todas las demás ciudades de aquel Principado, con ánimo de defenderse y conservar su libertad; reclaman el auxilio de Francia, y admiten algunas tropas en su favor: la armada de Levante da vista al Reino de Nápoles, echa gente en tierra y es rechazada: entra el ejército del Rey por Cataluña, á cargo del marqués de los Vélez, y al mismo tiempo se rebela Portugal: la nobleza hace Rey á D. Juan, duque de Braganza, y levantan los pendones por él en todo el Reino.

Dos cosas nos anunciaron de rigor los que nos entraron á mandar, entre las demás, el año de 1621, alentados de corazon con las nuevas fortunas que esperaban, llevados de discursos fanáticos y frenéticos, á su parecer, de gran cabeza, no de felicidad y aumento para los que eran vasallos y criados y habian servido, sino ántes de terror y desconuelo para todos, porque del natural prodigioso de el Ministro nadie se prometia acción heroica ni exclarecida: cosa bien de notar, que en un gobierno tan grande y tan lleno, por su inmensa variedad, de accidentes, y en un imperio tan dilatado y extendido, donde muchas veces (de necesidad ó de prudencia) lo que se promete, por las muchas causas referidas, suele mudarse, y tambien por el largo tiempo en que se profesaron, vienen á degenerar los humores, ó el mismo tiempo, por su natural condicion, fuerza á mudarlos. Aquí, no habiéndonos ayudado ninguna de estas cosas, ni redimido nuestra vejeacion; habiendo faltado la influencia y oficios naturales; con teson y con porfia sordos á las voces y á los gemidos

de los súbditos y de los que están sirviendo, donde otros corazones, tocados de mayor robusticidad, se hubieran quebrantado, las han mantenido por espacio de más de veintinueve años sin un punto de declinacion y con tenacidad: argumento grande de la fuerza de el poder y de un rigido natural, y háse venido á cumplir, con más vehemencia que en otros, en este año de 40. Lo primero fué decir que se verian grandes cosas (¡hartas vemos y bien notables! ¡no nos han engañado en nada!), no de sucesos prósperos, dichas y felicidades, hazañas y victorias, sino de calamidades y trabajos, y por eso digo que fueron amenazas. La otra, que nadie pudiese ni esirmase en mercedes, porque no se habian de hacer en ningun año, como en éste se ha visto con tanta claridad, con tantos infortunios y malos sucesos, y tanta necesidad en el Reino y en la casa del Rey.

Este es el año, que tantos há, que nos lo han dado por fatal los astrólogos franceses y los nuestros, aunque cada uno lo ha acumulado los infortunios al otro; aquéllos para España y éstos para Francia. Y respecto de lo sucedido, los franceses me han parecido más doctos en la facultad, aunque muchos de los españoles lo han pronosticado sobre nosotros; y si alguna vez yo he pensado que esto tiene fundamento, ha sido ésta. Haber visto á los franceses en el Casal de Monferrato acometernos las fortificaciones, no de alemanes ni de italianos, sino las de los españoles; el cuartel de un General vencedor en los años pasados, de fortuna y reputacion, romperle, robarlo, entrar la plaza y socorrerla, y hacer levantar el sitio, y no dejarle hacer faccion considerable en todo el verano. Dos armadas, y cada una numerosa de barajes, con nombre la una de Levante y la otra de Poniente: aquélla enseñoreando el Mediterráneo, acometer á Nápoles, embarazando el comercio y los socorros, como tambien los de Sicilia para Milán; causando miedo á nuestras costas por inmensa falta de bajeles: ésta enfrenando todo el Poniente, á la vista de Cádiz, y si no atreviéndose á pelear, desapareja con los navios de fuego la artilleria, galeones y flota de las

Indias, haciéndola arribar á la bahía, quemando las naos, deteniendo y embarazando el curso de la navegacion y las mercaderías, para que no lleguen á los puertos de Tierra-firme, ni venga acá la plata, sin la cual nos ocasionan mayores pérdidas y calamidades; con lo que parece que aquel Rey se levanta con el mundo y pasa á triunfos y honores de Monarca. El haberse atrevido en Flandes hasta aquí á pequeñas plazas, y éste año á cargar las mayores y la cabeza del Artois, y llevarsela, frustrando un socorro á la vista de un ejército formidable, y á la cara de un Príncipe por caudillo y otros. La guerra dentro de España, como en Flandes y en Italia, y peor y con diferentes visos: una provincia levantada, y la ciudad, cabeza de las otras rebeldes, entregando la tierra á los soldados enemigos, y cincuenta mil hombres en pie y alistados contra nosotros por ser la guerra dentro de nuestras puertas. Un Reino levantado y un vasallo hecho Rey, hasta enarbolar los pendones por él: poca fortuna en los confederados; en aquellos de quien nos valemos contra los enemigos domésticos, la necesidad más viva: Palacio hundido en miseria; cerrados los estados; los criados sin su estipendio ordinario, y todos por pagar, todos á la menduencia: acrecentándose los Ministros y Valido en grandes sumas, en rentas y edificios, siendo ayer descalzos: violados los estatutos de la nobleza y de las Órdenes militares: llamados algunos caballeros con pregones públicos, por mantenerlos y sustentarlos ausentes y desterrados, amenazados los que los acogieron y dieron sustento: poca seguridad en las vidas, y ménos en las haciendas y en las honras; tan pesada la sujecion, que no se ha de poder tener un caballo; cautelada la última sustancia en que estriba la seguridad; que es la poca plata que hay en Castilla: constreñidos los hombres á nuevas leyes, siempre constantes en las imposiciones y nuevos arbitrios para aumentar los daños á todos, grandes y ricos-hombres, nobles y villanos, por pecheros públicos en todo el Reino: ¿qué más desventuras nos podrán pronosticar los judicarios, ni qué más desdichas nos podrian influir las estrellas? Demás de que no son ellas

sino un imperio durísimo y pesado: los enemigos, con honra, victorias y empresas, y nosotros sin éllas. Tal ha sido el año de 40, que es con el que nos han amenazado, y hasta el que no incliné á escribir, no sin particular intento, de las adversidades que nos esperaban, sin ser astrólogo ni agorero, cuyo progreso nos dirán los sucesos.

La primera y más relevante accion del Gobierno, á la sombra de algun benemérito, y en los primeros umbrales del año, fué cubrir á los parientes y á los amigos, que hacia algunos dias que lo voceaban, desconfiados y presuntuosos, y decian que para cuándo esperaba el hacerlos Grandes; que atendiese no espirase su fortuna como habian espirado otras; que no lo alcanzarian, mudado el aire, jamás ellos ni sus sucesores; que distribuyese de aquellos bienes ajenos que le habian permitido y entregado á manos llenas. Esto fué viérsenes, día de los Reyes, á las cuatro de la tarde: el primero fué el marqués del Carpio, mas con éste diciamen que cuando D. Luis de Haro, su hijo, heredase lo de Olivares, si esto no estaba saltado y enmendado ya por el letrado valido para el hijo que se esperaba, y estaba prometido para tan grande herencia y suceder en casa tan grande, se habia de cubrir no ménos que por aquel título, y habia de vaciar el otro del marqués del Carpio al marqués de Alcañizes; y éste, como no tenia sucesor, por estar casado con una hermana suya, tambien creo que no más que por su vida, habiendo de recaer en un sobrino suyo. Pero la Marquesa, en su viudez, lo allanó todo por 3.000 ducados de renta que sacó para sí de el mayorazgo, por su vida y para acrecentarse más sobre las buenas alhajas de valimiento. Estaba el Marqués en ésta sazón ausente en el Reino de Nápoles, y por algunas desavenencias con el cuñado no venia á cubrirse; trocándolo todo por las delicias de quel Reino, y por oficios que con el tiempo consiguió, ó de General de la caballería ó de galeras, y todo no más que para tirar sueldos. Al marqués de Camarasa, á éste tambien, como no la tenia y so le habia muerto su hijo, el conde de Riela, se lo ponía alguna intermision, y no sé si habia de ser admitido

á la dignidad de Grande el conde de Ribadavia, que le habia de heredar, como tambien al conde de Castrojeriz, á quien no admitieron á la pretension; y porque no se hacia con ésta danza, le contentaron, por viejo, con hacerle Mayor-domo mayor del Rey. Al marqués de Hinojosa, conde de Aguilar, no por ésta sino por aquella casa; y á éste si se llegaban á desunir las casas de Aguilar y de Alvarado, ó Mendoza, con el tiempo, por falta de primogénitos, espiraba la grandeza. Al marqués de Aitona, de éste no se dijo nada. Al duque de Tursi, genovés y afecto á España, General de las galeras y de aquella escuadra que está al servicio del Rey, pretension muy antigua. Al duque de Nochera, napolitano; al conde de Aranda, aragonés, y al conde de Fuensalida: tambien á éste, por falta de sucesion y con dificultad en casar, le pusieron sus intervalos para lo de adelante; y al conde de Oñate en su persona por no favorecer lo de Tursis en el Correo mayor; pero el viejo retirado, é l valido y necesitado de su carrera, lo consiguió perpetuo el año de 43, de la misma gracia Real, porque hizo relacion de su calidad, casa y servicios, y pareció estar agraviado entre los demás.

Por manera que toda ésta gran cáfila de Grandes, la mayor que se vió en ninguna era, ni aún la que se hizo en Valencia en las memorables bodas del rey Don Felipe III, redujose ésta potencia á cubrir tres de la carne y sangre, dos validos y allegados, dos escuderos, dos pretendientes y un benemérito; y eso por no más que su persona, rehusando lo que dejamos apuntado, y el rencor antiguo y aquel hecho escandaloso en la primera entrada de el gobierno, como si la casa de Guera no fuera de tan subido punto como las más estradas de Castilla, y luégo un hombre de consejo y servicios, como si dijésemos el de Ratisbona, en la eleccion tan procelosa de Rey de Romanos en Ferdinando II contra toda la oposicion y negociacion de Francia y la de otros Príncipes adversarios á ésta ascension y á la casa de Austria: si no es que ya queremos en ésto que nos toquo todo, como la de Fuenterrabia: éste suceso y aquel, una de las novedades que tenemos observadas de

estos tiempos, porque ya los grandes varones que por su virtud van á las embajadas y á las empresas no queremos que hayan servido sino de fantasmas; aquella boca no habla, aquel ingenio no obra, aquella maña no atrae, aquella afabilidad no agrada, aquel cortejo no dispone los ánimos más desviados y poco afectos; bien que llegue la instruccion del modo de portarse, ni parecer es, y el de los más llegados á razon, que el que consiguió el intento, de éso sea el premio. El Capitan, ¿no va rostro á rostro contra el poder del enemigo? ¿no va rigiendo aquellas huésteres? ¿no se pone al riesgo de la bala de artillería, de el mosquito, de el arcabuz y al encuentro de la pica y al bato? ¿no va al asalto, al volar la máquina, á la furia del hornillo, á la ira de la granada ó de la bomba, de la guinalda, á conseguirla, saliéndole de fuego lo que habia de ser de laurel, á conseguirla, á la batalla, á alcanzar la victoria? Pues de ése es el premio, el honor y el triunfo. Murmuróse como accion de poderoso el haber cubierto á tantos: decian que habia sido mañosa y oficioso, y que á la sombra de beneméritos se habian sacado los que no lo eran, muchos escuderos, y otros que podian esperar á mayores hazañas. No se la perdonaron á D. Luis de Haro, y lo más duro del caso, para darle á entender, si bien ya lo sabia por la traza y ministerio de las cosas, que ni por un lado ni por otro habia de heredar, porque, aunque encubierto, tenia sucesor, y lo pronosticaban que no excluian las cláusulas del mayorazgo á ilegítimo ó natural: así se lo decian y daban á sentir con el poder ahora; pero después, acabada la fortuna, los derechos dirán la verdad en campo más abierto.

Llegó el socorro de los franceses á la vista de Salsas, en la forma y con la gente que dejo referido: dió el duque de Luina vista á nuestro campo con la vanguardia, á poco ménos de cuatro millas, el dia ántes de lo capitulado: en la aparicion parece que querian acometer varios intentos; pero en lo interior nada. Nuestros generales, cabos y soldados estaban con ánimo intrépido y con las armas en las manos para resistir y esperar el combate, conseguir el fuerte y la victo-

ria. Finalmente, no osaron, y llegado el día prescrito de los Reyes, á los 6 de Enero, Mons. de Espernan se rindió como estaba acordado, y con los capítulos referidos, á las nueve de la mañana. Habia en el ejército del Rey pasados de veinte mil hombres, porque con el acuerdo de la rendición pasaron allá más de doce mil catalanes. Salieron de la plaza mil y doscientos franceses, fatigados del hambre, dejando enterrados en ella mil y quinientos, y tan desembarazada, que no se halló un grano de pólvora, ni un palmo de cuerda, ni ninguna cosa de sustento. Fué opinion verosímil que perdíamos de nuestra parte doce mil hombres y más de ciento cincuenta caballos, castellanos y de otras naciones, con dos millones gastados. Quedó Domingo de Guá por Gobernador en Salsas, el que defendió á Fuerterrabía, algo inficionado por el mal olor y cantidad de cuerpos enterrados en ella de los franceses muertos. En cuanto á la discension del marqués de Torrecusa y el conde de Santa Coloma, muy hallados, porque á cada uno le pareció habia cumplido con sus obligaciones: sin embargo, se puso particular cuidado, acabada la guerra en aquella parte, de dividirlos. Y mandada alojar la gente en el campo de Tarragona, porque el Condado de Rossellon quedaba todo destruido y los lugares asolados, fué causa de comenzar á crecer unas y más peligrosas alteraciones en el Principado de Cataluña, como veremos después. Mandóse volver al duque de Fátiera y Maqueda con los navíos á Cádiz, y se le ordenó trájese preso al marqués de Torrecusa y á su hijo, el duque de San Jorge, que tambien, como hemos dicho, se halló en la refriega, y que los enviase al castillo de San Torcaz, lugar del reino de Toledo, no lejos de Madrid; y se pensó en enviar al conde de Santa Coloma á Flandes, para que asistiese al infante D. Fernando como Marqués de Torrecusa y á su hijo, se ocasionó, que prosiguiendo en el gobierno de aquella provincia, le sucediese la muerte tan violenta y atroz que le dieron en la commoción de

los naturales y segadores, como los nombraba Barcelona; pero creo que éste traje es disfraz para otros intentos, como lo usó aquella tierra y como después se dirá.

Comenzóse á publicar el querer pasar allí el Rey á concluir las Cortes de aquel Principado, que fué principio de grandes escándalos y largos derramamientos de sangre, señalóse lugar para éllas á 12 de Marzo de éste año, y á 12 de Abril para asentar la corte en Poblet, Monasterio Real de monjes Bernardos, y en tierra de los duques de Cardona, fundado en una aspereza maravillosa, no solamente adornada de amenidad y frescura, pero muy á propósito para aliviar la fatiga de los negocios del tiempo en la caza; y ascantar las Cortes en Momblanque, lugar corto y como lo pide la materia del despacho, no habiendo de dilacion de camino entre las dos poblaciones más que una legua: y, por consiguiente, de paso tener Cortes á los reinos de Aragon y Valencia, siendo llamados á Daroca, raya del Reino, para lo mismo, por cuanto espiraba ya el tiempo de lo que concedieron en Barbastro y en Monzon la primavera del año de 636. Los valencianos replicaban que las Cortes se tuviesen en su Reino, mas Don Fernando de Borja, su Virey, los exhortó á la obediencia de S. M. y á venir en lo acordado. Estas cosas y el alojamiento de los soldados, que no se los sacaban de la tierra, comenzó á irritar de manera el ánimo de los catalanes, que entraron en máquinas y á dar á sentir habia de haber alteracion y precipicios en el Principado, y que se habia de turbar por ésto camino el sosiego y tranquilidad antigua de España, si se pensase que les habian de ir á pedir y sacarles sus haciendas, y no hacerlos mercedes como se habia hecho en las otras Cortes y en el tiempo angustisimo de los otros Reyes. Hacía desesperar, no solo á Barcelona sino á las demás ciudades, el que en los años pasados habian sufrido el pesado alojamiento de los soldados, así castellanos (que ellos tanto aborrecen) como italianos y valones; denuestos y afrentas que habian sufrido de los cabos del ejército en Salsas, y á cada menuda cosa que eran traidores y malos vasallos, por-

que no daban todo lo que tenían; y, sin embargo, sentían el haber tenido tantos meses la leva de los soldados catalanes detenidos sin obrar ni darles caudillo para feneceer y ablocar el sitio: el habérles maltratado los lugares, consumídoles los mantenimientos, hasta no excusarles las tablas de los techos, dejándolos descubiertos en un invierno, expuestos á la inclemencia del tiempo, en un sitio y en un clima por su naturaleza áspero y riguroso por la imensa altura de aquellas montañas. Finalmente, por el resentimiento de los pueblos se mandó alojar el ejército en el campo de Tarragona y en casi toda la circunferencia de Cataluña, así caballos como infantes, castellanos, italianos y valones, porque todo el Condado de Rosellon, con la guerra del año pasado y sitio de Salsas, quedaba destruido y assolado, aldeas y campañas, tierras y heredas, y más que en otra parte en Perpiñan; y lo más arriesgado de todo, que se iba disponiendo todo mal. El ánimo de los catalanes, con la voz que se había divulgado de quedar éste año en Cataluña un ejército poderoso, de más de treinta mil soldados de todas naciones, y entre ellos cuatro mil caballos; y aunque éste ejército era para entrar por Francia, no querían creer los catalanes sino que con aquella máscara los querían forzar á la concesion de lo que les pedían y tanto les habían importunado, ó para hacer á todas manos, y lo más duro, que aborrecían aquella guerra, no la querían como otras provincias de España, ni querían por enemigos á los franceses ni á otra nacion ninguna, sino que todos viniesen á contratar á sus playas y á su provincia. Lo contrario los traía desabridos y exasperados, y para caer en alguna desesperacion; porque decían, que ántes les enseñaban á los españoles el camino de Barcelona para pasar á Italia y á Alemania y sojuzgar aquellas tierras, y ahora les enseñan á los alemanes ó italianos el camino de Génova para España, para entrar en ella y asolarla (bien extraña novedad y capricho), y prorumpir la larga paz y tranquilidad que habían gozado de ellos y sus abuelos. Sin embargo, quedaron por los franceses dos fortalezcos, Opoli y Tartaro, situados en lo más

superior de aquellos Pirineos, ni de provecho ni de importancia para los unos ni para los otros, con más apariencias de garitas ó atalayas que de fuertes, y que los franceses no habían de poder conservar allí por la inmensa altura y dificultad de la situacion, siéndoles ántes de gasto que de utilidad. Quedó Salsas después á cargo de D. Diego Caballero, con presidio de quinientos ó seiscientos hombres, y todo lo necesario á su conservacion, porque Domingo de Guía estaba muy apretado de la gola, y resistia á no encerrarse más dentro de la plaza después de lo de Fuenterrabia.

El cuidado de nuestros ministros no era otro que hacer levas de gente, despachar conductas, cabos y capitanos, para tenerla pronta en la primavera, porque el rey de Francia las hacia muy gruesas, quizás con diferentes designios que hasta aquí, sin embarzarse en las fronteras de España, sino en Flandes y en Italia, ya que nosotros nos encaminábamos á ella anticipadamente y con fuerzas bastantes: mas á ellos les salió la guerra con más reputacion y fortuna que á nosotros, no sin congoja de todos los vasallos, porque la veían perdurable y sin fin, que se hacia á su costa, y que el caudal no bastaria, y morian de éste achaque como los otros del arcabuz. Enviaron seis mil hombres á Milan, de los que estaban, parte en Cartagona, de los que se iba juntando, y parte en los puertos de Cataluña. Habíanse llamado las guarniciones que alojaban en el castillo de Lisboa y en la frontera de Portugal, que eran de seis mil castellanos, cuatro mil valones y otros tantos italianos, y diez mil de las milicias, todo con pretexto de ver si se podia hacer ejército para acudir á las necesidades de la Alsacia, que habia de gobernar el marqués de Velada; que luego vimos que pasó á Lóndres á conferir materias importantes con el rey de Inglaterra, y volvió á recaer en Don Francisco de Melo; y por General de la caballeria D. Luis Ponce de Leon, hermano del duquo de Arcos.

Echóse bando en la córte para que se registrasen todos los que habian llevado sueldo de el Rey, y tras éste otro, de no menor novedad que otros que hemos oido, que para 8 de

Marzo se juntasen en Madrid todos los caballeros de las Órdenes militares; dándoles las instrucciones de la forma y manera de cómo habían de ir acompañando al Rey en la jornada, así en el arreo de sus personas como en el de sus armas y los caballos, y que el Rey había de dar públicamente los estandartes reales á algunos de los caballeros más señalados en calidad y servicios: ordenóse una Junta para ésto, y nombróse por cabeza de élla al conde de Monterey, separándole de la Presidencia de las Órdenes. Esta se ejercía en la huerta que tiene en el Prado, no dejando caballo de coche que no fuesen él y el dueño llamados á juicio en público pregon, por orden de D. Juan de Quiñones, Alcalde de casa y corte, comó si fueran reos, para que los caballeros que no tenían caballo le tomasen por su dinero, apeasen al dueño y le desacomodasen, como si la Andalucía, madre de éste prodigioso género de animales no los tuviese buenos y malos, caros y baratos, pero al fin mejores que de coche. La necesidad era tan grande, que muchos no le tenían, ni aún el dinero tampoco; pero la maña era hacerlo todo á costa ajena, porque la fatiga sea del otro y no mia: sea soldado y sea él el que se pague, á diferencia de los otros usos militares, porque la novedad sea la que reine.

Algunos repugnaban, valiéndose de los Estatutos de sus Órdenes, diciendo que ellos no podían ir á la guerra ni salir en campaña, si no es con las personas Reales; para ésto se decía: os he finjado que el Rey había de salir. Los que más resistieron á ésto fueron los caballeros de la Andalucía, y con más tenacidad los de Córdoba, para quien luego se les envió Justicias y Alcaldes de corte que los constriñesen y castigasen en los cuerpos y en las haciendas: de suerte que había más justicia que delitos y más castigo que reos; no porque la hubiese para los que pecaban, habiéndolos tan grandes pecadores. De manera que aquellos hombres que por su nobleza y aquellos hábitos que habían adquirido y tomado, estaban exentos de las justicias seglares, y que por los Estatutos eran excluidos de conocer de ellos, aún en sus cri-

menes y excesos, sino sólo el Presidente y el Consejo de las Órdenes, ahora ya eran comunes como todos los demás hombres, y tratados como plebeyos, y entregados sin defensa de sus privilegios á las justicias ordinarias. Linda era para venganzas, pues de cualquiera mínima cosa se hacía delito y se usaba de la justicia, no habiéndola para muchos que delinquían á todo su antojo; y éstos eran los que se habían hecho dueños del poder y estaban en su mano todas las cosas, pareciendo la virtud. Muchos decían no tener salud para ir á la guerra; otros se defendían con la vejez y los años, y con los mismos achaques, y ser exentos como lo disponen los Estatutos de las Órdenes; otros que no tenían la edad y otros que tenían oficios cerca de la persona Real, ó eran del Consejo; pero para todo se les abrió puerta con que diesen un sustituto. Por manra que no se veía otra cosa en el Prado que registrar hombres y caballos, quitar, mudar y tomarlos á los que los tenían; de suerte que las bolsas de los vasallos no eran más que una para usar de élla como propia, y no se veían por las calles otra cosa que hombres con bandas y colores de anto, correr á diestro y á siniestro por cualquier parte como locos. Muchos vinieron de fuera, á la obediencia de el mandato, por sus mismas personas, y otros enviaron en su lugar á otros; y cuando más se pensó que se juntaría ó sacaría de ésta leva grandes tropas, apenas se vieron ochocientos caballos. Advertía un Consejero, y por ésto no muy afecto, que no se debía tratar de ésto, y que aquella milicia que estaba en esperanza, de las Órdenes militares, que en ocasión más árdua sería mucha, que ¿para qué era menester que los enemigos, que nos atendían vigilantemente, vieses que en el efecto no era ninguna, y nos acabasen de conocer y perder el miedo, si nos le tenían? ¿Y qué se dejaba para la mayor necesidad y cuando con más precision la hubiésemos menester?

Mas ésto intento llevaba otro fin más que de ir á Cataluña, y de otro tanto y mayor despeño; porque era para sacar por ésta vía de Portugal á algunos nobles que querían habor

á las manos en Castilla, de quien se temia, por los malos tratamientos, sedicion. Pero entendido todo por ellos, unos que los querian oprimir con el subsidio, y otros que los querian castigar con la deshonra, fué causa, por no haber consentido en lo mismo, que se perdiese el Principado y el Reino, y saliesen á la defensa natural: aquéllos, valiéndose de las armas propias y forasteras, y los otros eligieron nuevo Señor. A nada de ésto se daba orejas, ni se inclinaba la piedad; oyéndose cada dia edictos y pregones públicos contra los que querian defender y ampararse de aquel sagrado que les concedieron sus servicios, por los que se les dió aquella insignia militar; fulminando castigos y amenazas sobre ellos, como pérdida de la vida, de la hacienda, y áun de la honra: que tan en balanza andaba todo ésto, como si nos hubiéramos ocasionado las calamidades en que nos han metido; pero ellos están ya tales, y han obrado con tanta fuerza para contra nosotros, que todo es menester; y ¡plégue á Dios que no se arriesgue lo demás, y todo, y no baste lo poco que ha quedado, segun el estilo que se lleva!

Perdieron los holandeses cuarenta y seis navios, anegados por borrasca, en el puerto de Tessel, en Holanda, que tenian aparejados con gente para ir al Brasil, y entre ellos diez y siete de mayor porte; pérdida muy considerable para ellos, y no de poco cuidado para sus intentos. Los franceses corrian con la caballería el Artois y Mos. de Enao, haciendo contribuir á todos sus villajes. En Roan habia ya algunas novedades, en Normandía y en Bretaña, sobre impositions que el Rey Luis les pretendia echar; contagio que cunde por todas partes para atizar con mayor ardor la guerra: hicieron entrada, sin embargo, por el valle de Ansó, en Aragon, y quemaron á Icaas, lugar de trescientos vecinos, sin escapar ninguno; efectos de la crueldad é irritados de la rendicion de Salsas. F. San Sebastian hicieron algunos movimientos en barcas, con mucha gente de guerra adentro; pero sin otro efecto de memoria más que de inquietar, porque los pensamientos los iban encaminando á Flandes. Hicieron General

de la artillería de Cantabria al marqués de Mortara, y erigieron allí un Consejo de algunos de los de Castilla, y otros para la direccion de lo que se haria, ó se iba encaminando, de la introduccion del papel sellado; cosa que aborrecian mucho los vizcaínos, la denegaban con todo su corazon el admitirla, cuyos oficios oran las primeras empresas de nuestro siglo: sin embargo, se debatia con alguna intermision entre todos los ministros si se habia de hacer por allí la guerra ó por Perpiñan, ó madrugando en Italia, cargando alguna plaza que le pudiese divertir de Flandes, por pelarse allí con dos enemigos que ambos estaban sobre él, que lo habian de acabar.

Pidieron á cada uno de los Grandes de Castilla una compañía de cien hombres, pagados por cuatro meses: no se dejaba reposar á éstos ni á los demás, hallando cada dia en su casa innumerosos billetes de diferentes pedidos; y los mismos de la carne y sangre, favorecidos de honras y acrecentamientos lo llevaban mal y no lo podian sufrir, hablando con libertad y con desprecio del movedor: no habia señor que no se quejase de las sacas que se habian hecho en su casa. Al duque de Arceos, en todo el tiempo del reinado y en diferentes veces, decia habia servido con 900.000 ducados; al de Priego, 800.000 y al de Béjar, y por éste camino á todos los demás; y para el ejército que se pensaba hacer, apretándolos saliesen, decian que ya no tenian con qué, que al Rey se lo habian dado, que se lo diese si querian que le fuesen á servir.

Lúnces de Carnestolendas, á las ocho y média de la mañana, 20 de Febrero, se quemó el Retiro, que por estar SS. MM. y SS. AA. en él fué de sentimiento y no de poco riesgo; pero Dios lo ayudó todo. La pérdida fué grande en alhajas, particularmente en tapicerias y pinturas, más de los que las tiraban y arrancaban de los clavos que de el fuego, si bien se escapó todo aunque maltratado. Muchas de las Damas y otras mujeres salieron de las camas como pudieron, desatunadas, y pasaron á salvarse á las ermitas con SS. MM. Luégo comenzó á obrar la lisoiija, más viva en éste tiempo que en otros, y se hicieron ofertas y donativos para el reparo, que se hizo con brevedad,

y se volvió á poner en su sér; cosa para envidiar en el aprieto de una plaza ó en el reparo de una armada, cuando no tenemos ninguna: ofreció para la obra el Reino 60.000 ducados, como si en éste edificio no se hubiera gastado nada de los vasallos. Acción, á mi entender, para muchos escrúpulos, por haberse de sacar éste dinero de un Reino exháusto y acabado, y de pobres labradores apretados de otras gabelas y subsídios. Los teólogos entenderán mejor de esto; pero, en mi ignorancia, yo no lo tomara para éste ministerio, ántes para alivio de los pueblos de otras cargas intolerables, por lo que está todo para correr ruina. La Villa ofreció 20.000 ducados, que todo redundaría en aumento y acrecentamiento de la casa del Escribano Pedro Martínez, que era á lo que ahora más se atendía. El Consejo de Castilla, grandes juriconsultos de adulación, 30.000; y la inmensa multitud de la Guerra, 40.000: ésta parece que se había portado más templadamente, si no les pudiéramos argüir que ¿de dónde les tocaba á ellos semejante delirio, debiendo ántes acordarse de los soldados mal pagados, la falta de pólvora y artillería de las plazas, y otros instrumentos militares y municiones? Y de ésta manera fueron recayendo otros más liberales para lo que no era menester, y al fin lo vinieron á pagar los pinos de Segovia, porque todo el fuego dió en las vigas y en los desvanes, y estuvo sobre el dormitorio del Rey, y á no reconocerse de día y cuando se estaba viendo, hubiera sido el daño tremendo; y fálto muy poco para caerle encima el techo, observando que si fuera á las cuatro de la noche no hubiéramos acabado de jugar los ojos. Fué prodigioso éste gasto, como el pasado, y todo no de pequeña admiración por los tiempos, y porque parte de ellos se sacó de las venas y de ventas de oficios, que todo lo dejaron exháusto y para no poder socorrer á un criado.

Con las novedades del estado de los Nuncios, que dejamos referidas en el libro pasado, y el no acabar de componer que se les vuelvan á restituir en el despacho, crecían los disgustos del Papa para con el Rey y sus Ministros; amenazando por

otras movimientos de armas. Los franceses daban á sentir artimarse á su opinión y alianza, como en todo lo demás, con socorros y con gente, holgando de semejantes tragedias; pero la prudencia del Papa toleró mucho estos discutimientos ó los moderó, disimulando con valor, en que mostró valentía de corazon y grandeza de ánimo.

Prorumpieron los catalanes contra el sufrimiento de los soldados y en lo pesado de los alojamientos, resolviéndose cada uno de por sí á matarlos, tomándoles las armas y valiéndose de ellas contra ellos mismos; y en España se comenzaba á ver lo pronosticado y tantas veces predicho por los hombres de más seso, y comenzaban, como raudal arrebatao, á caer en ella todos los trabajos y miserias juntas; porque á éste corrió el otro, que tambien espera la pluma. Los ejes del ciclo parece que se turbaban y la querían deshazer y destrabar de su asiento, queriendo arrojar á sus poseedores; con que se comenzó á encender un fuego bravísimo en toda la provincia, juntándose unos con otros los lugares, y con éstas armas y las que ellos tenían, ó les habían dado para el socorro de Salsas, hacian cuadrillas enteras: se juntaban en tropas de mil y de dos mil plebeyos y villanos, y salían al campo á rebatirlos de los pueblos, matando los que topaban en las mismas casas y en los caminos; de suerte que toda aquella milicia que se procuraba alojar y conservar para algunos fines precisos de la guerra del verano siguiente, toda la comenzó á deshacer y á desbaratar, huyendo todos á salvarse, si podían, á las provincias vecinas, y aún allí tropzczaban la misma injuria y rigor. No había cabo ni capitán seguro, pasando la voz á los demás lugares de el Principado, que muy de corazon y con ira insaciable, siguieron el ejemplo. El Maese de campo Juan de Arce, irritado de la desvergüenza y de la inhumanidad de aquella gente, se vió obligado á la defensa de su persona y de los suyos, pelcando en la propia tierra, que ya se había vuolto enemiga, y escaramuzó un día con dos mil mosqueteros catalanes. Matáronle cuarenta hombres, y sin embargo le forzaron á retirarse y á poner los ojos en algun puesto ó lugar donde poder

estar seguro y defenderse, porque toda la tierra quería sacudir de sí el yugo por aquel camino; y corriendo la voz del hecho de los catalanes por toda la redondez, toda se estremeció, y algunos discurrieron en la salida de tantos trabajos, si era verdad que era aquella la puerta, siéndolo de la desesperación; y llegado á la Corte, si hasta allí habían sido baldonados de traidores, ahora, con mayor veemencia y más rigurosas palabras, eran injuriados.

Convocábase por todo el Reino, con correos, muchos Obispos, para conferir las cosas del Pontífice, porque cada día, en audiencias públicas, se quejaba por su Nuncio del agravio que se le hacía en haberle detenido y embarazado el despacho, pero á él se le respondió, que Su Santidad, si quería, podía muy bien mediar las cosas de la guerra entre Francia y España, de manera que podía ser Señor espiritual de toda ella: de que avisado el Papa, se disculpaba que no podía más, y que sin embargo volvería á doblar las instancias que por momentos hacía.

Llegó D. Antonio de Oquendo de Flandes á Santander con veintiseis navíos: venía en su compañía el General Horne con algunos de la escuadra de Dunquerque, que estaba á su cargo, y topó con una flota de doce navíos franceses, con Capitana y Almiranta, que venían de la contratación de Levante: peleó con ellos, tomóles cuatro, echó á fondo otro tantos y derribó los demás; pero con tan rócios temporales, que llegaron al puerto con no poco riesgo de perderse, y el General Oquendo á la muerte, por sus achaques, infortunios y adversidades. El duque de Maqueda, por el otro mar, consecutivamente, con la armada que traía, viniendo de Cataluña, corrió fortuna á la vista de Almería y perdió tres navíos, salvando la gente y la artillería. El marqués de Torrecusa y el duque de San Jorge, que traían presos por el disgusto de Salsas con el conde de Santa Coloma, saltaron en los bateles y llegaron á la onlla medió abogados, y el Duque estuvo muy á pique de perderse. Cortaron la cabeza á D. Francisco de Orífice, príncipe de Sanz, en la ciudad de Nápoles, por lo que dejamos referido. En el

Brasil, D. Francisco Mascareñas, caballero portugués de gran corazon y valentía, peleó con la armada de los holandeses, desbaratándolos, y echó los navíos á fondo, con lo que entró en esperanzas de poder recobrar á Pernambuco, donde están arraigados aquellos infieles. Encamináronse por tierra seis mil hombres para intentar su expugnación; pero la guerra estaba repartida en tantas partes del mundo, que no dejaba salir con nada, y éste año no se ha podido saber otra cosa de más momento, sino que el Mascareñas volvió preso á Lisboa, sobre haber dado mala cuenta de la jornada y de los navíos de su cargo.

Los sucesos de Italia de el año pasado contraidos en el Piamonte, y sus victorias por las armas del Rey Católico, dieron ocasion á poner los ojos en el sitio de el Casal de Monferrato: para ésto se enviaron de España á Alemania, Nápoles y Sicilia socorros al Marqués, para que luego que diese comodidad el tiempo salir en campaña. Creyóse que tomada aquella plaza se pondrían las cosas de Italia en felicísimo estado para los españoles, y en total desesperacion el dictamen de los franceses; pero el Ministro de la Francia, vigilantísimo en todas materias y que no perdía el tiempo en las militares, viendo armado al Marqués y que estaba para salir, hizo, por la inteligencia del Papa, mover tratados en aquella parte, valiéndose de las importunaciones nuestras poco há referidas y contraídas con los Nuncios, y la deposicion de su Tribunal, á que se le respondió que tratase de la paz de la Europa, que era su principal oficio. Asió de aquí el Cardenal de Richelieu, y, como digo, propuso el Papa la paz de Italia queriendo sacar de aquí la restitucion del Piamonte y sus plazas para la duquesa de Saboya, y que lo que no se habia podido conseguir con las armas, lo consiguiere la industria, y volviesen á ser de franceses, que ora su más viva pretension; de suerte que en todo no se hallaba otra cosa sino engaño, y la verdad ofendida. El Rey Católico y sus Ministros decían se habia de hacer una paz universal, en que cada uno volviese á tener lo que era suyo, así en Italia como

en Flandes, Lorena y Alemania. A ésto, los ministros de Francia no daban orejas, porque no querian la paz si no en aquella parte que sus cosas tenían mal estado. Entendido ésto por los Ministros, rechazaron la propuesta, y luego reconocieron la malicia de los franceses. Pasóse de aquí á poner en habla una tregua general por diez años, cosa muy perniciosa para la reputacion y para la dependencia de los Príncipes defraudados de sus patrimonios, y de quien se habia el Rey Católico encargado; porque el rey de Francia, á la sombra de ésta tregua no haria más que ejecutar lo tomado, reposar y rehacerse, y luego volver á sus pretensiones y enseñorearse de mayores cosas, como lo profesaba el Ministro.

Decian los franceses no poder hacer paz sin primero asentir una tregua para definir y resolver las materias de élla: finalmente, no surtió nada á efecto, y el Papa feneció secamente, con no más que decir al Rey Católico que dejase las armas; ¡como si ésto se pudiera hacer así y sin hacer justicia á los depositos! porque para que el Rey dejara las armas habian de salir los franceses de Italia, restituyendo el Casal y todo el Monferrato al duque de Mantua, y sacar la gente del Piamonte y de la Saboya, y luego el Rey Católico se ajustaria á lo más conveniente. Y como de tales prácticas, que en lo secreto llevan supuestos y malos fundamentos, suelen quedar las partes con nuevos y más recientes disgustos, y recrudescidas las pasiones, renovando pues la memoria de lo sucedido en España con los Ministros de la Sede Apostólica, hubo quien dijo que el Papa trataba de armar y que queria atrair á sí á los venecianos; y que el duque de Parma queria otra vez volver á perderse: mas, en lo de adelante, fué de otra manera, y ántes éstos se armaron contra él, como se verá en el año de cuarenta y dos y cuarenta y tres; pero todo de muy poca sustancia. Ahora se sosegó ésto sin haber otra alteracion ni mudanza, sin embargo de que dió cuidado al vírey de Nápoles, príncipe de Astillano, y lo avisó á España, previniéndose para todo cualquier accidente, porque los pedidos y los tributos, siempre comunes y naturales

con los vasallos, viviesen y se criasen con éellos, si ésta habia de ser la primera piedra del escándalo que abriese puerta en aquel Reino. y ésta instigacion continua, no obstante, no pasase; y lo más deshallado de todo, que en semejantes recolos y novedades se pidieron dineros á los particulares de aquella tierra, ofreciendo de fundarles juros, en lo procedido de muchos dias annatas. Corrió la voz que venian Embajadores de unas y de otras partes á la direccion de estos tratados; que venia el obispo de Boldaque, en el País-Bajó, hombre de gran juicio en materias de Estado; y asicron de aquí los atentos al gobierno, porque vieron salir de secreto al conde Virgilio Malveci, y dijeron que para Burdeos, y al cabo pareció dentro de pocos dias con el marqués de Velada en Lóndres, corte de Inglaterra, á disponer negocios y materias de aquel Rey y nuestra Corona. Habia quien decia que á que no hiciese el casamiento de su hija segunda con el hijo del Príncipe de Orange, porque seria de total desesperacion para con el que pretendia en España: éste era el color público que se tomó, mas en lo secreto, en meterlo en la liga y en el ejército que se pretendia hacer en el confin de Flandes contra el francés, de que se constituia caudillo el conde de Soisons y otros señores de la Francia; habiendo metido en él al rey de Dinamarca, si no hubiera sido rota su gente por los holandeses. Finalmente, en cuanto se pudo trascender y concluir no se pudo saber ni hacer nada, ántes aquel reino, poco después, se comenzó á tumultuar deshuciendo aquel parlamento con el Rey sobre materias que no los placia, no atreviéndose á quebrar con Francia ni á faltar á la comunicacion de Holanda; porque el Cristianísimo todo su estudio es hacer vivamente la guerra á España, y donde puede usa de las armas, y donde nó del artificio; y toda aquella parte seguia aquel norte y aquella cautela, y caminaba con más ardor que otros años á apretar las cosas de Flandes y de Italia.

Preveniase el infante D. Fernando y D. Diego Mejía, cada uno en su plaza de armas, para salir temprano, y ámbos con bien poca fortuna en sus intentos y en lo que les estaba